

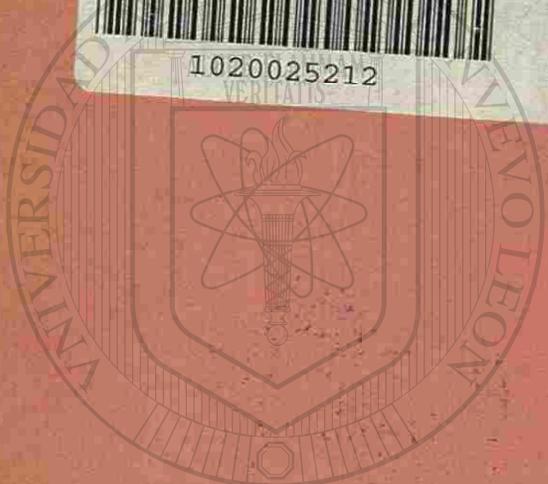
DR 721

A4

v. 2



1020025212



UAL

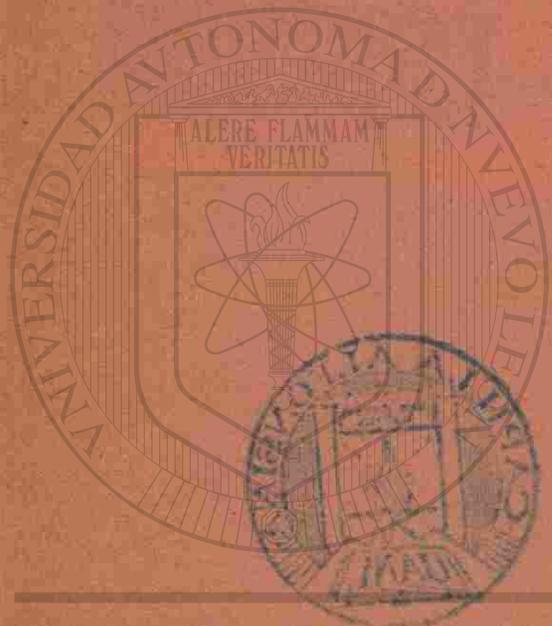


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

FONDO RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CONSTANTINOPLA

TOMO II.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



OBRAS DE D. H. GINER DE LOS RIOS.

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

- El Colegio de Bolonia*, (en colab.), obra ilustrada, pta. 6,50.  
*Filosofía y Arte*, con un prólogo de D. N. Salmeron, 3,50.  
*Elementos de Filosofía moral*, para la 2.<sup>a</sup> enseñanza.—(Agotada.)  
*Biología y Ética*, (2.<sup>a</sup> ed.), para la 2.<sup>a</sup> enseñanza, 3.  
*Teoría del Arte ó Historia de las Bellas Artes en la antigüedad*, con un Programa de Arte y su historia, 1,50.  
*Programa de Filosofía moral*.—(Agotada.)  
*Programa de Psicología, Lógica y Ética*, 1.  
*Programa de Biología y Antropología*, 1.  
*Proyecto para el ingreso en el Profesorado libre, etc.*, 1.—(Agotada.)  
*La Enseñanza obligatoria*, trad. de Tiberghien (2.<sup>a</sup> ed.), 2,50.  
*Moral elemental para las escuelas*, id. de id., 2,50.  
*Kraus y Spencer*, id. de id., con una biografía del autor, 2.  
*Mendelssohn*, id., con una *Historia abreviada de la música*, 1.  
*París en América*, por Laboulaye, id. (2.<sup>a</sup> ed., Gaspar), 1,25.  
*Discordia entre la Iglesia y la Italia*, trad. del italiano, 2,50.  
*Pío IX y su sucesor*, por Bonghi, id. id., 3.  
*León XIII y la Italia*, por el mismo, id. id., 3.  
*Poesías de Rios Rosas*, publicadas por H. G.—(Agotada.)  
*Anuario de la Institución libre de enseñanza*, por H. G., 2.  
*Fragmentos, relatos y traducciones*, por H. G.—(Agotada.)

- Milton*, drama en un acto, original y en verso, 1.  
*Historia de un crimen*, drama en tres actos y en prosa, 2.  
*A tiempo*, comedia en un acto y en verso (en colab.), 1.  
*El último sacrificio*, drama en un acto y en verso (id.), 1.  
*Los parientes del difunto*, sainete lírico y en verso (id.), 1.  
*En busca de protección*, juguete original en verso (id.), 1.  
*Picra domada*, diálogo en un acto y en verso (id.), 1.

EN PREPARACION.

- Estudios.—Fiambres.—Crítica.*  
*Lógica*, para la 2.<sup>a</sup> enseñanza.  
*Obras completas de Rios Rosas.*

EN PREENSA.

- Amicis.—1870 y 1871, *Recuerdos*, un vol., ptas. 2,50.  
Amicis.—*La vida militar*; 3 tomos, ptas. 7,50.

EDMUNDO DE AMICIS

CONSTANTINOPLA

TRADUCCION DEL ITALIANO

POR

H. GINER DE LOS RIOS

MADRID:

LIBRERÍA DE V. SUAREZ, JACOMETREZO, 72.

1883.

98008

31058

C  
910  
A



DR 721

A4  
v. 2

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMP. DE LA VIUDA DE J. M. PÉREZ, CORREDERA BAJA, 41.

83018

## LAS TURCAS.

Es gran sorpresa para quien llega á Constantinopla despues de haber oido hablar tanto de la esclavitud de las mujeres turcas, ver mujeres por todas partes y á todas las horas del dia, ni más ni ménos que en cualquiera otra ciudad europea.

Y se le figura al recién llegado que precisamente en aquel dia y en aquella hora se ha dado suelta á todos aquellos pájaros abriéndoles la jáula, como si hubiera sonado el minuto preciso en que comienza una nueva Era de libertad para el sexo bello musulman.

La primera impresion es curiosísima.

El extranjero se pregunta al ver todas las mujeres con aquellos velos blancos y aquellas largas capas de colores arlequinescos, si son máscaras ó monjas ó locas; y además, como no se ve á ninguna acompañada de hombre, se piensa que no deben pertenecer á ninguno, que sean todas solteras ó viudas ó que pertenecen en conjunto á algun retiro de mal casadas.

En los primeros días no puede uno persuadirse de que todos aquellos turcos y todas aquellas turcas que se encuentran y se rozan sin mirarse y sin acompañarse jamás, tengan algo de común. Y á cada momento hay necesidad de pararse para observar tan extrañas figuras y meditar sobre tan extravagantes costumbres.

¿Pero son estas de verdad aquellas *vencedoras de corazones*, aquellas *fuentes inagotables de placer*, aquellas *hojitas de rosa*, y *vas de primicia*, y *rocto matinal*, y *auroras*, y *vivificadoras*, y *lunas esplendentes* de que mil poetas nos llenaron el seso? ¿Estas las *hanum* y las misteriosas odaliscas que hace veinte años, leyendo las baladas de Víctor Hugo á la sombra de los árboles, hemos soñado tantas veces, creyéndolas criaturas de otro mundo, de las cuales un solo abrazo habría consumido toda la fuerza de nuestra juventud? ¿Estas las bellas infelices ocultas tras las celosías vijiladas por los eunucos, separadas del mundo, que pasan sobre la superficie de la tierra, como gusanos, arrojando un grito de voluptuosidad y un grito de dolor?...

Veamos qué hay de verdad y realidad en toda esta poesía.

\*  
\*  
\*

Ante todo, la cara de la mujer turca no es un misterio; y por consiguiente, gran parte de la poesía que circundaba al tipo queda suprimida. Aquel celoso velo que segun el Coran debía de ser «signo de virtud y freno á las murmuraciones del mundo,» no existe sino en apariencia.

Todos saben cómo está formado el *jasmac*; dos grandes velos blancos, uno ceñido á la cabeza en forma de venda cubre la frente hasta las cejas, se ata detrás en el cabello sobre la nuca, y cae por la espalda en dos tiras hasta la cintura; el otro cubre la parte inferior de la cara y va á atarse donde el primero, de suerte que resulta un solo velo.

Pero estos dos velos, que debieran ser de percalina y tan cerca uno de otro en sus orillas que apenas habían de dejar espacio por donde se asomasen los ojos y la parte superior de las mejillas, son en cambio de clarísimo tul, y tan separados que dejan ver, no solo la cara, sino las orejas, el cuello, las trenzas y con frecuencia hasta los sombreros á la europea, adornados de plumas y flores que llevan las señoras *reformadas* ó *renegadas*.

Y por esto sucede precisamente hoy lo contrario de lo que ocurría antes, cuando era lícito á las mujeres viejas ir con la cara un tanto descubierta, mientras que rigurosamente se prohibía semejante libertad á las jóvenes. Ahora son las

jóvenes, y especialmente las bellas, las que más enseñan, y las viejas las que más ocultan para engañar al mundo.

De aquí que, una infinidad de bellos arcanos y de encantadoras sorpresas, narradas por poetas y novelistas, no se dan en el presente; y es pura fábula, por tanto, eso de que el esposo vea el semblante de su prometida por primera vez la noche de boda.

Pero excepcion hecha del rostro, lo demás todavía permanece escondido; no hay manera de divisar ni seno, ni cintura, ni brazos, ni caderas: el *fereché* (1) oculta severísimamente todo. Es una especie de túnica, guarnecida de esclavina, con mangas larguísimas, ancha, sin garbo ni elegancia alguna, cuya caída es á la manera de capa desde los hombros á los piés, de paño en invierno, de seda en verano, y siempre de un solo color, por lo general vivo, rojo subido, anaranjado, verde; predominando, según las modas del año, uno de esos tonos sobre los otros.

Mas no obstante, es tal la forma de arrebujarse en aquel saco, tal el arte con que se ajustan el *jasmac*, que las bellas parecen bellísimas, y las feas, graciosas. No se llega á adivinar en qué estriaba la gracia con que disponen los dos velos, á manera de corona ó de turbante; con qué soltura y

(1) Capa ó sobretodo.

qué nobleza recogen los pliegues y sobreponen unos á otros paños; con qué ligereza y qué elegante descuido los recogen ó dejan caer; cómo los hacen servir al mismo tiempo á sus coquetones designios de mostrar, esconder, prometer, proponer acertijos á las miradas curiosas ó revelar inesperadamente pequeñas maravillas. Pero es el caso que de alguna se diría envuelve su cabeza con nube que debe evaporarse al menor soplo; de otras, que guirnaldas de lirios y jazmines oprimen sus sienes; y de todas, que su cutis es blanquísimo, tomando de aquellos velos tonos niveos, apariencias mórbidas y frescura y lozanía que enamora. Es un tocado á la par austero y risueño, en que se descubre algo sacerdotal y algo virgíneo, y bajo el que no se convence uno de que puedan nacer sino pensamientos de gentileza y alegría y caprichos de inocencia y de candor...

Pero... debajo de aquel tocado, nace y crece y se desarrolla un poco de cada cosa.

\*\*\*

Es difícil definir la belleza de la turca. Lo único que aventuro es que cuando pienso en ellas,

veo un velo blanquísimo, dos ojos negros, una boca purpúrea y una expresión dulce.

Casi todas, empero, se pintan.

Se blanquean el rostro con pasta de almendras y jazmines; se agrandan las cejas y espesan el entrecejo con tinta china; se tiñen los párpados, se enharinan el cuello, se dibujan un círculo negro alrededor de los ojos, y se marcan lunares en las mejillas. Pero hacen todo esto con muchísima gracia, no como las bellas de Fez, que se dan brochazos dignos de albañiles que revocan fachadas. La mayoría de las fisonomías se encierran en un contorno oval; la nariz es pequeña y un poco corva; los labios gruesecillos; la barba redonda y algo partida; muchas lucen también este oyuelo en los carrillos; hermoso cuello largo y flexible; manos pequeñas, casi siempre cubiertas,—¡lástima!—por las mangas del saco. Por lo común, son mujeres regordetas, y hay muchísimas de estatura algo más que mediana: rarísimas se ven parecidas á las anchoas y suegras de rosca que se usan en nuestros países. Un defecto común les alcanza: el de andar encorvadas y descompuestas, con un cierto abandono de chicuelas crecidas y puestas de largo de repente; lo cual hay que atribuir á la molición de los miembros á causa del abuso del baño, y acaso al calzado abierto y desmañado.

Para prueba de lo último, baste señalar que existen mujercitas elegantísimas, con un pié in-

verosímil, calzadas con babuchas de hombre ó zapatones largos, anchos, deformados y estropeados hasta tal punto, que una mendiga europea se desdenaría de calzar. Pero aun dada aquella desgarbada manera de andar, hay una determinada gracia infantil que, cuando se ha habituado la vista, no desagrada.

Dicho se está que no se encuentran tipos de figuras espetadas, figurines de modistas, tan frecuentes en nuestras ciudades europeas, que andan á paso de muñeca, y que van saltando al estilo de pieza de ajedrez. Todavía no perdieron la blandura de movimientos y el descuido natural del modo oriental de caminar; y si lo perdiesen, quizá resultarían más majestuosas, pero ménos atractivas. Véanse mujeres lindísimas y de belleza variada hasta el infinito: como que se juntan la sangre turca, la circasiana, la árabe, la pérsa. Existen matronas de treinta años, de opulentas formas, que no basta á velar el *fereché*, altísimas, con grandes ojos oscuros, labios ligeramente pronunciados, narices dilatadas—pedazos de *hanum* capaces de infundir miedo á cien esclavos con una mirada—y al verlas, ¡se rie uno de la ridícula y temeraria fanfarronada de aquellos señores turcos que pretenden ser cuatro veces maridos! Las hay chiquititas y rechonchas, que todo en ellas es hinchado y redondo:—cara, ojos, nariz, boca—y un aire entre tranquilo y benévolo, de niña, mezcla-

do de resignacion tan dócil para con su suerte y su destino, de conviccion de servir como mueble y recreo, que dan ganas al pasar á su lado de meterles un caramelo en la boca.

Despues se encuentran los esbeltos tipos de las desposadas de diez y seis años, atrevidas y nerviosísimas, con las pupilas que revelan caprichos y astucias, que despiertan un sentimiento de piedad para el pobre *effendi* (1) que se halla encargado de refrenarlas y el desgraciado eunuco que no ha de perderla de vista.

Y la ciudad encaja perfectamente como marco al cuadro, por decirlo así, prestándose á las mil maravillas para que resalte la belleza de aquellas mujeres y la de sus trajes. Es preciso verlas con el velo blanco y el *fereché* púrpura, sentadas en una lancha, en medio del azul del Bósforo, ó echadas sobre la yerba en medio del verde oscuro de los cementerios, ó mejor verlas avanzar por una callejuela pendiente y solitaria de Stambul, esperando abajo para mirarlas de cerca, luego de observadas en perspectiva, sirviendo de fondo al término de la calleja un gran plátano; y si corre viento, velos y *fereché* se despliegan, descubriendo cuello, pié y... y entonces aseguro á mis lectores que si estuviese en vigor el indulgente decreto de

(1) Título de cualquier docto ó funcionario del órden civil.

Soliman el Magnífico, que pena con crecida multa cada beso dado á la mujer ó á la hija del prójimo... pegaria un puntapié á la avaricia del mismísimo Harpagon!!

Y no se da el caso de que cuando sopla el viento se afane y preocupe la mujer turca por mantener bajo el *fereché*, porque el pudor de las musulmanas no llega más que hasta las rodillas, y á veces se detiene antes de este límite.

Una cosa que desconcierta á no pocos europeos es la manera de mirar y reir de las turcas.

Acontece á menudo que un jóven de los nuestros, mirando á una de estas mujeres, aun las de alto bordo, reciba en cambio de su atrevida y tenaz mirada otra de simpatía ó una franca sonrisa. Tampoco es raro que una bella *hanum* que va en coche, haga, á escondidas del eunuco que la acompaña, un gracioso saludo con la mano al jovenzuelo franco que la miró, y que ella le paga con la mencionada y placentera fineza. Recorriendo un cementerio, ó en solitaria calle, ocurre que tal caprichosa turca se arriesga á dejar caer una flor al

paso de un buen mozo europeo, desde la celosía de un ajimez, ó estando ella tambien en la apartada calleja, se permite echarla al snelo, con la manifiesta intencion de que recoja la flor el trovador que la persigue.

Y por tales muestras se da el caso de que haya cándidos europeos que al mes de residir en Constantinopla, crean de buena fé que robaron la paz del corazon á centenares de desventuradas! Ciertó que en tales pruebas ha de reconocerse la expresion ingénua de simpatías; mas entra por mucho un espíritu de rebelion que todas las turcas encierrán en su alma, originado del tédio de la sujecion en que vejetan, y al cual dan expansion pueril cuando y como les es posible, mediante insignificantes monadas, ya que no sea por causar despecho, aunque en secreto, á sus tiranos, complaciéndose en faltar á la fidelidad con el pensamiento.

Obran, pues, más bien por tendencias infantiles que por coquetería. Y así su coquetería pertenece á una índole, ya que se la clasifique, verdaderamente singular, pues se asemeja mucho á las primeras experiencias de las muchachas cuando empiezan á advertir que se las mira de cierto modo. Es un reir, un quedarse fijas con la boca abierta en actitud de estupor, un fingir que les duele la cabeza ó el pié, un género tal de movimientos para denotar que les embaraza el *fereché*,

un estirar y recoger las vueltas de sus collares, que mejor convencen de que lo hacen para entretenerse y divertirse, que no por enamorar y seducir galanes. Jamás adoptan una actitud propia de los salones ó de los retratos de fotografia. Lo poco de arte que emplean se reduce propiamente á un arte primitivo, rudimentario. Claramente se adivina, en suma, que no poseen grandes medios que derrochar en estudiadas coqueterías para hechizar á los hombres, segun notaría Tommaseo; que no están acostumbradas á los largos sistemas de enamorar, persuadiendo por el método de la mujeres *geroglíficas* de que habla Giusti «siendo perseguidas con mutismo;» y en fin, que cuando sienten una simpatía, en lugar de pasarse la vida suspirando y dando rienda suelta á las pupilas en continuo giro, dirían derechamente, si pudiesen expresar sus sentimientos:

—¡Cristiano, me gustas!

No pueden decirlo con la voz, y lo dicen francamente, mostrando dos lindas filas de brillantes perlas, ó sea, riéndose con descaro.

Son bellas tártaras civilizadas.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE BILBAO  
BIBLIOTECA

Y son libres; es una verdad que el extranjero reconoce palmariamente al punto que llega.

Desechemos las exajeraciones de Lady Montague, sin embargo, que afirma que son más libres que las europeas; pero cualquiera que ha estado en Constantinopla no puede menos de reirse cuando oye hablar de la *esclavitud* de las turcas. Cuando las señoras quieren salir, ordenan á los eunucos que preparen el coche, y salen, sin pedir permiso á nadie, volviendo á la hora que les place, con tal que sea antes de oscurecer. Antes, no salían sino acompañadas de un eunuco, de una esclava, de una amiga, y aun las más osadas, si no querían acompañantes, habían forzosamente de llevar consigo un hijo ó un chicuelo, que sirviese como de título al respeto de las gentes. Si alguna se dejaba ver sola en sitio extraviado, exponíase á que la detuviera cualquier guardia municipal ó cualquier viejo turco rigorista, que la paraba preguntándole:

—¿Dónde vas? ¿De dónde vienes? ¿Por qué no te acompaña nadie? ¿Así respetas á tu effendi? ¿Vuélvete á casa inmediatamente!

Pero ahora, salen solas por cientos, y se las ve á todas horas por las calles de los barrios musulmanes lo mismo que por las de la ciudad franca. Van á visitar á las amigas de extremo á extremo de Stambul, á pasar la mitad del día en las casas de baños; hacen excursiones embarcadas:

los jueves, á las Aguas Dulces de Europa; los domingos, á las Aguas de Asia; los viernes, al cementerio de Sentari; los demás días, á las islas de los Príncipes, á Terapia, á Bujukderé, á Kalender, con objeto de merendar con sus respectivas esclavas, por grupos de ocho en ocho ó de diez en diez; van á rogar ante la tumba del Gran Bajá ó de la Sultana; á curiosear los conventos de los dervis; á remirar las muestras públicas de los corredores nupciales, y no hay sombra de hombre, no ya que las acompañe, sino que aun yendo solas, se atreva á dirigirles la más mínima observacion. Encontrar á un turco, no digo del brazo, sino al lado ó parado un instante conversando con una *velada*, aunque llevasen escrito ambos en la frente que son marido y mujer, parecería á todos la más rara de las rarezas imaginables, ó mejor, la más inaudita imprudencia; ni más ni menos que si en las calles de nuestras ciudades se parasen un hombre y una mujer para hacerse declaraciones amorosas en alta voz.

Bajo este respecto, las turcas gozan realmente de mayor libertad que las europeas. Y no se puede narrar hasta qué punto la disfrutaban, y con qué loco deseo gozan de ella corriendo con estrépito en medio de la multitud, á la luz del día, sin trabas de ninguna especie, éllas, que en casa no ven sino á un único hombre, y se hallan encerradas entre ventanas y jardines claustrales: salen y cor-

retean por la ciudad, con la alegría de prisioneras libertadas.

Hay para divertirse con seguir á una cualquiera la pista desde lejos, sorprendiendo cómo saben apurar los goces minuciosos y los placeres refinados de la bohemia ó de la vagancia.

Van á la mezquita, vecina á sus casas; rezan y charlan en el pórtico del patio un rato con las amigas; despues, de tiendas, haciendo que revuelvan los comerciantes medio almacén, para comprar luego cualquier bagatela; toman en seguida el tranvía, y se bajan en el mercado del pescado, pasan el puente, se paran á contemplar todas las trenzas y todas las pelucas y bisoñes de las peluquerías de Pera; entran en un cementerio y se comen unos dulces sobre una tumba cualquiera; vuelven á la ciudad, descienden nuevamente al Cuerno de Oro, doblando cien veces las esquinas y mirando con el rabillo del ojo todo: escaparates, estampas, anuncios, señoras que cruzan, coches, muestras de las tiendas, puertas de los teatros; compran un ramito de flores, beben la limonada del aguador, dan una limosna, vuelven á atravesar el Cuerno de Oro en lancha, principian otra vez á cruzar y espaciarse por Stambul; más tarde toman de segundas el tranvía, y llegadas cerca de sus casas, son capaces de volver atrás para dar un rodeo de cien pasos en torno de un grupo de casuchas, ó la vuelta á una manzana, lo

mismo que los muchachos que salen solos la primera vez, y que quieren gustar de todo un poco en aquella hora de libertad.

Un pobre effendi corpulento que pretendiese seguir á su mujer por si dá algun mal paso ó descubrir alguna infidelidad, quedaría con las piernas rotas á mitad de camino.

\*  
\*  
\*

Para ver el bello sexo musulman, es preciso ir en día de fiesta á las Aguas Dulces de Europa, al fondo del Cuerno de Oro ó á las de Asia, cerca de la aldea de Anaduli-Hissar, que son dos grandes jardines públicos cubiertos de bosquecillos espesísimos, atravesados por dos riachuelos y cuajados de fuentes y de cafés.

Allí, sobre vasto llano cubierto de musgo, á la sombra de los nogales, de los terebintos, de los plátanos, de los sicomoros, que forman interminable sucesion de pabellones verdes, heridos siempre, mas no atravesados jamás por los rayos del sol, se ven multitud de turcas sentadas en círculo, distribuidas en grupos variados, rodeadas de esclavas, de eunucos, de chiquillos que meriendan

y corretean medio día, en medio de constante vaiven de gentes que por oleadas llegan ó se marchan.

Disfrutar de la escena, equivale á quedar atónitos.

Es una fiesta del paraíso musulmíco.

Aquel sinnúmero de velos blancos y de *fereché* escarlatas, amarillos, verdes, cenicientos, los infinitos grupos de esclavas vestidos de mil colores, el hormiguero de niños en traje de mascaritas, los grandes tapices de Smirna por el suelo, las vajillas de plata y doradas que pasan de mano en mano, los cafeteros musulmanes en uniforme de gala, que corren llevando frutas y helados, los zíngaros que danzan, los pastores búlgaros que tocan, los caballos lujosamente enjaezados de seda y oro que piafan atados á los árboles, los Bajás, los Bey, los jóvenes señores que galopan ginetes en briosos brutos á lo largo del río, el movimiento de la muchedumbre que se asemeja al mecerse de camelias y rosas besadas por el áura, las pintadas lanchas y las espléndidas carrozas que arriban ó se alejan para tomar ó dejar nuevos colores en aquel mar de color, el confuso rumor de los cantos, de la flauta, de la zampoña, de los gritos inarmónicos infantiles; en el corazón, repito, de aquella belleza de verde con todos sus distintos tonos, y de sombra con todas las variantes del claro-oscuro, y contrastando acá ó allá tal

cual paisaje en lontananza visto á pedazos por entre los desgarrones de la espesa selva, ofrecen un espectáculo tan alegre y tan nuevo, tan original y rico, que al contemplarlo ardemos instintivamente en deseos de aplaudir, exclamando como si estuviéramos ante una escena teatral:—¡Bravísimo! ¡Bravísimo!

\*  
\*  
\*

Y aun allí, á pesar de tamaños incentivos, es muy raro sorprender un turco y una turca que se enamoren con lánguidas miradas ó con sonrisas y gestos de inteligencia.

Allí no existe la galantería *coram populo* de nuestros países, ni se dan casos de centinelas melancólicos nocturnos ó diurnos al pié de las rejas de la amada, ni retaguardias de amantes afanosos y solícitos que caminan por espacio de tres horas tras las huellas del adorado tormento.

El amor se hace enteramente en casa.

Si por casualidad se tropieza con un joven trovador turco que lanza en calle solitaria apasionados ojeos á dos brillantes pupilas que relucen tras una celosía, bien puede asegurarse que son

novios. Solo á los desposados se les consiente el servicio de ronda, escolta y demás puerilidades del amor oficial, tales como el lenguaje á distancia de las flores, de los colores por medio de cintas, ó de las prendas de vestir.

Y en este ramo son maestras las turcas.

Poseen para tales casos un arsenal de flores, frutas, yerbas, plumas, plantas, piedras, objetos varios; cada uno de los cuales, en suma, posee significacion determinada y convenida, que sirve de epíteto, de verbo y hasta de proposicion entera y verdadera. De modo tal, que con una letra y un manajo de hojas, ó un ramo de flores ó una cajita ó una bolsa repleta de cosillas, echan un discurso completo. Y como el significado de cada objeto, por lo general lo expresan mediante un verso, cada amante se halla en disposicion de componer una poesía lírica y hasta un poema en variedad de metros durante el espacio de cinco minutos.

El pétalo de un clavel, una tajadita de pera, un pedacito de jabon, una tira de papel, un fósforo, un cabo de hilo de oro, una cortecilla de canela ó un grano de pimienta, quieren decir:

«Hace mucho tiempo que te amo.»—«Que languidezco de amor.»—«Que muero de amor por tí.»—«Dame alguna esperanza.»—«Que me abra-so de pasion.»—«No me rechaces.»—«Respóndeme una palabra.»

Y fuera aparte el amor, se pueden decir mil

cosas: dar quejas, consejos, advertencias, noticias. Y es grande ocupacion de las jovencuelas en los albores de los primeros latidos del corazon, aprender este diccionario simbólico y combinar largas cartas dirigidas á bellos sultanes de veinte años, vistos en sueños.

Lo propio hacen para el lenguaje de los gestos, algunos de los cuales son graciosísimos; el que por ejemplo ejecuta el hombre fingiendo que se atraviesa el pecho con un puñal, y que significa:—«Estoy herido por las fúrias del amor;»—al cual responde la mujer dejando caer los brazos á lo largo, de modo que se abra un poco el *fereché*, y que significa:—«Te abro mis brazos.»

Pero seguramente no hay un europeo que haya jamás sorprendido uno de estos gestos ó ademanes, que por otra parte son ahora más bien tradiciones que usos; los cuales no se aprenden nunca de los turcos, que se avergonzarían de narrarlos, sino de alguna ingénuu *hanum* que se confía á cualquiera amiga cristiana.

\*  
\*  
\*

Por idéntico método se conoce el modo de vestir de las mujeres turcas dentro de las paredes

del haren; de ese traje caprichoso y pomposo de que todo el mundo tiene una idea, y que concede á cualquier mujer la dignidad de una princesa y la gracia de una chiquilla.

Nosotros no lo veremos nunca, á ménos que la moda lo introduzca en nuestros pueblos; porque aunque caiga un día el *fereché*, las turcas vestirán entonces á la europea, hasta por dentro.

¡Qué rabia para los pintores, y qué lástima para los demás!

Y es preciso imaginarse la turca (según mis informes), «esbelta como un ciprés,» y coloreada «con todos los matices de las rosas;» un gorriño de terciopelo rojo ó de tisú de plata, echado hácia la sien derecha; las trenzas negras, colgando por la espalda; sobrevesta de damasco blanco recamada de oro, con mangas de bullon y larga caída, abierta por delante, para dejar ver dos anchos calzones de seda encarnados que caen en pliegues sobre el cuello de dos zapatitos de punta retorcida hácia arriba al gusto chino; faja de raso verde á la cintura, y diamantes al cuello, en el pecho, en los brazaletes, en las trenzas, en el casquete, en las babuchas, sobre el cuello de la camisa, sobre la cintura, circundando la frente, diamantes, en fin, por todas partes, y reluciendo de piés á cabeza como una virgen de catedral española.

Siéntanse, en actitudes infantiles, sobre anchos divanes, en el centro de numeroso coro de

bellas esclavas circasianas, árabes ó persas, envueltas cual estatuas antiguas en largos paños.

Imagínense mis lectores una esposa «blanca como la cima del Olimpo,» vestida de raso celeste y cubierta por amplio velo de tisú de oro, reclinada sobre rica otomana adornada de perlas, ante la cual el esposo, arrodillado sobre un tapiz de Teheran, pronuncia su última oración antes de descubrir su tesoro. O representense la favorita enamorada que espera á su señor en la estancia más secreta del haren, vestida solo con la chaqueta zúava y los calzones, poniendo así de relieve todas las gracias de su flexible cuerpo, y dando al par que á su figura, el tipo de esbelto y elegante paje... Y, forzoso es convenir que aquellos feos y antiestéticos *turcos reformados*; esto es, turcos del día, con la cabeza pelona y la levita negra abotonada, tienen más, mucho más de lo que merecen.

Tal vestuario de casa vá sujeto, empero, á los caprichos de la moda.

Las mujeres, no teniendo otra cosa que hacer, pasan el tiempo buscando nuevos tocados, nuevos prendidos y nuevos ropajes. Se cubren de galas, se colocan cintas y plumas en el cabello, bandas por corona, pieles en la garganta y en los brazos; toman, en fin, de cada vestidura de gusto oriental una cosa, y mezclan, por añadidura, la moda europea con la turca. Usan á lo mejor, pé-

lucas ó bisonés, se tiñen el pelo de negro, de rubio, de rojo, é inventan tantas extravagancias como ciertas mujeres desenfundadas de las grandes ciudades europeas.

Si en las Aguas Dulces un día de fiesta se pudiesen hacer desaparecer, al toque mágico de una varita de virtudes todos los *fereché* y todos los velos, es decir, todos los trajes exteriores, se verían turcas vestidas de reina asiática, á la moda francesa, de gran señora para asistir á baile de etiqueta, de vendedoras de gran gala, de vivanderas, de griegas, de gitanillas, de Amazonas..., de tanta variedad de trajes, uniformes y vestimentas, en resúmen, cuantas se ven pertenecientes al sexo masculino en el puente de la Sultana Validé.

\*  
\*\*

Las habitaciones que ocupan estas bellas y ricas mujeres mahometanas, corresponden á su magnífico, seductor y extraordinario modo de vestir. Las estancias reservadas para ellas en las viviendas, están, por lo general, bien situadas, en lugares desde donde se disfruta de buenas vistas al campo ó al mar ó sobre Constantinopla. Debajo hay

jardines cerrados por altos muros tapizados de yedra y jazmines; encima, un terrado; hácia la parte de la calle, cierres de cristales, iguales á los *miradores* de las casas españolas.

El interior es delicioso. Los cuartos pequeños se encuentran cubiertos de tapices, alfombras ó esterillas chinas; los techos, pintados, siendo asunto predilecto frutas y flores; amplios y cómodos divanes á lo largo de las paredes; una fuente-cilla de mármol en el centro, tiestos, jarrones, macetas en las ventanas y la luz vaga y suavísima propia de las casas orientales, luz de selva, luz extraña y agradable de qué sé yo, de claustro, de lugar sagrado, que obliga á andar de puntillas, á hablar en voz baja, á no pronunciar sino palabras humildes y dulces, á no pensar más que en Dios y en cosas celestiales.

Esta luz lánguida, el aroma de los jardines, el murmullo del agua, las esclavas que se deslizan como sombras, el silencio profundo que reina en toda la casa, las montañas del Asia, cuyos azulados y carmíneos tonos lejanos se divisan en el horizonte á través de las flores, las rejas, y las ramas de la madre selva, que forman cortinaje á la ventana, ese conjunto poético, despiertan en el ánimo de las europeas que penetran dentro de aquellos muros, un sentimiento inexplicable de dulzura y de melancolía.

El decorado de la mayoría de tales harenes es

sencillo y cuasi severo. Mas los hay tambien de espléndidas cámaras con las paredes cubiertas de raso blanco bordado de oro, techos de cedro, rejas doradas, muebles preciosos.

Por el mobiliario se adivina la vida.

No se ven sino poltronas, otomanas grandes y pequeñas, tapices de todos tamaños, cojines de varias formas, almohadones de diferentes hechuras forrados de ricos chales y primorosos brocados, banquetillas y taburetes de distinta altura; un mobiliario, en suma, todo molicie y abandono que invita de mil modos, diciendo elocuente:—Siéntate, échate, estírate, adormécete, ama y sueña.

Hállanse de cuando en cuando espejitos de mango y largos abanicos de plumas de avestruz; cuelgan de las paredes cinceladas chibukas; jáulas de pájaros en los huecos de las ventanas y las puertas; braserillos para perfumar, en medio de las habitaciones; relojes de música por las mesas; juguetes y bagatelas de toda especie que acusan los mil caprichos pueriles propios de descaradas mujerzuelas que se aburren.

Y no hay únicamente lujo en las cosas que se ven á primera vista, si que tambien en cuantos objetos se usan en el servicio doméstico. Existen, por ejemplo, casas en donde el servicio de mesa es de plata sobredorada; de oro macizo, los pebeteros; las servilletas de raso con galones y fleco de oro; y brillantes y piedras preciosas, en las tazas

de café, en las ánforas, en las pipas, en los muebles de tapicería, en los abanicos, en los cubiertos; de igual manera que hay otras, en mayor número naturalmente, donde nada ó casi nada ha cambiado, de la antigua tienda árabe ó tártara, todo cuyo menaje puede cargarse en el lomo de un mulo, en las cuales todo está dispuesto para una nueva peregrinacion á través del Asia; casas vírgenes mahometanas y austeras, en las que cuando llegue la hora de partir no sonará sino la voz humilde y resignada de su dueño, diciendo:—¡*Olsun!* Amén.

\*  
\*  
\*

La casa turca, como todo el mundo sabe, está dividida en dos partes: el *haren* y el *selamlík*. El *selamlík* es la parte reservada al hombre. Aquí trabaja, come, recibe á los amigos, reposa la siesta, y duerme, «las noches que el amor se lo permite.»

La mujer no penetra jamás en el *selamlík*. En este es dueño el hombre; en el *haren* es dueña la mujer. Ella administra y gobierna á su antojo, con absoluta libertad, excepcion hecha de la recepcion de visitas de hombre. Cuando no se halla

de humor de recibir al marido, hasta puede mandar un cortés recado de que vuelva á otra hora.

Una sola puertecilla y un corredor divide generalmente el haren del selamlik, y sin embargo, vienen á ser como dos casas lejanas la una de la otra. Los masculinos van á visitar á los *effendi*, y las femeninas á las *hanum*, sin encontrarse nunca, ni oirse, y aun en las más de las ocasiones son gentes desconocidas los unos de los otros. Los sirvientes son distintos, y separadas casi siempre las cocinas. Cada cual se divierte y derrocha por su cuenta. Rara vez come el marido con la mujer, especialmente cuando tiene más de una. No poseen nada comun, á no ser el divan en que se aproximan. El hombre no entra jamás en el haren en calidad de marido, es decir, en calidad de compañero ó de padre y educador de sus hijos, sino en calidad de *amante*. Al entrar, deja á la puerta todo pensamiento, toda idea, todo cuanto pueda turbar el placer que busca, todo aquello, en fin, de su propia persona, que no tiene nada que ver con sus deseos de aquel momento.

Va allí á olvidar los cuidados, quehaceres ó dolores de la jornada, ó mejor, para sumirse en un propio sentimiento, no para pedir luz á una mente serena, ni á confortar su ánimo con otro corazón sensible. Ni su mujer le serviría despues de todo. No se cuida ni aun de presentarse á su amada circundado de cierta gloria, de cierto ingenio,

con cierto saber, con cierto poderío, con algo que pudiese hacerlo más interesante y á ella más amable. ¿A qué? Es el dios del templo, y le es debida la adoracion. No tiene necesidad de hacerse valer; con preferir á una, la preferencia ya basta á que ésta se le presente agradecida en aquel dia ó en aquel instante, concediéndole á su señor ese sentimiento de gratitud que basta para el amor que el amante desea. *Mujer* significa *placer* para él. Aquel nombre lleva directamente su pensamiento á este sentido; aún más: equivale el nombre mismo al sentido, y por esto le parece impúdico el pronunciarlo, y jamás lo pronuncia; y si ha de decir:—Me ha nacido una hembra, dice:—Me ha nacido una velada, una incógnita, una extranjera.—Así no puede existir una intimidad verdadera entre ella y él, porque subsiste siempre entre uno y otro como el velo del sentido, que esconde los infinitos secretísimos rincones del alma, que no aparecen sino á través de la límpida familiaridad larga y tranquila.

Además, la mujer constantemente preparada á recibir la visita, vestida y adornada para aquel determinado momento, dispuesta de continuo á vencer á una rival ó á conservar un predominio incesantemente amenazado, há menester usar ardidés de cortesana, violentarse á sí misma, á fin de que todo sonría en torno de su señor, aunque su corazón esté triste, mostrándole cada dia la

máscara alegre de una mujer afortunada y feliz, con objeto de que él no se incomode y la desdén.

Por esta razón el marido la conoce frecuentemente como esposa, y no la ha conocido, ni la conoce luego, ni como hija, ni como hermana, ni como amiga, ni como madre. Y así deja que se esterilicen en ella misma poco á poco las nobles y elevadas cualidades que ni pudieron revelarse, ni que caso de manifestarlas habían sido estimadas. Se habitúa por tal camino á cuidarse, si no de aquello que se busca en ella, sofocando resuelta á menudo la voz del corazón, la voz del espíritu, á fin de hallar en una cierta somnolencia de vida animal, ya que no la felicidad, la paz al ménos.

Confortan su alma, cierto, los hijos, y el marido los busca y los abraza delante de ella; mas es consuelo amargado por el pensamiento de que quizás una hora antes ha besado y abrazado á los hijos *de otra*, que besará una hora despues á los de una tercera, y luego á los de una cuarta, y así sucesivamente á veces en operacion simultánea, á veces de año en año ó de ménos en ménos tiempo. El amor de amante, el afecto de padre, la amistad, la confianza, todo está dividido y subdividido, y lleva marcado su horario, sus condiciones, su medida, sus ceremonias: con lo que todo es frío ó insuficiente.

Y además, hay en el fondo algo de despreciativo y de injurioso siempre para la mujer, en el

amor del marido, que constantemente mantiene al lado de ella un eunuco que la guarde y la vijile.

El le dice en sustancia:

—Te amo, eres «mi alegría y mi gloria,» eres «la perla de mi casa;» pero estoy seguro de que si este *mónstruo* que te cela fuese un *hombre*, te prostituirías con tu criado.

\* \*

Varían mucho, no obstante, las condiciones de la vida conyugal, segun los medios pecuniarios del marido, aun no teniendo en cuenta que quien carece de recursos para mantener á más de una mujer, está obligado á contentarse con una mujer sola.

El señor rico vive separado en espíritu y en casa de su mujer, porque puede montar un departamento ó hasta una casa sola para ella, y porque queriendo recibir amigos, clientes, aduladores, sin que sus mujeres sean vistas ni molestadas, se halla precisado á habitar con cierto aislamiento.

El turco de clase media, por razones de economía, vive más próximo á su mujer, la ve con ma-

yor frecuencia, y establece entre ambos más familiaridad.

El turco pobre, por último, necesita ocupar el menor espacio, gastando lo ménos posible, y come, duerme y consume todas las horas de que dispone al lado de la mujer y de los hijos.

La riqueza, divide; la pobreza, une.

En la casa del pobre no media diferencia realmente entre la vida de la familia cristiana y la familia turca. La mujer que no puede tener una esclava trabaja, y el trabajo ennoblece su dignidad y condicion, al par que eleva su autoridad en el seno del hogar doméstico. No es raro que ella vaya á sacar del café ó de la taberna al marido ocioso, y que se lo lleve á casa por delante á puntapiés. Se tratan de igual á igual, y pasan la tarde el uno al lado del otro á la puerta de la casa. En los cuarteles más apartados van á menudo juntos á la compra; y muchas veces en algun cementerio solitario meriendan reunidos los cónyuges, cerca de la tumba de un pariente y rodeados de los hijos, á la manera de las familias de obreros ó trabajadores en nuestros países.

Tal espectáculo es más conmovedor, precisamente porque no es el usual. Y no hay manera de contemplarlo sin sentir y reconocer que existe algo de necesario, universal y eternamente bello en aquel nudo de almas y de cuerpos, en aquel grupo único de afectos; que no hay sitio para otro;

que sería nota disonante en aquella armonía, destruyéndola ó manchando su pureza; que la piedra angular, la base de toda sociedad justa y ordenada allí reside;—que cualquiera otra combinacion de afectos y de intereses está fuera de la naturaleza ó contra ella;—que solo aquello es una familia, y lo demás un ganado, un rebaño, una piara, una manada; que aquello es la casa, en fin, y lo que no es aquello, es un lupanar.

\*\*\*  
Y hay quien afirma que á las mujeres orientales les satisface la poligamia y que no conciben ni aun que sea injusta!

Para creer semejante aserto es forzoso desconocer, no ya el Oriente, sino hasta el alma humana. Si fuese verdad, no sucedería lo que acontece, á saber: que no hay muchacha turca que aceptando la mano de un hombre no le ponga por condicion que no ha de desposarse con ninguna otra mientras ella viva. Si fuera verdad, tampoco se repetiría tanto el caso de desposadas que tornan al seno de sus respectivas familias cuando el marido falta á la promesa. Si fuese exacto aquel

aserto, no existiría el proverbio turco: *casa de cuatro mujeres, barca en borrasca.*

Más aún: si la mujer turca es adorada de su marido, no puede ménos de maldecir la poligamia, desde el momento que vive constantemente amenazada por aquella espada de Damocles sobre su cabeza, por tener cada día una nueva rival, no lejos ni recatada, aunque siempre culpable, como generalmente ocurre con las amantes europeas, sino instaladas al lado de la primitiva mujer turca, en su propia casa, con los mismos títulos, con los mismos derechos. Triste ha de ser para ella ver á una de sus esclavas elevada á la categoría de odalisca, alzando provocativa é insolente la frente ante ella, tratándola de potencia á potencia y echando hijos al mundo tan legítimos, como los de aquella verdadera esposa primitiva.

Es imposible que su corazón no sienta la injusticia de aquella ley. Cuando el marido por ella adorado le lleva á casa otra mujer, de fijo que no pensará en que su esposo no hace despues de todo sino usar de un derecho que le concede el Profeta; sino que en el fondo de su alma sentirá que hay una ley más antigua y más santa que condena aquel acto como una traicion y un abuso de poderoso; sentirá que aquel hombre ya no es suyo, que el nudo ha sido disuelto, que su vida queda despedazada y que tambien ella tiene el derecho de rebelarse y maldecir.

Y aunque no ame á su marido, tiene mil otras razones para detestar la ley; el interés de sus hijos, su amor propio herido, la dura condiccion en que se la coloca, debiendo elegir entre el abandono completo ó el abandono relativo que ha de reducirse á ser buscada por compasion y lástima de vez en cuando por su marido, y no por amor, sino para satisfaccion de sensuales deseos.

Se dirá que la mujer turca sabe que tambien les sucede lo mismo á las mujeres europeas. Es cierto; pero sabe al propio tiempo que á la europea no se le obliga por la ley civil ni por la religiosa á llamar hermana á la que envenena su existencia, y que tiene al ménos el consuelo de ser considerada cual víctima, contando con varios recursos para consolarse y vengarse sin que el marido le pueda decir como le dice el polígamo á su mujer infiel:

—Tengo el derecho de amar cien mujeres, y tú el deber de no amar á nadie más que á mí.

Verdad es, por otra parte, que rodean á las turcas muchas garantías legales y muchos privi-

legios de jurisprudencia ó de costumbre convertidos en leyes.

Por ejemplo: generalmente se las respeta con ciertas formas de gentileza caballeresca. Ningun hombre osará alzar la mano á una mujer en la calle. Ningun soldado, ni aun en el desenfreno de las sediciones, se atrevería á maltratar á la más insolente de las mujeres del pueblo bajo. El marido trata á la esposa con deferencia hasta ceremoniosa. La madre es objeto de particular culto. No se dá el ejemplo de que un hombre obligue á trabajar á su mujer para vivir á sus espensas. El esposo asigna invariablemente la dote á su esposa; ella no aporta al matrimonio sino alguna que otra esclava y sus ropas y alhajas. Caso de repudio ó de divorcio, el esposo ha de señalar á la mujer alimentos, y semejante obligacion le priva de usar malos tratamientos contra las bellas, pues les daría á ellas derecho tales causas, para obtener la separacion.

La facilidad de divorcio remedia en parte las tristes consecuencias de los matrimonios hechos casi por lo comun á ciegas, efecto de la especial constitucion de la sociedad turca, donde los dos sexos viven aislados.

De poco há menester la mujer para conseguir el divorcio: que el marido la haya maltratado una sola vez; que la haya ofendido en conversacion con otros; que la haya tenido en olvido por cierto tiempo.

Cuando necesita quejarse de su marido, presenta por escrito su querrela á los tribunales; puede presentarse en persona á un Visir, del cual es siempre recibida y escuchada benévolaente. Si no vive en paz con las otras mujeres, el marido se ve precisado á ponerla casa aparte; y aunque estén todas de acuerdo, en todo tiempo goza la mujer del derecho de un departamento separado.

El hombre carece del derecho de convertir en odaliscas las esclavas que la mujer aportó al matrimonio, y del de desposarlas.

Una mujer seducida y abandonada tiene en la ley amparo para hacer que su seductor se case con ella, si éste no posee ya cuatro mujeres; y si las tuviere, todavía le queda el de reclamar que la haga su odalisca (1), la lleve consigo y reconozca en todo caso sus hijos. Hé aquí por qué no hay bastardos entre los turcos.

Son rarísimos los célibes; rarísimas las solteras; bastante ménos frecuentes de lo que se piensa los matrimonios contraidos por coaccion de los padres, porque la ley castiga á los que obligan á sus hijos para que los contraigan.

El Estado dá pensiones á las viudas sin padres y pobres, así como á las huérfanas. Muchas niñas

(1) Amante.—Tambien se dá este nombre á las mujeres encargadas del servicio de las hermanas del Sultán, y que sirve á la mesa cuida las habitaciones.

abandonadas en la calle, son recogidas por señoras ricas, que las educan y las casan. Es muy extraño que una mujer quede sin proteccion y en la miseria, sea quien sea.

Todo esto es bello y es bueno; pero no quita que los turcos hagan reir cuando pretenden, comparando la mujer turca á la europea, que las condiciones en que aquella vive son más ventajosas con mucho que las en que arrastra su existencia la mujer de nuestros países; igualmente que cuando afirman que la sociedad de ellos se encuentra inmune de la corrupcion de que acusan á la europea. ¿Qué valen las formas de respeto que rodean á la turca, si su calidad de mujer supletoria es, por sí misma, humillante? ¿De qué le sirven las facilidades del divorcio y de las nuevas nupcias, si sea quien fuere el nuevo esposo disfruta del derecho de colocarla en idénticas condiciones que aquellas que motivaron su separacion del anterior marido? ¿Qué supone el reconocimiento obligatorio de los hijos ilegítimos, si el padre carece de recursos para mantenerlos, y de qué les vale á los cincuenta *legítimos* este título, si á él vá anejo el de la *bastardía* por la miseria ó el abandono?

Dícese que no ocurren ejemplares de infanticidios; ¿pero quién cuenta los abortos intencionados, para los cuales existen hasta casas especiales montadas al efecto?

Dícese que ignoran en qué consiste la prosti-

tucion, al estilo oficial y reglamentada de la mayor parte de las naciones civilizadas; ¿mas qué significa despues de todo la organizacion del oficio de las mil concubinas caucáseas, compradas y vendidas cien veces?

Dícese que por lo ménos la prostitucion no es pública. ¡Qué irrision! Murad III ordenó mandar más allá del Bósforo á todas las hembras de cierta vida; pues bien, se sabe que la pesca llenó la red, y las cuerdas de desterradas fué muy considerable. ¿O se nos querrá convencer de que es más fácil que un hombre sea fiel á cuatro mujeres que á una sola? ¿O se intenta, por ventura, que el poseedor de cuatro mujeres no comete pecados fuera de casa y fuera de su religion?

¿Que nos hablen de moralidad los hombres más devotos de la *nefanda voluptas* que viven sobre la haz de la tierra!...

De lo precedente dedúcese la mujer turca. La mayor parte se limitan á ser *hembras agradables*. La generalidad no saben sino leer y escribir, y ni leen ni escriben; las que poseen una su-

perfidísima cultura son milagros de la creación. Ya hay turcos que definen á las mujeres de su raza, "séses de cabellos largos y de inteligencia corta," y no les conviene á ellos que eduquen su inteligencia las mujeres, á fin de que no sean superiores ó iguales á sus señores. Así, pues, no instruyéndose mediante los libros, ni por medio de la conversacion con los hombres, permanecen en la más crasa ignorancia.

Del aislamiento de los dos sexos nace que á cada uno le falta algo: á ellas, gentileza y agrado; á ellos, altura de miras y elevacion de alma. Los hombres se convierten en rudos, las mujeres en comadres. Y no cultivando de la sociedad cada uno sino reducido círculo mujeril, retienen casi todos hasta la vejez algo de pueril en las ideas y en los modales; una loca curiosidad por cosas varias, un asombrarse de todo, un dar importancia á tonterías, una maledicencia mezquina, un hábito de desdeñar por despecho, propio de educandas, un reir descocado con cualquier motivo, un divertirse horas enteras en juegos infantiles, tales como el de perseguirse de habitacion en habitacion ¡para quitarse de la boca unas á otras un confite!...

Cierto que tienen por contraposicion, para decirlo al revés de los franceses, la buena cualidad en el defecto; y es á saber, que son naturalezas claras, transparentes, en las cuales se lee como en

libro abierto desde el primer instante; que son lo que parecen, *personas verdaderas*, segun la expresion de Mad. de Sevigné, no máscaras, ni caricaturas, ni monos de imitacion; mujeres francas y completas, de una sola pieza, hasta en la tristeza. Y si es verdad que basta que una de ellas jure y perjure acerca de un asunto cualquiera, para que ninguno le dé crédito, de esto no se induce sino que ignoran el arte hasta el punto de desconocer la manera de presentar verosímil la mentira. Y no es pequeña alabanza la de consignar que entre ellas no existen doctoras insoportables, ni maestruchas de esas que no charlan de otra cosa que de lenguas y de estilos literarios, ni criaturas románticas y vaporosas de las que moran en otras regiones que las de la vida real. Pero tampoco ha de omitirse que aquella existencia augusta, privada de las altas recreaciones del espíritu, en la cual yace eternamente sin satisfaccion el deseo instintivo de la juventud y de la belleza, el ser admiradas y lisonjeadas, exaspera el ánimo, lo ágría y endurece; y libres del freno de la educacion, se precipitan en toda especie de excesos cuando la pasion lo reclama. El ocio fomenta en ellas infinitos caprichos insensatos, obstinándose por satisfacerlos y deseando pagarlos á toda costa.

Bajo otro punto de vista, dada aquella atmósfera sensual del haren, en el centro de aquella compañía de mujeres inferiores á las señoras por naci-

CAPILLA ALEJANDRINA

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD

N.º 11

®

miento y educacion, lejos del hombre que refrenaría sus ímpetus de palabra, usan las damas un lenguaje de indecible crudeza y desnudez; desconocen las medias tintas de la expresion, y exponen el pensamiento sin velo alguno; antes bien, amando las palabras que sonrojan, las bromas impúdicas, las locuciones inverecundas, el equívoco plebeyo, se hacen mordaces é insolentes, hasta el punto de que los europeos que entienden el turco, sucede en ocasiones que oyen de boca de una *hanum* de aspecto casi mayestático, atrocidades tales produciéndose contra un comerciante grosero, por ejemplo, que apenas se conciben en labios de mujeres de la última ralea entre nosotros.

Semejante acrimonia vá creciendo á compás del aumento de sus relaciones con mujeres europeas, ó á medida que penetran más y más en el fondo de nuestras costumbres, alimentando y desarrollando en ellas el espíritu latente de rebelion; y cuando son amadas, se vengan de sus maridos con caprichosas tiranías en pago de la tiranía social á que están sujetas.

Muchos pintaron la mujer turca dulce, llena de mansedumbre, vergonzosa. Pero tambien hay almas atrevidas y feroces. Hasta en las conmociones populares se ve á algunas en primera línea. Se arman, se agrupan, detienen los carruajes de los visires, los insultan, los apedrean y rechazan la fuerza con la fuerza. Son dulces y mansas, en su

ma, lo mismo que las demás mujeres: cuando la pasion no las excita ni las enardece.

Tratan amorosamente á las esclavas si no están celosas de ellas; muestran ternura para con los hijos, aunque no sepan ni se cuiden de educarlos; contraen amistades íntimas y profundas las afligidas por el mismo dolor, las rechazadas por los maridos, v. gr., demostrándose recíprocos entusiasmos juveniles y afectos sinceros, y se visten del mismo color, y se perfuman con las mismas esencias, y se pintan lunares de la misma forma y en los mismos sitios. Y aquí podría añadir lo que escribió más de una viajera europea: «que conocen todos los vicios de Babilonia;» ¡pero me repugna en cosa tan grave, afirmar sobre la fé ajena!

Tal cual es su índole, así son sus maneras.

Parecen chiclelas de buena familia, crecidas en el campo, y á la edad esa en que ya no son bastante niñas, ni todavía bastante mujeres formadas para que sus deliciosas inconveniencias sociales dejen de ser corregidas por miradas amena-

zadoras ó de reconvencion de la mamá. Es preciso oír hablar acerca del asunto á una señora europea que haya visitado un haren. Es una cosa altamente cómica.

La *hanum*, por ejemplo, que en los primeros minutos de la visita ha estado sentada en el sofá con igual compostura que la europea, de repente cruza las manos detrás de la nuca en actitud de esperezo, bosteza haciendo ruido ó se coje una rodilla en alto, con ambas manos cruzadas, como antes se cogió la cabeza. Acostumbradas á la libertad, por no decir á la licencia, del haren, á las posturas atrevidas del ocio y del aburrimiento, é impregnadas de molicie á consecuencia de los largos baños, se cansan pronto de una compostura forzada. Se acurrucan en el divan, se vuelven y revuelcan continuamente retorciendo y desarugando de mil maneras las orillas de sus trajes, se hacen un ovillo, se cogen los piezecitos con las manos, se colocan un cojin entre las piernas en posicion vertical y apoyan en él los codos, se estiran, alargan las piernas, se enroscan como los gatos, ruedan del divan al colechon, de los colchones á los tapices del suelo, de los tapices á los sitios donde no los hay echándose en el mármol, y se adormecen dónde y cuándo el sueño las sorprende.

Una viajera francesa ha dicho que las turcas tienen algo del molusco. Siempre se encuentran

en tales posturas que se las puede recojer como un bulto, como un lío informe entre los brazos.

Su posicion ménos violenta es la de sentarse con las piernas cruzadas. Y de eso se deriva lo enarcado de sus piernas, puesto que desde la infancia es su actitud predilecta y frecuente.

¡Y con qué garbo se sientan! En los cementerios y en los jardines se las ve. Se dejan caer á tierra como desplomadas, permanecen inmóviles á la manera de estátuas, y se levantan rápidamente y con un único esfuerzo sin apoyarse en las manos. Ponerse de pié y sentarse, son los dos movimientos más vivos y rápidos de las turcas. La gracia de ellas reside en el reposo—en el arte de evidenciar las bellas líneas curvas de sus personas con actitudes soñolientas, con la cabeza echada atrás, suelto el cabello y con los brazos caidos,— arte que arranca oro y joyas al marido, y enardece la sangre y turba la razon á los eunucos.

El estudio de este arte no es el último de los medios que buscan para aligerar el mortal aburrimiento que las consume en el haren; fastidio que

CAPILLA ALEJANDRINA

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD

1871

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

no se origina tanto de la falta de ocupaciones y distracciones, cuanto de ser todas las ocupaciones y las diversiones todas, iguales, de un solo color, idénticas, invariables; es el efecto que causan algunos libros, que aun siendo variados en el fondo, cansan por la uniformidad en el estilo. Para huir de semejante aburrimiento hacen de todo. Los días para ellas se reducen á una lucha continua contra este obstinado mónstruo del aburrimiento.

Reclinadas sobre los almohadones al lado de sus esclavas, bordan, ó mejor, adornan pañuelos para regalar á las amigas; recaman gorritos de dormir, bolsas de tabaco para los maridos, los padres ó los hermanos, repasan las cuentas de sus *tespi*, contando hasta el número que saben contar; siguen con la vista por largo rato desde las enarcadas ventanas de las habitaciones altas los barcos que recorren el Bósforo ó el mar de Mármara; fantasean acerca de riquezas, libertad, amóríos, acompañando los ensueños de la imaginacion con el aspecto de las azuladas espirales del humo de los cigarrillos ó la favila del cigarro consumido.

Cuando les cansa el tabaco, saborean en la *chibuka* «los rubios cabellos del Lataquí;» saciadas de fumar, sorben una taza de café de Siria; roen frutas y dulces; hacen durar media hora un sorbete; dan otras chupadas al *narguilé* perfumado con agua de rosas; se echan á la boca alguna

almáciga para quitarse el olor del tabaco; despues toman la limonada para que desaparezca el sabor de la almáciga. Se visten, se desnudan, se ponen toda la ropa de sus roperos, experimentan todas las tinturas y potingues del tocador, se pintan y se borran lunares de vária índole, de forma de estrellas, de media luna, combinan una docena de espejos grandes y chicos con objeto de verse de todos lados, hasta que se aburren.

Entonces, dos esclavas de quince años bailan la danza obligada con las tarreñas ó castañuelas y el tamboril.

Una tercera repite por la centésima vez una cancioncilla ó una fábula que todas saben de memoria.

Despues, las dos acostumbradas machotas, vestidas de acróbatas, luchan, terminando con una costalada y una careajada sin gracia.

Alguna que otra vez se presenta la gran novedad de una cuadrilla de bailarinas egipcias, y entonces la diversion adquiere la categoría de verdadera fiesta.

En otras ocasiones viene una gitana con objeto de hacerse decir la *hanum* la buenaventura por el estudio é inspeccion de las rayas en la palma de la mano, ó á fin de comprarle á la bohemia un talisman que la mantenga jóven eternamente, ó un preparado especial para dejar de ser estéril ó para serlo, ó un filtro para hacerse amar.

Se pasan horas y horas con la cara pegada á las celosías viendo los transeuntes ó mirando los perros.

Enseñan una palabra nueva á un papagayo.

Bajan al jardín á columpiarse.

Suben luego para rezar.

Terminada la oracion, se echan en el divan á jugar á los naipes.

Saltan al suelo como cabras cuando se les anuncia la visita de una pariente ó de una amiga...

Y... vuelta á comenzar la série de cosas; sorbo de café, chupadas de cigarrillos, de *narguilé*, imonadas, confites, merendonas, risotadas sonoras... hasta que la visita se vá y el eunuco aparece en el dintel para decir en voz baja:

—El Effendi.

¡Ah, gracias á Dios! Él es quien lo manda, Alá lo envía... y, aunque fuese el más feo marido de Stambul!

\*  
\*  
\*

Esto ocurre en los harenes, donde ya que no otra cosa, hay paz al ménos.

En los demás, el tédio se halla sofocado por

las pasiones, y la vida se arrastra mejor que se lleva, ó aun mejor dicho, se realiza á saltos y tropezones y caidas.

Impera la tranquilidad en el haren cuya mujer es Reina, porque ni el marido mira á las esclavas, ni mantiene enredos ó intrigas fuera de casa.

Asimismo, si no felicidad, paz cuando ménos, se advierte en los harenes donde varias mujeres de carácter frio ó ligero, reciben al marido cuando les toca su turno, sin amor, sin ambiciones de predominio, sin preferencias, sin celos, sin disturbios, y él mismo no hace excepciones ni diferencias irritantes.

Estas mujeres de buena pasta, procuran sacar al Effendi todo el dinero que pueden, habitan en la misma casa, viven en la mejor armonía, se llaman hermanas, se divierten juntas, y en paz: el barco, segun reza el proverbio, está construido por los demonios, y de pésima manera, pero de todos modos, vá adelante, que es el caso.

Tambien hay paz, al ménos aparentemente, en el haren en que la mujer pospuesta á la recién llegada, se resigna con su suerte, rechazando las migajas del festin orjiástico del otro amor de su marido, permanece su amiga, sigue en su casa, y busca consuelo en el afecto de los hijos, adoptando digna reserva y recogimiento digno.

Pero precisamente acontece lo contrario en los

harenes en los cuales se hallan reunidas mujeres de corazón fiero y de sangre caliente, que rechazan la comandita del amor con sus rivales, que no soportan la vergüenza del abandono, que no se resignan á ver pospuestos sus propios hijos á los de otra madre.

• En estos harenes, dicho se está que hay un infierno.

Aquí se llora, allá se grita, se rompen porcelanas y cristalerías, se mata á las esclavas á alfilerazos, se urden conjuraciones, se meditan delitos, y á veces, se consuman: envenenamientos, puñaladas, vitriolo en la cara, son accidentes bastante usuales. La vida en tales parajes, es horrible trama de persecuciones, de odios implacables, de guerras intestinas, sordas y feroces.

El hombre, en resúmen, que tiene varias mujeres, ó ama una de verdad, entonces carece de paz; ó las ama á todas por igual hasta cierto punto, para gozar de tranquilidad, ó no siente amor por ninguna.

Y en todos casos, camina por lo comun derecho á su ruina; porque si entre sus mujeres no hierven los celos de amor, se encuentran en ebullicion los celos de amor propio, las rivalidades de ambicion, de lujo y de esplendidez y riquezas.

Y así, no le es permitido regalar á su predilecta del dia una joya, un coche, una casa de campo á las orillas del Bósforo, sin que se produzca una

tempestad; hallándose en el compromiso perenne de hacer por todas lo que hizo por una, lo cual equivale, segun se apuntó antes, á la ruina, puesto que necesita comprar la paz á peso de oro.

Lo que acontece con las mujeres, aplíquese á los hijos; los cuales, ó son hijos de la madre que yace en negligencia, y entonces ódian, ó son hijos de la favorita, y entonces, son odiados. Y fácilmente se comprende qué educacion recibirán en el haren, en el corazón de aquellos hogares, si así puede llamarse á aquellos sitios, donde el núcleo es una constante intriga y la envoltura un perpetuo rencor; allí, entre esclavas y eunucos, sin el cuidado del padre, sin el ejemplo del trabajo, en aquella atmósfera de voluptuosidad y sensualismo.

¡Qué educacion, particularmente para las niñas, habituadas desde los pocos años á avezarse y adiestrarse en los sistemas de la seducción, fundando en ella precisamente sus esperanzas; su futura fortuna, y estudiando aquellas artes, á las cuales ciertamente no cuadra el epíteto de *amorosas* y que aprenden en parte de la madre, en parte de la esclava, y el resto de Caragueuz.

Todavía en las varias especies de harenes, además de los pacíficos y tormentosos, se dan otras clases.

El haren del turco joven y despreocupado que secunda las tendencias europeas de las mujeres turcas, y el del turco rigorista por sentimiento individual ó dominado por los padres, particularmente por una madre vieja, musulmana inflexible, siente aversión hácia cualquier género de innovaciones y que influye en aquel á fin de que gobierne su casa segun el ideal de ella.

Entre ambos harenes, media extraordinaria diferencia.

En el primero se remeda la casa europea.

Existe piano, y una profesora cristiana enseña la música á la *hanum*. Se compran veladores y mesitas de labor, sillas de paja, camas de moda, escribanías. De las paredes cuelgan, por ejemplo, retratos del Effendi, hechos al lápiz por un pintor italiano de Pera; en un rincon se abre un armario con un par de docenas de libros, entre los cuales se cuenta un pequeño diccionario turco-francés, y el último número de la *Mode illustrée*, que recibe la señora por segunda mano de la mujer del Cónsul de España.

La señora posee tambien cuanto requiere el que se dedica á la acuarela, y pinta con entusiasmo flores y frutas. Ella asegura á sus amigas que ignora ya lo que es el tedio.

Entre trabajo y estudio, escribe sus memorias. A cierta hora recibe al profesor de francés (un viejo jorobado y espiritado, por supuesto), con el cual se ejercita en la conversacion. De vez en cuando, viene á retratarla un fotógrafo femenino de nacionalidad alemana, establecido en Galata. Si enferma, la visita un médico europeo, aunque sea guapo mozo, puesto que el marido no es tan brutalmente celoso como determinados amigos suyos montados á la antigua.

Tampoco faltan sesiones con modistas parisienses que visten á la señora, con arreglo al último figurin venido en el periódico de modas, y cuyo traje será sorpresa agradable para el Effendi la noche del jueves, dia sacramental para los esposos musulmanes, que deben pagar en esa noche como amorosa letra de cambio á su "hoja de rosa."

Y el Effendi promete á cambio de la sorpresa, que la llevará á ver desde la claraboya de una torre ú otro sitio análogo, el primer gran baile que dará la embajada inglesa en el próximo invierno, porque conviene saber que este joven Effendi despreocupado, es un señor de grande importancia.

La hanum de que hablamos, se reduce, en suma, á una señora europea de religion musulmana, y así lo asegura á sus amigas:

—Yo vivo como una *cocona* (como una cristiana), les dice.

Las personas allegadas, poco á poco se infiltran de este virus modernizador, y los parientes, las amigas, acaban por discurrir acerca de tales temas, profesando los mismos principios, deseando regular sus vidas respectivas el día de mañana según estos ideales, y la conversacion entre ellos recae en las modas y en los teatros; se burlan de las añejas *supersticiones*, de las caducas *pedanterías*, de las *hipocresías* de la Turquía vieja, terminando ora con la frase, ora al ménos con la convicción en la conciencia, aunque á los labios no salga, de *que es tiempo ya de que concluyan las antiguallas y se principie á vivir de una manera más racional!*

\* \* \*

Pero ¿y en el otro haren?

Aquí todo es *rigurosamente turco*, desde el vestir de la señora, hasta las más insignificantes bagatelas.

—¿Libros?

—¡El Coran y basta!

—¿Periódicos?

—No se conoce en todo caso más que el *Stambul*.

Enferma la señora. Nada de médicos. ¿Para qué han de servir las doctoras turcas, que poseen para cada mal un específico milagroso?

Si los padres, los suegros, que diríamos, son gente infestada por la peste europea, no consiente el yerno que la hija los vea sino una vez á lo sumo en semana.

Todos los vanos de la casa se hallan perfectamente enrejados y asegurados, y no penetra en tales recintos tradicionales nada que huela á europeo, como no sea el aire, excepcion hecha del caso en que la señora haya tenido la desgracia de aprender un poco francés de niña, en cuyo caso la suegra buscará manera de que se deslicen algunas noveluchas francesas dentro de tan recónditos parajes, aunque no sea más que con la intencion de envenenar aquella alma pura con estas ó parecidas exclamaciones:

—¿Lo ves, te convences de que la sociedad que quereis estigmatizar, es una sociedad muy hermosa? ¡Hé ahí, hé ahí las bellas flores que produce! ¡Hé ahí los sublimes ejemplos que nos ofrece!

\* \* \*

A pesar de todo lo dicho, la existencia de la turca está llena de incidentes y fruslerías, que á primera vista parecen increíbles, en una sociedad donde los dos sexos se hallan en perfecta incomunicación por lo común.

En ciertos harenes, v. gr., la madre anciana pretende arrancar del corazón de su hijo el amor hácia su favorita, para sustituir aquella pasión por la de su candidato preferible, y busca medios de ocultarle los hijos de aquella y procura que se eduquen lo ménos posible, á fin de que no se hagan agradables al padre.

En otros, hay mujeres que no pudiendo separar al marido del lado de otras rivales, intentan que otras nuevas sean las que sustituyan á la predilecta, contentándose con este arte, ya que no privan á las primitivas amantes de las caricias de su esposo. Y así, desentierra el mundo hasta que halla una esclava que colocar ante los ojos del marido, hermosa y atractiva, á fin de que traicione el Effendi á la Sultana predilecta.

Otra mujer que por inclinación natural hace la agente de matrimonio, se ingenia de tal suerte, que consigue que cierto pariente suyo vea á menudo á cual muchacha con objeto de que quede prendado y la tome en matrimonio, robándosela al marido.

Aquí se forma un grupo de señoras que constituyen á escote un fondo para comprar una lin-

da esclava y regalársela al Visir ó al Sultán.

En otras partes, las intrigas están á la orden del día, y valiéndose cada una de las amigas del círculo, de su influjo individual, obligan á éste á que se separe de su mujer, á este otro para que la adopte, al de más allá para que caiga de la altura de su prepotencia cerca del jefe del Estado, y análogos asuntos ocupan la existencia de las mismas, que lo mismo destierran á un poderoso, que encumbran á un desdichado. Y aunque haya ménos comercio social que en nuestras ciudades, no por eso se deja de saber semejantes intrigas.

\*  
\*  
\*

La fama de una mujer espiritual, de una maldiciente, de una celosa, se esparce fuera del círculo que respectivamente frecuentan. Aun aquí las frases de ingenio, los juegos de palabras, á que se presta admirablemente la lengua turca, las afirmaciones de doble sentido, cunden de boca en boca y se suceden como las circunferencias concéntricas que dibuja en las aguas del estanque la piedra arrojada al fondo: pequeños los círculos al principio, en el centro, ensancha dos hasta perder-

se cada vez más al fin, en los alejados del punto inicial del movimiento.

Nacimientos, circuncisiones, fiestas, bodas, todo cae en el dominio de estas chácharas, ora ocurran tales acontecimientos en la colonia europea, ora en el Serrallo.

—¿Habeis visto el nuevo sombrero que ha sacado la embajadora de Francia?

—¿Se sabe algo acerca de la bella esclava venida de la Georgia, que la Sultana Validé regalará al Sultan el día del gran Bairam? (1)

—¿Es cierto que la mujer de Ahmed-Bajá ha salido el otro día con calzado á la europea con borlas de seda?

—¿Llegaron ya de París los trajes para la representación del *Bourgeois gentilhomme* en el teatro del Serrallo?

—Sabed, que hace dos semanas que vá todos los días á la mezquita de Bayaceto, muy temprano, la mujer de Mahmud-Effendi, para pedir al Altísimo que le conceda la gracia de dos hijos gemelos.

—¿Qué escándalo se ha armado en casa del fotógrafo Fulano, de Pera, porque Ahmet-Effendi ha encontrado allí el retrato de su mujer!

—¡Ah! ¡La señora Aiscé bebe vino!!!

(1) Fiesta anual con que celebran los musulmanes el fin del Ramadan ó Ramazan, tiempo de ayuno y cuaresma.

—La señora Fátima se ha mandado hacer tarjetas.

—La Hafiten entró á las tres en una tienda de un franco y ha salido á las cuatro.

.....

En suma, la pequeña crónica de la ciudad, el *Folleton* que dicen los franceses, la *Gacetilla* maligna, circula con increíble rapidez por entre aquellas casas encarnadas y amarillas, se enlaza con la de la corte, se desparrama por Scutari, se prolonga por las orillas del Bósforo hasta el mar Negro, y con frecuencia llega hasta las grandes ciudades de provincia, de donde torna adornada y amplificada para provocar nuevas risas, nuevos argumentos, nuevas futilidades, en los mil harenes de la metrópoli.

\*\*\*

Sería curiosa diversion, si hubiese entre los turcos, como entre nosotros, esos corre-ve-y-diles del mundo elegante que todo lo saben y todo lo

cuentan de casa en casa. Sería una diversion y un estudio aménísimo al propio tiempo para ilustrarse acerca de la vida en Constantinopla, el irse á establecer en las Aguas Dulces de Europa en día de fiesta, y hacerse decir una palabrilla con motivo de todas y cada una de las personas notables, bajo distintos respectos, que pasasen por delante de nosotros.

Pero, despues de todo, ¿qué importa que no haya estos noticieros? Se saben los milagros; los santos, ya se los puede imaginar cada cual á su antojo. Para mí es como si viese por mis propios ojos tales asuntos. Ejemplo:

La gente pasa, y un turco á mi lado señala:

—Aquella señora acaba de separarse de su marido y se ha ido á vivir á Scutari.—Scutari es el refugio de las malcontentas.—Se ha ido á casa de una amiga, y volverá al techo marital, cuando su esposo, que en realidad la quiere, venga á anunciarle que se ha desembarazado de la concubina que fué objeto del divorcio.

—Este Effendi que pasa, está empleado en el Ministerio de Estado. Por librarse de los inconvenientes que traen consigo los parientes de las turcas y los parientes de los parientes, há poco que casó con una esclava árabe que en estos días precisamente aprende el turco con su cuñada, hermana del marido.

—Esta monina, es una divorciada que espera

que el Effendi Zutano repudie á una de sus cuatro mujeres para ocupar su puesto, el cual, de tiempo atrás se lo prometió.

—Aquella de más allá se ha separado dos veces del marido y tercera vez vuelve á casarse con él, y él tan conforme; y para cumplir con la ley, se ha casado por algunos dias con otro, que será marido únicamente el día de la boda, segun han convenido, y divorciada podrá realizar sus designios con el primero.

—Esa morenilla de ojos lánguidos, es esclava abisinia, cedida por cierta señora del Cairo á cierta gran señora de Stambul, muerta no há mucho, y que la ha dejado dueña de casa, sustituyendo en todo á su ama, incluso con el amante.

—Aquel, aquel Effendi de cincuenta años, se ha casado hasta con diez mujeres.

—La viejecilla que viste de verde, se enorgullece de haber desposado legítimamente hasta doce caballeros.

—Esta otra, se ha enriquecido comprando esclavas de catorce años, á las cuales enseña música, canto, baile y maneras de la alta sociedad, y luego las vende, ganando el quinientos por ciento.

—Hé ahí un ejemplo: aquella circasiana se compró en Top-hané por ciento veinte pesetas turcas, y revendida tres años más tarde, ha costado la friolera de ¡cuatrocientas!

—¡Qué historia la de esa! Esclava, odalisca,

mujer legal, divorciada, casada en segundas, viuda, y en pretensiones de flamante matrimonio.

—Reparad á ese Effendi. Se halla en tales condiciones, que verdaderamente es curiosa su situación: su mujer propia está enamorada perdida de un eunuco. Y se cuenta que es muy capaz de dar á su legitimo esposo una determinada taza de café que le haga despertar en la eternidad, á fin de que la deje gozar en paz de sus amores extraordinaria y raramente espirituales.

—Ese es un riquísimo comerciante. Negocia en cuatro puertos distintos, y ha colocado como faro en cada uno á una mujer: tiene la primera en Constantinopla, la segunda en Trebisonda, la tercera en Salónica, y la cuarta en Alejandría. Cuatro puertos en donde descansar en brazos del amor cuando se desprende de los brazos de las ondas.

—¡Qué hermoso jóven de veinticuatro años! De simple oficial del ejército ha saltado á Bajá, por obra y gracia del Sultan, que lo ha casado con una hermana suya. Pero paga cara su fortuna; porque con una Sultana no se bromea; y si nos fijamos, encontraremos la esclava que espía sus pasos, viendo á quién mira, porque murmuran que es celosa como *dos turcos*.

—¡Mirad la esbelta palmera que cruza! ¡El ojo ménos experto comprende que es bella flor salida del Serrallo! Su actual marido la desposó despues

de haber sido ella favorita del Sultan, y por mediacion de la misma, ha conseguido un gran empleo en el Ministerio de la Guerra, y no tardará en hacerse hombre, porque es mozo que lo entiende y gana por momentos favor é influjo en la córte.

—Ahí vá una desposada de cinco años. Hoy mismo ha quedado comprometida con un mozalvete de ocho primaveras. Pero ya ha habido el primer disturbio en el seno del matrimonio, por motivo de un beso que la bella ha dado á su primo, que tiene la edad del marido, en presencia de éste.

—¡Hé ahí una bruja que ha sacrificado dos corderos á Alá en accion de gracias por haberla librado de una nuera que detestaba.

—Allí vá una médica bribona dedicada á hacer reventar á las esclavas que llevan en su seno el fruto del amor de un dia del Effendi. Las mujeres propias del señor, procuran la esterilidad de las esclavas á todo trance, porque si llegan á ser madres, no las pueden vender ya y el marido las retiene en casa.

—Esta otra tambien se ocupa de medicina, pero su fuerte especial consiste en asegurar, mediante su ciencia, al Effendi, que tal ó cual esclava es virginal doncella, ó amante de reemplazo en estado de merecer.

—La del fereché lila es mujer de un turco amigo mio; mas no es turca, sino cristiana, y vá todos

los domingos á la iglesia. No digais nada por consideracion á ella. Por el marido, no hay miedo, porque el Coran no prohíbe desposorios con cristianas, y basta para purificarse de un abrazo de cristiano, lavarse las manos y la cara.

—¡Caramba, la que se nos ha escapado! Una carroza del Serrallo: iba dentro la tercera cadina (1) del Sultan; he conocido la cinta color de rosa al cuello del intendente. La tercera cadina fué regalo del Bajá de Smirna, y tiene los ojos más grandes y la boca más pequeña del Imperio otomano. Una figura semejante á esta *hanum* chiquitita de la nariz acaballada que no hace mucho ha ofendido á Jesús y á Mahoma juntamente, amando á un pintor inglés, conocido mio.

¡Desdichada! ¡Y pensar que cuando los dos ángeles Nekir y Munkir juzguen su alma, creará disculparse con la habitual mentira de que en el momento de su pasion tenía los ojos cerrados y no reconoció el semblante del infiel! . . . . .

(1) El Sultan tiene cuatro amantes predilectas que llevan el nombre de cadinas.

¿Luego hay turcas *infielles*?

¡Las hay!

No obstante los celos de los Effendi, la vigilancia de los eunucos, las prescripciones del Coran, que amenaza con cien latigazos á las culpables, á pesar de los maridos turcos, que forman entre sí como una tácita sociedad de seguros mútuos contra las infidelidades, siguiendo en esto la costumbre contraria de los maridos europeos, que parece tácitamente conspiran reunidos contra la fidelidad de la vida conyugal; con todo, y contra todo, puede asegurarse que las *veladas* de Constantinopla cometen tantos pecados sobre poco más ó menos, que las *no-veladas* de muchas ciudades cristianas.

Si no fuese así, Caragheuz no tendría tan á menudo en los labios la palabra *Kerata*, la cual traducida en un nombre histórico, significa Menelao.

¿Que cómo es posible?

De mil maneras. Ante todo, conviene saber que ya no se arrojan mujeres al Bósforo, ni dentro de un saco, ni sin saco, ni de ningun modo, y que los castigos del ayuno, del cilicio, del silencio, de los palos en las plantas de los piés, se reducen á amenazas de algun *Kerata* bestial.

Los celos procuran buscar formas para impedir las traiciones; pero cuando no sirven de nada los recursos del ingenio aguijoneado por los celos,

no se verifican ya las venganzas de otras épocas, porque ahora es bastante más difícil mantener ocultas las tragedias domésticas sin que salgan á la plaza pública los pormenores. Y en la sociedad musulmana ha entrado en union de otros muchos elementos, la fuerza del ridículo, á la cual teme extraordinariamente los celos.

Por otra parte, los celos turcos, en la mayoría de los casos, son unos celos fríos, corporales, de amor propio más que de amor, aunque estas zele-  
ras aparezcan severas y hasta animadas de la sed de venganza. Sin embargo, por su mismo carácter y el de los turcos, no puede gozar de la actividad escrutadora é infatigable de las miradas de Argos, que aquellos celos nacidos de lo más hon-  
do del alma enamorada.

Y además, ¿quién vigila á mujeres separadas del marido, ó no separadas, pero que viven en casa aparte ó en habitaciones aisladas, donde pasan el día, mientras que el marido se le pasan algunos enteros sin parecer por tales lugares?

¿Quién las persigue por los intrincados calle-

jones de Pera, de Galata, ó por los extraviados cuarteles de Stambul?

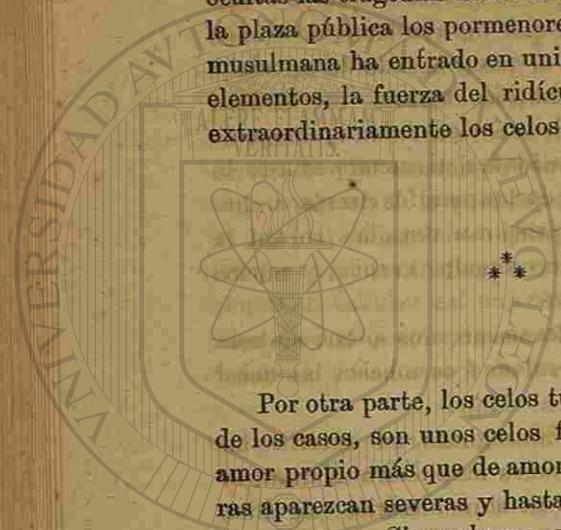
¿Quién impide que se ejecute lo que yo ví ejecutar y es, á saber: que un ayudante de campo del Sultan arrojara al pasar al lado de un coche de cierta bella, un billete amoroso, corriendo á galope ginete en brioso corcel, en la revuelta de una esquina? El eunuco de delante no podía verlo porque le volvía la espalda, y el de detrás no había traspuesto la esquina mencionada. ¡Hé ahí la forma de llevar á cabo aquella aventura, núcleo de sabe Dios cuántas!

¿Y la noche del Ramazan, que á las mujeres se les permite no volver á casa hasta las doce? ¿Quién pone puertas al campo!

¿Y las *coconas* complacientes, que viven en los límites de un barrio musulman y otro cristiano, y que igualmente reciben á una *velada* que á un europeo?

Las aventuras, empero, ni son tan extrañas, ni tan terribles como otras veces.

Ya no se repiten ejemplos análogos á los de la



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



CAPILLA ALFONSINA

Sultana del siglo pasado, que llamaba á su casa á un hermoso jóven de una tienda con el pretesto de que le llevase determinadas telas. Y aquel muchacho no volvía á salir. Víctima de un deseo ó de un capricho, iba á parar al Bósforo precipitado por una claraboya de los muros que daba sobre las aguas.

Ahora todo sucede prosáicamente.

Las primeras citas amorosas se verifican en las trastiendas. Ya se sabe que hay en todas partes comerciantes que comercian con todo género de artículos.

Las autoridades turcas procuran impedir tales abusos por no llamarlos escándalos, pero son inútiles cuantas prescripciones se refieren al orden público de la poblacion y que la policía de Constantinopla aspira á que se practiquen con regularidad y se observen fielmente. Con ocasion de las grandes fiestas, se amplían aquellas reglas, y excusado es consignar que casi en absoluto hacen relacion á la conducta de las mujeres, y se les hacen entender, ora en tono de consejo, ya por vía de advertencias, ora en forma de amenaza.

Ejemplos:

«Se prohíbe á las mujeres entrar en las habitaciones interiores de las tiendas. Necesitan permanecer en los comercios de modo que se las vea desde las calles.»

«Se les próhibe ir en el tranvía por pura di-

versión ó recreo; ó sea, que deben apearse al término de la carrera y no volver inmediatamente por la misma vía en el siguiente viaje.»

«De igual modo se les prohíbe hacer señas á la gente que pasa, y pararse en tal sitio, y atravesar por cual otro, y detenerse más de cierto tiempo en determinados lugares: prescripciones todas que cada uno de mis lectores se imaginará cómo pueden cumplirse, si se observan, y en qué forma, y de qué manera.»

Y luego se usa aquel bendito velo que fué instituido para salvaguardia del hombre y que ahora sirve para salvaguardia de la mujer, puesto que lo llevan trasparente, á fin de que ofrezcan incentivos á los caprichos, y lo usan espesos con objeto de que los amortigüen si no les conviniera en contadas circunstancias. De donde nacen mil incidentes dignos de mencionarse.

Amantes afortunados, v. gr., que despues de mucho tiempo no conocen á los ensueños de su mente; amadas que se ocultan bajo el nombre de otros para realizar venganzas; y bromas, reconocimientos inesperados, verdaderas anagnorsis teatrales, embrollos, equivocaciones, *quid pro quo*, chanzas y burlas carnavalescas y motivo continuo de chácharas y parlanchinerías infinitas.

Todas las murmuraciones van más tarde á parar como en remanso donde circulan y se renuevan tomando cuerpo ó aniquilándose y pereciendo en las casas de baños: parajes usuales de cita entre las turcas.

El baño desempeña el papel de teatro para ellas hasta cierto punto.

Van á estos establecimientos por parejas, y aun por grupos, con sus respectivas esclavas, que conducen cojines, tapices, objetos de tocador, golosinas, y en ocasiones, hasta el almuerzo, á fin de permanecer allí desde la mañana á la tarde.

En aquellos salones semi-oscuros, en medio de fuentes y entre mármoles, se encuentran reunidas más de doscientas mujeres desnudas á lo ninfas, ó mal encubiertas, de tal suerte, que conforme á la opinion de las europeas que allí fueron alguna vez, presentan un espectáculo que hace caer de las manos el pincel á los pintores.

Véanse las *hanum* blanquísimas al lado de las esclavas negras de un negro ébano; bellas matronas de formas bien acusadas segun la expresion de los artistas; representantes del ideal de la belleza para los turcos del gusto antiguo; diminutas desposadas, delicadísimas y harto jóvenes, de cabello corto y rizado, que parecen mancebos; circasianas de largas y doradas trenzas que caen hasta la orla de sus vestidos; turcas peinadas con múltiples trencitas que llegan hasta sus rodillas y

que cubren sus espaldas con tan caprichoso tocado negro cual azabache; otras, con la cabellera dividida en infinidad de pequeñas guedejas desordenadas, que producen el efecto de enormes pelucas, y ejemplares varios de Medusas y greñas de todas especies, cualidades y colores. Una exhibe rico amuleto al cuello; otra, una cabeza de ajo en su cabeza, para evitar *el mal de ojo*; varias medio salvajes con arabescos en los brazos; mujercillas á la moda que muestran alrededor de la cintura las huellas del corsé, y en la garganta de los piés las señales de la caña del borceguí; sin que falten pobres esclavas que manifiestan en sus espaldas el rastro del látigo de los eunucos.

Divídense en variados grupos, adoptando cada una actitudes graciosas á veces, y á veces raras.

Éstas fuman reclinadas en los almohadones, mientras que aquellas presentan todas las ondulaciones de la línea anterior de su cuerpo, estiradas cuan largas son sobre los tapices. Aquí peina una esclava á su señora; allá bordan en un círculo varias amigas hacendosas; acullá cantan, y á esotro lado rien, y corren, se persiguen, gritan, juegan en corro, ó en rancho aparte murmuran del prójimo las maldicientes de lengua viperina, que tambien las hay, dado el sexo á que pertenecen. Y al descubrir sus cuerpos, descubren en aquel lugar mejor que en ningun otro lado, su índole infantil.

CAPILLA ALEJANDRINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

®

Mídense los piés, se juzgan, se comparan, y pronuncian sus fallos con franqueza ruda ó con mordaz ironía. Y las exclamaciones son del tenor siguiente:

—Soy bella.

—Me juzgo pasadera.

—¡Cuánto me duele tener este defectillo!

—¡Sabes que eres más linda que yo?

—Mira, mira á la señora Feridéh qué gruesa se ha puesto de comer cangrejos machacados; ¡y tú decías que era mejor albóndigas de arroz!

Y cuando entra alguna *cocona* simpática, la abruman á preguntas de esta índole:

—¿Pero es verdad que vais á los bailes desnudas hasta aquí? (Ya comprenderán mis lectoras hasta dónde se señalan.)

—¿Y cómo lo consienten vuestros Effendi?

—¿Y los otros hombres, qué dicen?

—¿Y de qué manera os cojeis para bailar?

—¿Es de este modo?

—Así, ¿de verdad?

—Mas qué atrocidad, sería cosa de verlo para creerlo y sobre todo para comprenderlo bien.

DIRECCIÓN GENERAL

Y no solo en los baños buscan medio de conversar con las europeas, sino que en cualquier parte espían la ocasión propicia para comunicarse con ellas, y son felices si consiguen recibir las en sus propias casas.

Entonces se juntan las amigas, presentan la servidumbre entera, se improvisa una fiesta, obsequian á la visita con dulces y frutas, y á veces tambien se la despide sin haberle hecho el más insignificante regalo.

El sentimiento que las mueve á tales demostraciones es, por lo general, la curiosidad y no la benevolencia.

Y tan pronto como adquieren alguna familiaridad con las europeas, las asaetean á preguntas más ó menos discretas, y no siempre posibles de ser contestadas por una señora de las nuestras. Piden explicaciones minuciosas de las particularidades de la vida, examinan detalladamente el equipo, parte por parte, desde la cabeza á los piés, y no quedan completamente satisfechas sino en el baño, donde pueden ver con todos los pormenores como si se tratase de un juguete, la manera de ser y de estar formadas estas nazarenas que montan á caballo, que suben á la cúspide de las montañas, que trabajan en las oficinas y establecimientos mercantiles, que pintan, que estudian, que saben tantas cosas extraordinarias, que escriben en los periódicos...

Ya, sin embargo, no subsisten las antiguas supersticiones y el concepto extravagante que tenían de las señoras cristianas europeas, antes de la reforma del Imperio otomano. No creen ya, por ejemplo, que el corsé sea una especie de coraza que ceñan los maridos á sus mujeres para asegurarse de la fidelidad, y de cuya máquina ellos solos poseían la llave; ni que las mujeres europeas pertenezcan á todos aquellos á quienes dan una vez sola el brazo; preocupación por la cual las miraban con desprecio y ni aun envidiaban la educación y la cultura, desconfiando de ellas y no sabiéndolas apreciar en nada.

Ahora, en cambio, sienten por las señoras cristianas otro sentimiento enteramente distinto, y sus desconfianzas se fundan también en diferentes razones.

Se avergüenzan de ellas mismas y de su ignorancia, y no se atreven á abandonarse ya con la confidente ingenuidad de antes.

Pero cada día se nota más, que las imitan en el vestir y en los modales especialmente.

La que estudia una lengua europea, la estudia más por imitación que por deseo de saber, ó con el fin de hablar con las cristianas. Al hablar, se ingenian de manera, que mezclan palabras francesas dentro del discurso turco; las que ignoran el francés, se dan aires de conocerlo, ó de comprenderlo cuando ménos; son felices si por ventura se oyen llamar *madame*; y van en busca de este título á las tiendas de los francos, donde se las saluda así; y Pera, la gran ciudad de Pera, las atrae invenciblemente como la luz á las mariposas, guía sus pasos de una manera instintiva, sin que se den cuenta de ello, llama con irresistible fuerza su atención, su fantasía y sus cuartos, y acaso, acaso hasta sus pecados.

Por este motivo, las posee el vértigo de la comezon por conocer señoras europeas que representaran con ellas el papel de reveladoras de un nuevo mundo.

De nuestras mujeres se hacen describir los espectáculos de los teatros occidentales, de los bailes espléndidos, de las bellas reuniones, de los opíparos banquetes, las suntuosísimas recepciones de las grandes damas, las aventuras de carnaval, los grandes viajes, y el torbellino de todas estas nociones se agita en rápido giro por sus cabezas, iluminando su mente con visiones fantásticas, y descende á su sentimiento para emocionar sus corazonas, cuando solas, encerradas entre las cuatro

paredes del haren, ó á la sombra de los jardines renuevan aquellas sensaciones melancólicamente en romántico vuelo, despiertan el confuso tropel de aquellas imágenes.

Y de igual modo que las mujeres del Occidente sueñan con los serenos horizontes orientales, ellas suspiran en tales momentos de romanticismo por la vida variada y febril de nuestros países, y darían todas las maravillas del Bósforo, á cambio de un barrio oscuro y sombrío de París.

Pero no es por la vida febril y variada por lo que suspiran, si que tambien por la vida tan deseada de la intimidad del hogar doméstico, por el mundo abreviado de la familia en la casa europea: el pequeño círculo de amigos de confianza que frecuentan nuestro trato, la corona de los hijos, la belleza de la venerable ancianidad; aquel santuario reducido, lleno de memorias, de recuerdos y de tradiciones, de confidencias y ternura, que embellece y sublima la union de dos almas aun sin amor, al cual se torna despues de larga vida de aberraciones y de culpas; en el cual, aun entre los dolores del presente y las tempestades de la juventud, se refugia el pensamiento, se conforta el corazon, como en eterna promesa de paz para los años venideros, de idéntica manera que en el trasponer del sol, contemplado desde la oscuridad del valle.

\*  
\*  
\*

Para satisfaccion de los que sentimentalizan acerca de la suerte de la mujer turca, se les puede ofrecer el consuelo de la noticia relativa al descenso rápido hasta cierto punto de la poligamia.

Realmente, en todo tiempo ha sido considerada mejor en calidad de abuso tolerable que en la de derecho natural del hombre. Mahoma, v. gr., dice:—«Siempre es digno de alabanza quien se casa con una sola mujer»—aunque él desposara varias; y observan aquella recomendacion, mereciendo aplauso los que tomando una única esposa, quieren dar ejemplo de austeridad de costumbres y hábitos honestos. El que carga con más de una, no incurre en las censuras, empero tampoco recibe por ello elogio ni alabanza.

Hay contado número de turcos que abiertamente y á la luz del sol profesan la poligamia galardoneándose de su conducta, y menor aún el de los que en el fondo de su conciencia admitan y aprueben semejante union de un hombre con varias mujeres. Casi todos comprenden la injusticia

que encierra y que supone, y hasta se dá el ejemplo de que algunos osen combatir la poligamia franca y explícitamente.

Cuantos se encuentran en determinada posición social, que reclama respetabilidad en el mundo, por carácter ó profesion, por dignidad del cargo ú otra razon análoga, no comparten la vida sino con una mujer. Una solo poseen los altos funcionarios de los Ministerios, los oficiales del ejército, los magistrados, los hombres dedicados al fin religioso en cualquiera de sus esferas ú órdenes. Una sola, por necesidad, todos los pobres y la mayoría de las gentes de clase media. Las cuatro quintas partes de los turcos de Constantinopla, no son polígamos.

Cierto que muchos no adoptan más que una mujer por la manía de imitar á los europeos, y no pocos de éstos se desquitan con odaliscas. Pero aquella manía de imitar radica, en primer término, en el sentimiento confuso de la necesidad de operar un cambio fundamental y completo en la sociedad musulmana. La posesion de odaliscas censúrase como vicio, y no puede ménos de amenjarse con las restricciones del comercio de esclavas, todavía tolerado, pero que camina á confundirse, acabará por ser equivalente á la corrupcion ordinaria de todos los países europeos.

¿Nacerá de aquí una corrupcion mayor?  
Contesten otros.

\*  
\*  
\*

El hecho se presenta palmario. La trasformacion europea de la sociedad turca no ha de verificarse sin la redencion de la mujer, y la redencion de la mujer no ha de llevarse á cabo sin la absoluta desaparicion de la poligamia, y la poligamia decae notoriamente.

Nadie, de fijo, se atrevería á alzar la voz si mañana de improviso la suprimiese por medio de un decreto el Gran Señor.

El edificio amenaza ruina; no hay necesidad, pues, sino de quitar los escombros.

La nueva aurora tiñe ya de rosa las azoteas de los harenes.

¡Esperad, bellas *hanum!* Las puertas del *selamlík* serán destrozadas, caerán las rejas; el *feréché* irá á decorar los museos del Gran Bazar, el enuoco no será ya sino reminiscencia de negra infancia, y vosotras mostrareis libremente al mundo las gracias de vuestros semblantes y los tesoros de vuestra alma; y entonces, cada vez que se nombren en Europa las perlas del Oriente, se comprenderá que se os nombra á vosotras, ¡oh, blan-

cas *hanum!* ¡vosotras, bellas musulmanas, cultas, ingeniosas y gentiles, y no las inútiles perlas que brillan en torno de vuestras frentes, en medio de las frias pompas de los harenes!

¡Animo, pues! ¡El sol se levanta!

Para mí—y esto lo digo á mis amigos incrédulos—á pesar de ser viejo, no he renunciado todavía á la esperanza de dar el brazo á la mujer de un Bajá de paso por Turin, llevándola á pasear á las orillas del Pó, recitándole un capítulo de *I Promessi Sposi*.

## LANGUEN VAR.

Hallábame precisamente fantaseando hácia las cinco de la mañana en mi cuarto del hotel de Bizancio, y así entre dormido y despierto, viendo á lo lejos la colina de Superga, cuando empezaba á recitar á mi *hanum* viajera:—“Aquel brazo del lago de Como, que vuelve hácia Mediodía entre dos no interrumpidas cadenas...”—(1) cuando se me apareció con una luz en la mano mi amigo Yunk, vestido... de blanco, y me preguntó:

—¿Pero qué ocurre esta noche en Constantinopla?

Presté oídos, y escuché sordo y confuso rumor proveniente de la calle, ruido de precipitados pasos en las escaleras, y un cierto murmullo que parecía ya de día. Me asomé á la ventana y distin-

(1) Son las palabras con que empieza la celebrada novela de Manzoni, *I Promessi Sposi*, que cita el autor al final del capítulo anterior.

cas *hanum!* ¡vosotras, bellas musulmanas, cultas, ingeniosas y gentiles, y no las inútiles perlas que brillan en torno de vuestras frentes, en medio de las frias pompas de los harenes!

¡Animo, pues! ¡El sol se levanta!

Para mí—y esto lo digo á mis amigos incrédulos—á pesar de ser viejo, no he renunciado todavía á la esperanza de dar el brazo á la mujer de un Bajá de paso por Turin, llevándola á pasear á las orillas del Pó, recitándole un capítulo de *I Promessi Sposi*.

## LANGUEN VAR.

Hallábame precisamente fantaseando hácia las cinco de la mañana en mi cuarto del hotel de Bizancio, y así entre dormido y despierto, viendo á lo lejos la colina de Superga, cuando empezaba á recitar á mi *hanum* viajera:—“Aquel brazo del lago de Como, que vuelve hácia Mediodía entre dos no interrumpidas cadenas...”—(1) cuando se me apareció con una luz en la mano mi amigo Yunk, vestido... de blanco, y me preguntó:

—¿Pero qué ocurre esta noche en Constantinopla?

Presté oídos, y escuché sordo y confuso rumor proveniente de la calle, ruido de precipitados pasos en las escaleras, y un cierto murmullo que parecía ya de día. Me asomé á la ventana y distin-

(1) Son las palabras con que empieza la celebrada novela de Manzoni, *I Promessi Sposi*, que cita el autor al final del capítulo anterior.

guí gran gentío que se dirigía cuasi corriendo en direccion al Cuerno de Oro.

Sali á la meseta de la escalera y divisé en medio de la oscuridad á un camarero griego que bajaba los escalones de cuatro en cuatro, y preparándome para contenerle, lo sujeté por un brazo preguntándole:

—Dí, ¿qué diantre sucede? Y él, desasiéndose de mí bruscamente, respondióme:

—¡Pues vaya! *Languen Var*, ¿no habeis escuchado el grito? y añadió al desaparecer:—Mirad, mirad la cúspide de la Torre de Galata.

Volvimos á la ventana, y mirando hácia Galata, vimos toda la parte superior de la gran torre iluminada por purpúrea vivísima luz y una gran nube negra que se alzaba de las casas vecinas en medio de vertiginoso remolino de chispas, prolongándose rápidamente defumado hasta perderse en el cielo tachonado de estrellas.

De repente acudió la memoria á los formidables incendios de Constantinopla, especialmente al espantoso de hace pocos años... y nuestro sentimiento instantáneo fué de terror y de compasion.

Pero á seguida nos repusimos—y lo confieso y me avergüenzo—experimentando otro sentimiento egoísta y cruel:—la curiosidad del pintor y del *descriptor!*—Este ocupó el sitio de aquel... y... también lo declaro—Yunk y yo cambiamos una

sonrisa que á haberla sorprendido Gustavo Doré, la habría aprovechado al vuelo para las caras de dos de sus demonios dantescos.

Y ¡ay! el que nos hubiese abierto el pecho en aquel instante: tropezara solo con una tabla y un lápiz en la región torácica de mi amigo, y en la mia con un tintero y una pluma.

Nos vestimos con la prontitud del rayo, y con su velocidad tambien bajamos á la ancha calle de Pera.

Mas... nuestra curiosidad se desvaneció: no habíamos aún llegado al pié de la torre de Galata, cuando el fuego ya estaba sofocado. Estaban acabando de quemarse y reducirse á cenizas dos casuchas, ¡esto era todo! y la gente principiaba á retirarse. Por todas partes se veían colchones y muebles, y un lago del agua de las bombas anegaba las calles de acera á acera, ó de pared á pared, mejor dicho. Y el espectáculo casi se redujo á contemplar algunos séres de uno y de otro sexo y condicion, que iban de acá para allá en traje... más ó menos primitivo. Y ni aun de esto gozamos lo suficiente, porque la luz era opaca y ténue que precede al alba, y solo de los estremecimientos del frio se podía uno hacer cargo... y de infinidad de gritos inconexos en diversidad de lenguas pronunciados, y de ese rumor indefinible que subsigue al miedo cuando el peligro se desvaneció por completo, pero que convier-

te en roncadas todas las voces, como si antes se hubiesen helado las palabras en la garganta y con dificultad se articularan al desentumecerse.

Persuadidos de que «nuestro gozo cayó en un pozo», nos dirigimos al puente, para restaurarnos y consolarnos con la salida del sol desde aquel prodigioso sitio, ya que el hado adverso nos arrancara tan gratas ilusiones y tan (para nosotros, se entiende) risueñas esperanzas.

Aquí, asistimos á un espectáculo que bien valía el de un soberbio incendio.

El cielo comenzaba apenas á aclararse tras las montañas del Asia. Stambul, sacudida hacía poco por el anuncio de un fuego, había vuelto á entrar en la quietud solemne de la noche. Las riberas y el puente se hallaban desiertos. El Cuerno de Oro dormía. No se movía una barca, no volaba un pájaro, no se estremecía una hoja en los árboles, no se percibía ni el aliento de la respiración de alma viviente.

Aquella ciudad azul, muda y velada, parecía pintada en el aire trasparente y lúcido, y la ilusión decía al pensamiento que lanzando agorero grito de hechicero mago, se desvanecería en el ambiente para perderse en el espacio infinito.

Constantinopla no se nos había presentado jamás en un aspecto tan aéreo y misterioso; nunca se nos ofreciera tan vivamente en la magnificencia de aquella imagen fabulosa, soñada entre la

poesía del arcano oriental, relatada en sus historias, en sus leyendas, en sus tradiciones, tal como el peregrino la ve surgiendo de improviso ante su mente, para que despues se borre la portentosa idea al contacto de la realidad que únicamente la presenta en lo que á su población se refiere, como petrificada, inmóvil, y en las actitudes varias de una vida alegre y laboriosa, impresa en parte por los extranjeros; vision poética aquella que se desvanece como al golpe de vara mágica de un Rey de los génius y los espíritus, que quiere vengarse del viajero que soñara en eterno manantial de poesía eterna.

Estábamos allá echados de bruces en un saliente de la balastrada, dejando correr la fantasía y admirando la realidad, cuando sentimos lejanos gritos hácia el Cuerno de Oro, como de gente que pidiese socorro, y despues sucesivos y ya distintos alaridos de ¡Alá, Alá, Alá! que resonaron en el vano enorme de la rada silenciosa; minutos antes y al mismo tiempo percibimos de la opuesta orilla rumor siniestro que avanzaba á nuestro encuentro, producido por gran tropel de gentes que corrían presurosas aullando.

—¡Tulumbachí!—gritó uno de los guardianes del puente—(¡los bomberos!)

Nos echamos á un lado, guareciéndonos lo mejor que pudimos para no ser atropellados por aquella horda salvaje.

Pocos segundos despues, atravesaba el puente una legion diabólica de hombres semi-desnudos, con la cabeza descubierta, con el velludo pecho al aire, nadando en sudor, viejos, jóvenes, negros, blancos, gigantes, enanos, greñudos y rapados, todos con caras de asesinos y ladrones... y cuatro de ellos que precedían la hueste, cargados con unos aparatos de bomba, semejantes á ataúdes de niño, á la espalda. Iban armados de sendos hachones embreados, y unos llevaban cuerdas, otros picos, otros, herramientas varias, y gritaban desaforadamente, anhelantes, con los ojos dilatados, los cabellos al viento (aquellos que adornaban con tufos y guedejas sus cabezas), los harapos al aire tambien, impetuosos y empujándose recíprocamente al pasar el puente, y dejando tras sí el hedor de fieras que despedían sus cuerpos sudorosos, harto pronunciado á pesar de los baños y las abluciones.

Al desaparecer allá al fondo de la calle de Galata, desapareció con ellos los últimos ecos de ¡*Alá!* y nuevamente quedó sumida Constantinopla en el silencio.

La impresion que me produjo aquella improvisa aparicion tumultuosa y fulmínea en medio de la tranquilidad y del arcano tenebroso de la gran ciudad durmiente, no sé describirla. Solo sé que concebí, comprendí y ví en un momento mil escenas de bárbaras invasiones, de saqueos y de

horrores de países y tiempos lejanos, que hasta entonces mi imaginacion se había esforzado por representárselas al vivo, y que me pregunté si aquella era la ciudad, si aquello era precisamente el puente, sobre el cual de dia pasaban embajadores europeos, señoras á la moda de París y vendedores de periódicos franceses.

Trascurrido un minuto de profundo silencio, volvió á romper la calma del espacio un resonar clamoroso que venía de la parte del Cuerno de Oro, y otra turba descamisada y salvaje cruzó por delante de nosotros.

¡Idéntico espectáculo con todos los pormenores relatados!

Más tarde, se repitió la escena en todos sus detalles, y despues una tercera turba, y luego una cuarta, y una quinta, de minuto en minuto; y por último, el loco de Pera, desnudo de piés á cabeza, tiritando de frio, seguido de cien pilluelos y aullando todos, siguiendo las huellas de los bomberos y yendo á perderse con sus ininteligibles interjecciones en la orilla franca...; y la gran ciudad empezada á iluminarse en su corona por los primeros dorados rayos de la aurora, tornó á sepultarse en el silencio y la quietud.

A poco salió el sol y aparecieron en los alminares los muezzin, principiaron á removerse los esquifes, se despertó el puerto, comenzaron las oleadas de gente á invadir el puente, primero

como pequeñas ondas, que apenas se nota su movimiento; luego como grandes montañas encrespadas y rápidas en sucesion creciente, y nos volvimos al hotel de Pera.

Mas la imágen de aquella gran ciudad sumida en el sueño; de aquel cielo trasparente; de aquella paz solemne; de aquellas hordas silvestres, quedó en el ánimo tan arraigado todo, que á cada momento se levanta la estampacion guardada en los almacenes de la memoria y arraigada en el fondo del corazon con caracteres indelebles y con fuerza que no se debilita. Y cada vez que resucita en el pensamiento la imágen, experimento una sensacion extraña, entre alegre y medrosa, cual si se tratara de una escena vista en la Stambul de otros siglos, ó soñada en la embriaguez del *hachích* (1).

Así es, que si bien no ví un incendio en Constantinopla con mis propios ojos, conocí en cambio á tantos testigos presenciales del famoso que destruyó á Pera en 1870, y recogí tan minuciosos antecedentes, que puedo asegurar que lo ví con el entendimiento, y me atrevo á describirlo

(1) Preparacion usada en Oriente para embriagarse, compuesta de cáñamo, manteca y azúcar.

quizá con no menor exactitud que si hubiese sido uno de tantos espectadores.

\*  
\*  
\*

La primera llama prendió en una casilla de la calle Feridié, en Pera, el dia 5 de Junio de 1870; estacion en la que gran parte de la poblacion acomodada de Constantinopla se traslada al Bósforo, donde mora en casitas de campo y caprichosas alquerías, y á la hora de la siesta, momentos en los cuales descansa todo el mundo, incluso los europeos.

En la casa susodicha habitaba únicamente una antigua criada, ya vieja, puesto que la familia marchara al campo aquella misma mañana. Tan pronto como se dió cuenta del incendio, la pobre mujer salió á la calle gritando ¡fuego! y al punto acudió gente de la vecindad con bombas é instrumentos y cuanto hallaron á mano, porque afortunadamente, ya se había suprimido la insensata disposicion que prohibía acudir á los incendios antes de la llegada de los empleados del Serasquier y oficiales del gobierno de provincia. Como es natural, todo el mundo se precipitó á la

fuente próxima para proveerse de agua con cubas y barriles.

Mas las fuentes públicas de Constantinopla, á las cuales concurren los aguadores para distribuirla en el barrio, se cierran pasada cierta hora con llave, no pudiendo abrirlas el empleado que las custodia sin permiso expreso de la autoridad competente. En aquel instante hallábase por acaso un guardia turco del municipio de Pera, que tenia la llave en el bolsillo, permaneciendo impassible espectador del fuego.

La multitud lo acosa, le pide que abra la fuente, y el imperturbable funcionario rehusa la petición mientras no reciba la orden.

En vano á las súplicas suceden las amenazas. Se encastilla en el cumplimiento de su deber, y afirma que solo le arrancarán la llave despues de arrancarle la vida.

Entretanto, el fuego se comunica á las casas de la manzana; se propaga rápidamente de casa en casa, así como la noticia del incendio cunde por los ámbitos de la ciudad á medida que invade el feroz elemento otras construcciones próximas, salvando las llamas los vanos de las calles, cual sino hubiera, entre casa y casa, solucion de continuidad, y fuesen todos los edificios una sola y única apiñada manzana.

Desde lo alto de los alminares, desde las torres del Serasquier y de Galata, desde las cumbres

de las colinas, ya divisa la poblacion entera los progresos del voraz incendio, y en las azoteas de los alminares y en las puntas de los minarettes, aparecen ya los toldos purpúreos y las banderas rojas, señales distintivas del fuego, y divisa para que acudan los bomberos durante el dia. Los guardias corren por las calles desempedrándolas con las conteras de sus largos bastones, que sacuden fuertemente contra las piedras para avisar al paso al vecindario, y gritan el siniestro aullido de—*Ianguen var!*—¡hay fuego!—al cual responden los tambores de los cuarteles con continuados redobles.

El cañon de Top-hané anuncia el peligro con tres disparos que resonaron del Mármara al Negro, y el Serasquierato, las Embajadas, el Serrallo, Pera y Galata en masa, se preparan á la defensa con general desconcierto.

Minutos despues llegan á galope el Ministro de la Guerra, largo séquito de oficiales, ejércitos de bomberos, y principia el trabajo con la fiebre del frenesí.

La primera tentativa resultó inútil.

Las estrechísimas calles no consienten manio-  
brar con ligereza; las bombas no sirven; el agua es escasa; las fuentes se hallan relativamente lejos; los bomberos, mal disciplinados; y como casi siempre acontece, más dispuestos á su comodidad y á su interés, que al heroismo del sacrificio y al

olvido de la ganancia; la confusión crece y con la confusión los desórdenes, los robos y el saqueo de los mozos obligados al trabajo sin pertenecer al cuerpo de bomberos; faltan brazos, porque gran número de obreros y jornaleros se hallan de fiesta, en la que se celebraba en Beicos...

Y debe notarse que gran parte de las casas, á la sazón eran de madera, y que hasta las de piedra y fábrica—como son ahora la mayoría—tienen los techos ligeros, defendidos por pocas y malas tejas, y por ende fáciles de prender.

Ni aun la ventaja que ofrece el carácter flemático y de gran apatía—dado su fatalismo—de las razas orientales, se presentaba en aquel caso para favorecer que se cortase y aislase el fuego; se trataba de una población europea, y por tanto, si más activa para acudir al peligro, menos adecuada para extinguir el incendio por su temperamento impresionable, unido al miedo de la muerte. Los turcos no harán mucho; empero, no estorbarán tampoco en casos análogos, supuesto que estiman en poco la vida y no se afanan gran cosa en conservarla.

La población cristiana era, pues, un inconveniente.

El fuego no abrasaba sino pocas casas que abrazaba con su lengua en lúbrico torbellino; pero en las calles inmediatas, el temor á la propagación llenó el suelo de muebles que impedían el

paso de las escuadras de trabajadores; y ni amenazas, ni gritos, ni órdenes, ni castigos, contenían el contagioso delirio del pavor.

A la hora de haberse iniciado el desastre, toda la calle Feridié estaba ardiendo por entrambos lados y los oficiales y bomberos retrocedían vencidos por las llamas, sin la esperanza de aplacarla siquiera y dejando á su retirada siniestra, muertos, heridos y contusos.

Para mayor desgracia, corría un viento fortísimo que abatía las llamas de la hoguera sobre los techos de las casas, serpeando á rastras sobre las techumbres, en vez de elevar su roja lengua el incendio hacía las nubes; flamíferas superficies horizontales lamían la corona y cerramientos de los edificios á manera de diabólicas telas ondeantes que cubrían las cabezas de las casas de fuego y los cimientos en las calles de asfixiante humo. De este modo, el fuego cundía como inundación de lava volcánica ahogando de arriba abajo cuanto á su marcha se presentaba.

Así, el encenderse de las construcciones era tan instantáneo, que las familias que creían contar con suficiente espacio para recojer sus joyas, dinero ú objetos queridos, les sorprendía en la faena presurosa el fuego, cayendo sobre las personas los techos cuando ménos lo esperaban, y no sin esfuerzo salvaban la vida abandonando lo que no quisieron perder.

Tan momentánea acción del elemento devastador, conducía el pensamiento á la idea de si las casas estarían untadas de materias resinosas y las llamas dirigidas por manos invisibles, llegando hasta el suelo las oleadas terribles, como si no satisfechas con quemar las casas, buscasen en las calles estrechas, víctimas humanas, al surgir repentinamente por ventanas y puertas, por todos cuantos vanos hallaban en su insaciable curso.

El mar de fuego verifica ya la irrupcion de sus ondas desde la calle Feridié á la de Tarla-Basci, vuelve atrás luego y como torrente penetra en la de Misc, inflama en un abrir y cerrar de ojos el barrio de Agá-Jiami, ni más ni menos que si se tratara de un bosque seco, y sigue su veloz carrera por la calle de Sakes-Agatsee, la de Kalinchi-Kuluk, y de vía en vía cubre de fuego la cumbre entera de Yeni-Sceir, mugiendo con tremebundo estrépito por la calle mayor de Pera.

No había únicamente mil incendios que apagar ó sofocar, mil enemigos esparcidos á quienes combatir y contrarestar.

No, nada de eso. La forma en la cual crecía y se desarrollaba, le hacía doblemente terrible. Surgía de aquí y de allá y no había medio de aislarlo. Prendía de punto en punto donde el viento lo

llevaba, y por el resultado, creerfíase que eran golpes insidiosos de mano de enemigo oculto borrando la huella de sus pasos para evitar que se le siga la pista, y con la impunidad conseguir sus horrosos planes.

No existía ya núcleo: convirtiósese la chispa inicial en centenares de cráteres que arrojaban lava incesantemente, cruzándose, reuniéndose, retirándose, precipitándose, esparciéndose en lagos de fuego con la velocidad del rayo, que no permitía ni prevision antes ni auxilio luego.

Al cabo de tres horas, ardía la mitad de Pera.

Miles columnas de humo rojizo, sulfúreo, blanco, ceniciento, negro; huían, avanzaban, retrocedían, yendo á perderse en las lejanas colinas entenebreciendo y tiñendo de siniestros colores los vastos barrios del Cuerno de Oro. Por todos lados un trastorno horrendo se esparcía al propio tiempo que un torbellino furioso de chispas y cenizas; el viento llevaba á las casas todavía intactas, montones de brasas, de áscuas y de cenizas, que prendían fuego por doquier y las calles ya se encontraban cubiertas de tizos y residuos de la catástrofe, semejantes á restos de metralla.

Las vías todas de comunicacion entre los cuarteles encendidos, se reducían á grandes hornos de combustion, donde las llamas constituían cerrados pabellones que despues se precipitaban con horrísono ruido por el primer sendero que el aqui-

lon les señalaba, arrastrando en espesa nube vigas ardiendo, armazones de techos convertidos en tizones, que iban á caer acá y allá hasta el mar á veces, cuando la fortuna impulsaba la temible carga; y vidrieras, cierros enteros de cristales arrancados de cuajo, balcones, techumbres, minaretos, kioscos de madera iban donde Eolo los condujera, cayendo y derrumbándose con espantoso estruendo, como lluvia infernal producida por un volcan y contestada por un terremoto.

Veíanse cruzar volando por los caminos todavía accesibles, á manera de espectros, iluminados por fatídicos resplandores, lanceros á caballo tendidos sobre el cuello de sus corceles, y éstos arrasando casi el vientre por el suelo ¡tal era la ligereza de la carrera! llevando y trayendo órdenes del Serasquierato; oficiales del Serrallo, con la cabeza descubierta por haber arrojado el fez achicharrado; caballos cuyos ginetes murieron, atravesaban con la velocidad de una pluma en el huracan; pelotones de mozos cargados de despojos; manadas de perros aullando con ecos lastimeros; turbas anhelantes y sudorosas que escapaban del peligro conduciendo heridos, ó restos del botín, ó cadáveres calcinados, y todo cruzaba y desaparecía como procesion de condenados.

Hubo un momento en el cual se vió al Sultan Abdul-Azís, inmóvil á caballo, acompañado de su séquito en la embocadura de una calle ardiendo en el cuartel de Agá-Jiami, pálido como la muerte, con los ojos asombrados y fijos en las llamas: cualquiera creería al mirarlo que repetía para sí las memorables palabras de Selim I:

—¡Hé aquí el soplo ardiente de mis víctimas! ¡Lo veo, ya lo veo claro, destruirá la ciudad, mi Serrallo, y hasta me destruirá á mí mismo!»

Y á poco desapareció envuelto en una nube de cenizas y humo, puesto á salvo por sus cortesanos, á todo correr.

Todo el ejército de Constantinopla y la innumerable turba de bomberos, se hallaba en movimiento continuo, cerrando el paso á unos, procurando el acceso á otros, vigilando y trabajando en incansable fatiga, bajo la direccion de los Visires, de los empleados de la córte, por los Bajás y los ulemas.

En algunos sitios, para cortar los progresos del fuego, libraban formidables batallas con las llamas; y ganando casa tras casa, llegaban á lugares de donde no podían retroceder, y vencidos y derrotados por el enemigo, caían quemados ó emprendían la retirada en desórden, dejando paso

á la retaguardia, que avanzaba en orden luego y á poco salía á la desbandada como los primeros, dejando siempre víctimas en la lucha empeñada, inútil por lo general. El desaliento se apoderaba de los ánimos y se buscaban entonces nuevos parajes de ataque. Y lo emprendían con nuevo ardor, convirtiendo manzanas enteras en hormigueros de gente que se batía cuerpo á cuerpo con el fuego, logrando apenas nada de la pelea...

El incendio avanzaba victorioso casi en toda la línea. Los esfuerzos eran vanos y el trabajo estéril. Las llamas adelantaban rápidas entre la infinidad de chorros de agua, como si se vigorizasen más y más con el líquido elemento, para escarnio del agua y los bomberos. Las llamas salvaban plazas, jardines, edificios, cementerios, obligando á retroceder á bomberos, soldados y ciudadanos, como ejército destruido, y castigando su retirada con una lluvia de carbones encendidos que les arrojaba por la espalda.

Aun dada aquella confusión espantosa, verificábanse actos de verdadero valor y de heroísmo cristiano.

En muchos puntos, entre las ruinas ardientes se veían las blancas papalinas de las hermanas de la Caridad inclinadas sobre los moribundos; turcos que se lanzaban á las llamas, reapareciendo con niños cristianos en los brazos; otros musulmanes, que ante una casa incendiada permanecían

inmóviles en medio de una familia cristiana presa de la desesperación, ofrecían friamente cien pesetas turcas á quien salvase un muchacho europeo que se había quedado entre los escombros; algunos recogían por grupos los chicos extraviados en las calles, atándolos con las bandas de los turbantes para que ninguno se perdiese, y restituirlos después á sus padres; otros ofrecían sus casas á los fugitivos semi-desnudos; y para dar, en fin, ejemplo de tranquilidad verdaderamente épica y de desprecio de los bienes terrenales, mientras la casa propia se quemaba, se dieron casos de turcos sentados en medio de las calles sobre tapices, fumando tranquilamente, y retirándose más allá á medida que el fuego se aproximaba, con suprema indiferencia.

Pero ni el heroísmo ni la sangre fría servían para nada contra aquella tempestad de fuego.

De cuando en cuando parecía que el incendio aplacaba sus vientos y calmaba su furia, mas pronto volvía el viento á soplar con mayor fuerza, y aquellas mil lenguas sangrientas agitábanse en vertiginoso culebrear otra vez, inclinándose con nuevo ímpetu, irguiendo sus puntas terribles é implacables como áspides venenosos que contaminaban cuanto á su marcha se oponía, con sordo estrépito y alargándose aquel continuo vomitar de flamígeras espadas, para herir nuevas víctimas en cada obstáculo que tropezaban en su carrera.

Las tiendas de petróleo se inflamaban en un segundo, abriendo los muros de las casas como granadas encendidas por chispa eléctrica; las detonaciones del gas eran seguidas de culebrinas aéreas cual centellas y exhalaciones en noche tormentosa, haciendo saltar fundidos en pedazos los deshechos tubos de plomo de las cañerías, regando el espacio con lluvia metálica, para evaporarse ó solidificarse sobre casas, y lo que es peor, sobre personas que sucumbían en el acto. La avalancha aumentaba por segundos, y á la lluvia de plomo sucedía lluvia de resinas de las maderas de las construcciones, y saltaban en mil astillas como fuegos artificiales, los altos minaretes y los pórticos de las galerías. Era un crujir, un arruinarse, una destrucción rabiosa producida á la par por un incendio, una inundación, un terremoto y un saqueo y una rapiña de un ejército victorioso ébrio del triunfo...

Nadie jamás vió ni soñó semejantes horrores.

La población parecía loca.

Por las calles de Pera en vertiginoso torrente agitábanse los habitantes en contorsiones violentas, parecidas á la demencia que invade los ánimos de los navegantes en el momento del naufragio.

Entre los destrozados muebles, bajo las espaldas de los soldados, en medio de los robos de los ladrones, al lado de los latigazos de los policías,

á los piés de los caballos de los Bajás, oleadas inmensas de bomberos atravesaban corriendo y derribando cuanto encontraban, y familias italianas, francesas, griegas, armenias, pobres y ricos, mujeres y niños, ancianos y jóvenes, perdidos, desmemoriados, frenéticos, se buscaban unos á otros, llamándose á gritos y llorando á mares, sofocados por el humo y cegados por candentes pavesas. Cruzaban embajadores rodeados de su séquito y de criados cargados de papeles y libros; frailes que alzaban crucifijos sobre las cabezas de la multitud murmurando oraciones; tureas que conducían los más preciados objetos del harem; grupos de siervos inclinados bajo la pesadumbre de los despojos de las iglesias, de los teatros, de las escuelas, de las mezquitas; de cuando en cuando densa nube de caliginoso humo lanzada de improviso sobre el viento, sumergía todo en las tinieblas, creciendo el desconcierto y el terror.

Con el desastre, según es costumbre, se multiplicaron las legiones de bandidos de todos los países ocultos en Constantinopla, y que reunidos por compañías, puestos de acuerdo entre sí, haciendo su agosto disfrazados de señores, de soldados ó de mozos; con lo que entraban y salían á mansalva, correteando por todas partes y concurriendo separadamente á depositar el botín en Kassim-Bajá, y en Tataola. Los soldados los cazaban formando cordones y asaltándolos en patrullas, provo-

cándose sangrientas colisiones á cada instante.

Los bomberos, los criados y los aguadores, libertados de sus dueños, formaban bandas de bandoleros, y á la vista misma de las desoladas familias, cuyas casas ardían, interrumpían de pronto el trabajo poniendo á precio de oro su continuacion.

Los muebles amontonados en medio de las calles y custodiados por sus dueños, eran tomados por asalto por grupo de ladrones arma en mano y defendidos más tarde de otros asaltos de nuevos bandidos, trabándose un combate de barricadas. Turbas de fugitivos al encontrarse frente á frente en angostos pasos, se disputaban con feroz encarnizamiento la precedencia, dejando en el terreno muertos y heridos.

A las cuatro horas del incendio, era ya tal, que pocos se preocupaban de su hacienda, pareciéndoles bastante salvar la vida. Dos tercios de Pera ardían, y antes que las gentes desocupasen los lugares peligrosos, los sorprendían las llamas. Centenares de desventurados se arriesgaban á correr por una callejuela tortuosa con objeto de salir á campo raso; pero al revolver de una esquina, el huracan de humo y fuego los volvía atrás, cuando ya no era tiempo de buscar otra salida. Familias enteras, una entre otras de veintidos personas, se encontró en este caso, circundadas de fuego, y sucumbieron en estrecho haz, todos axfisados, quemados y carbonizados en el acto.

Presa de la desesperacion se refugiaban en las bodegas y en los sótanos, se precipitaban en los pozos y en las cisternas, se subían á los árboles, y despues de haber buscado inútilmente asilo en todos los rincones y por todos los sitios, desesperados y con la razon extraviada, salían á las calles é iban corriendo á precipitarse en las llamas.

Desde los parajes más altos de Pera, veíanse familias arrodilladas en las azoteas, con los brazos extendidos y las manos juntas pidiendo al cielo el socorro que ya no esperaban de la tierra. Veíanse correr por las alturas de las colinas, desparramándose por Galata y Top-hané, por Funduelú y los bajos cementerios, bandadas de individuos pálidos y desgñados, descompuestos por el miedo, y que buscaban todavía donde esconderse, como si aún les persiguiese el fuego; niños ensangrentados, mujeres llenas de úlceras producidas por las quemaduras, con el pelo achicharrado, oprimiendo entre sus brazos sus hijos muertos ó cegados; hombres con el rostro ó los miembros mutilados, que se retorcían por tierra con los espasmos de la agonía; viejos sollozando como niños; señores reducidos á la miseria que se golpeaban la cabeza contra las paredes; jovencillas delirantes que iban á caer estenuadas á las orillas del Cuerno de Oro, familias que conducían cadáveres horriblemente ennegrecidos, desventurados seres recientemente enloquecidos por el estupor, prorum-

piendo en lamentables gritos ó en epilépticas risotadas.

Entretanto continuaban saliendo de los barrios bajos, de los arsenales de Ters-hané y de Top-hané, de los cuarteles, de las mezquitas, de los palacios del Sultan, ejércitos y más ejércitos corriendo como si fuesen á un asalto, y gritando: *Languen-var* y *Alá* por las colinas abajo entre las cenizas y las chispas, y bajo una granizada caliginosa de tizonas; en suma, la desventura, la caridad y el delito confundidos por todas partes como mar tempestuoso, coloreado con los rojos reflejos del inmenso horno. . . . .

Y no lejos de aquel infierno, reía espléndida como siempre la majestad serena de Stambul y la belleza primaveral de la orilla asiática, reflejándose en el Mármara y en el Bósforo, cubierto de barcos inmóviles. Inmenso gentío oscureciendo las orillas, asistía mudo é impasible al horrendo espectáculo; los muezzin anunciaban con lentas cantinelas desde las azoteas de los alminares la puesta del sol; los pájaros revoloteaban alegremente alrededor de las mezquitas de las siete colinas y los viejos turcos sentados á la sombra de los plátanos por las verdes prominencias de Scutari murmuraban con voz pacata y temerosa:

—¡Ha sonado la última hora para la ciudad de los Sultanes!

—¡El día prescrito ha llegado!

—¡La sentencia de Alá se cumple!

—¡Así sea, así sea, así sea! ¡Amén, amén, amén!

El incendio por fortuna no continuó durante la noche.

A las siete de la tarde se incendiaba el palacio de la embajada inglesa y era el último fuego. Después, las llamas se iban apagando por sí mismas, careciendo del pábulo del viento que se había echado por completo, y sofocadas á la par por el trabajo de los bomberos.

En seis horas, dos terceras partes de Pera quedaron destruidas desde los cimientos: ¡nueve mil casas quemadas y dos mil personas muertas!

Desde el famoso incendio de 1756 que destruyó ochenta mil casas y echó por tierra dos tercios de Stambul reinando á la sazón Otman III, no se había verificado desastre análogo.

Y ningún incendio desde la toma de Constantinopla por los turcos en 1453 acá, nunca perecieron tantas personas.

Al siguiente día de la catástrofe, que bien pudiera apellidarse hecatombe horrorosa también, Pera presentaba un aspecto ménos espantoso pero no ménos triste que durante la furia del fuego.

Por donde había pasado el voraz elemento, no se distinguía sino un gran desierto cubierto de formas extrañas y calcinadas; nuevas perspectivas, luz nueva, vastísimos espacios esmaltados de cenizas, en medio de los cuales no quedaba en pie sino alguna que otra torrecilla de chimenea humeante como monumento fúnebre; barrios enteros deshechos como campamentos de beduinos arrancados por el huracan; calles y encrucijadas, de las cuales no permanecían sino negras huellas y humeantes residuos, entre los cuales erraban centenares de desventurados harapientos y súcios que pedían limosna en medio de un vaiven de soldados, de médicos, de monjas, de sacerdotes de todas las religiones y de empleados de todos los grados, encargados de distribuir pan y dinero, conduciendo largas filas de carros cargados de col-

chones y cobertores que cedía el Gobierno para la gente que había quedado sin casa ni hogar.

La administracion también dispuso se distribyeran entre los infelices por el pronto las tiendas del ejército, á fin de acomodar gran número de familias.

Las alturas de Tataola y el gran cementerio armenio estaban cubiertos como un campamento de variadas tiendas, por entre cuyas telas circulaba á manera de inmenso hormiguero, vil muchedumbre miserable y desconcertada. Por todas partes se veían escombros, sobre los cuales se asentaban familias estenuadas por el hambre y el dolor. En el vasto cementerio de Galata, esparcidos al acaso, hallábanse como en bazar revuelto, camas y útiles de cocina en medio de los senderos y por entre los sepulcros; aquí un piano, más allá un monton de libros, á esta otra parte carruajes rotos, atados á los árboles caballos heridos, más allá literas de embajadores, y jaulas de pájaros de los harenes, custodiadas por muchedumbre de siervos y esclavos sanos ó heridos y muriéndose de sueño y de cansancio.

Una miseria innumerable, inmunda, nunca vista, circulaba por calles y plazas buscando en los montones de escombros clavos y cerraduras que vender luego por hierro viejo; y en la operacion despertaban acá y allá infinidad de soldados que reposaban de la fatiga por el suelo. Veíase

por todas partes gente afanosa que levantaba barracas sobre las ruinas de las casas propias, y familias arrodilladas en el centro de ahumados muros de iglesias destechadas, orando delante de los calcinados altares. Grupos de hombres y mujeres recorrían la población con la cabeza baja, observando cara por cara todas las de los cadáveres carbonizados y deformes: y cuando se verificaba un reconocimiento, la desesperación movía la voz, el dolor, el llanto, y caían sobre los cadáveres como heridos del rayo. Interminables procesiones de ataúdes circulaban por todas partes, y un polvo denso, un aire caliente, un olor nauseabundo de carne humana tostada, una nube de chispas que de vez en cuando se levantaba sobre las ruinas, era lo que imperaba de parte á parte en la ciudad, llevando al ánimo la más profunda tristeza. Los picos de los escavadores no daban tregua, con objeto de satisfacer cuanto antes á los círculos que alrededor de cada manzana se formaban de gentes interesadas, ora para rescatar bienes perdidos, ora con la esperanza de hallar queridos seres á quienes dar religiosa sepultura.

Los Cónsules y Embajadores de extranjeros países en Constantinopla, vagaban por las calles, ya para acudir al socorro, ya para presenciar las tristes operaciones á que diera lugar el desastre.

Y á pesar de tan inmenso desastre, pronto la memoria lo olvidó, fenómeno harto frecuente en los pueblos orientales.

Cuatro años después no ví ni rastros, si se exceptúa algún que otro montón de escombros en los barrios extremos de Pera, ante la altura de Tataola.

Del incendio se hablaba ya como de un acontecimiento muy lejano.

Por algún tiempo, mientras las cenizas estaban todavía calientes, pidieron los periódicos al Gobierno que proveyese á todas las necesidades presentes, y previera para casos análogos en el porvenir. Se solicitó la reorganización del cuerpo de bomberos, la adquisición de nuevas bombas, el abastecimiento en mayor abundancia de las aguas, y por último, que regulase la construcción de las casas.

Pero el Gobierno hizo oídos de mercader á las instancias y reclamaciones de los europeos, y éstos pronto se aplacaron, continuando su vida á la

turca, es decir, confiando un poco en Dios y otro poco en la buena suerte.

Así, pues, no habiendo cambiado nada ó habiéndose cambiado muy poco, se puede estar seguros que el incendio de 1870 no fué el último de los incendios que segun *está escrito*, han de desolar de tiempo en tiempo á la ciudad de los Sultanes.

Las casas de Pera son ahora casi todas, es cierto, de fábrica, pero construidas la mayor parte de mala manera por arquitectos sin estudios y sin experiencia, no vigilados por el Gobierno, y hasta fabricadas por el primero que llega, de tal modo, que se vienen abajo muchas antes de que se concluyan. Y aun las que permanecen de pié no ofrecen garantía alguna contra las llamas.

El agua, especialmente en Pera, siempre es escasa y sujeta á ún monopolio vergonzoso. Y como procede en gran parte de los depósitos de la aldea denominada Belgrado, construidos por los romanos, falta á cada instante, cuando las lluvias no fueron abundantes en primavera y otoño.

Así, pues, el que tiene dinero debe pagarla á peso de oro en ocasiones, mientras que los pobres beben en vez de agua, fango.

Los bomberos son, por lo general, gran cuadrilla de malhechores y no un cuerpo ordenado de obreros; banda compuesta de gente de todos los países, dependiente mejor en el nombre que de hecho del Serasquierato, del cual no reciben sino racion de pan á diario. Son inexpertos, indisciplinados, ladrones y detestados, y temidos por la poblacion tanto como el mismo fuego que no saben apagar. Recae sobre ellos, y no sin fundamento, la sospecha de que desean los incendios y quizá los promueven para gozar del botin.

Las bombas no escasean ciertamente, y los turcos están orgullosos de ellas, como si fueran máquinas maravillosas; mas en realidad, consisten en unos ridículos aparatos, capaces de contener hasta una docena de litros de agua, y que destilan un chorro sutilísimo, mas adecuado para regar jardines que para extinguir incendios.

Y no obstante, gran fortuna sería que, aun subsistiendo estos inconvenientes, cesaran otros mucho más graves.

No es creible, á la verdad, las sospechas que muchos alimentan en Constantinopla, y es, á saber, que el Gobierno suscita incendios con el fin de ensanchar las calles; porque el daño y el peligro resultarían superiores á las ventajas. Hoy,

felizmente, no ocurre lo que antes sucedía, y era que el *partido de oposicion* prendía fuego á un barrio de Constantinopla para asustar al Sultan, ni que el ejército incendie una barriada con objeto de conseguir un aumento de salario. Pero la sospecha de que los incendios son provocados muchas veces por aquellos que pueden obtener del fuego algunas ganancias, siempre se halla vivo en el pensamiento de muchos; y con efecto, los hechos se encargan de demostrar que no son infundadas las suposiciones.

La cuestion es que la poblacion vive en continua ansiedad. Teme de los agnadores, de los mozos, de los arquitectos, de los comerciantes en maderas ú otros materiales de construccion; y sobre todo, teme y desconfía de los servidores, que son la peor ralea de Constantinopla, ligados, en su generalidad, con los ladrones, y éstos á su vez ordenados en sociedades, y en relaciones con otras asociaciones secretas de comerciantes ó agentes que compran los objetos hurtados facilitando el delito por varios métodos y sistemas.

La policia local muestra con toda esta canalla tal debilidad—por no llamarla indulgencia—que produce casi idénticos efectos que la complicidad misma.

Jamás se condenó á un incendiario.

Rara vez los ladrones son habidos y castigados despues de los incendios.

Y ménos veces aún los objetos secuestrados por la policia son restituidos á sus dueños.

Si á más de esto se tiene en cuenta que en Constantinopla se reúne toda la gentuza de todos los países, bien pronto se puede comprender que la accion de la justicia se halla entorpecida de mil diferentes maneras por los tratados internacionales. Los Cónsules reclaman á los malhechores de la nacion que representan; los procesos duran un siglo; muchos de los delincuentes se escapan; el temor al castigo no sirve de freno á los criminales, y así el saqueo de los incendios lo consideran los bandidos como privilegio reconocido tácitamente por las autoridades, de la misma suerte que era cosa corriente para los ejércitos en otras épocas, entrar á saco en las ciudades conquistadas.

Por esto, la palabra *incendio* significa para la poblacion de Constantinopla, y es equivalente á esta frase: *todas las desventuras del mundo*.

Y así, el grito de *Ianguen var* resuena siempre en los oídos de los habitantes como clamor tremendo, solemne, fatal, á cuyo sonido la ciudad se conmueve hasta lo más profundo de su alma, como anuncio de un castigo de Dios...

¡Y quién sabe cuántas veces la gran metrópoli deberá todavía llenarse de cenizas y volverse á construir sobre ellas, antes que la civilizacion europea haya plantado su bandera sobre el palacio imperial de Dolma-Bagcé!

En tiempos pasados, cuando estallaba un incendio en la ciudad de Constantino, se le llevaba al Sultán el anuncio al momento, donde quiera que estuviese.

La portadora de la noticia era una odalisca vestida de encarnado de pies á cabeza, desde el turbante hasta las babuchas. Esta odalisca se presentaba al Señor en cualquier lugar en que se encontrase, aunque fuera en los brazos de su más querida favorita. La portadora no necesitaba sino presentarse en la puerta sin hablar palabra: el rojo color de su vestido indicaba al Sultán la muda noticia del desgraciado suceso y de los peligros posibles.

Y bien; ¿quién creería que entre las imágenes grandiosas y terribles que se atropellan en mi mente cuando medito sobre los incendios de Constantinopla, es la figura de aquella odalisca la que sacude con mayor fuerza todas mis fibras de artista?

Quisiera ser pintor para hacer aquel cuadro, y hasta que encuentre uno que se enamore del

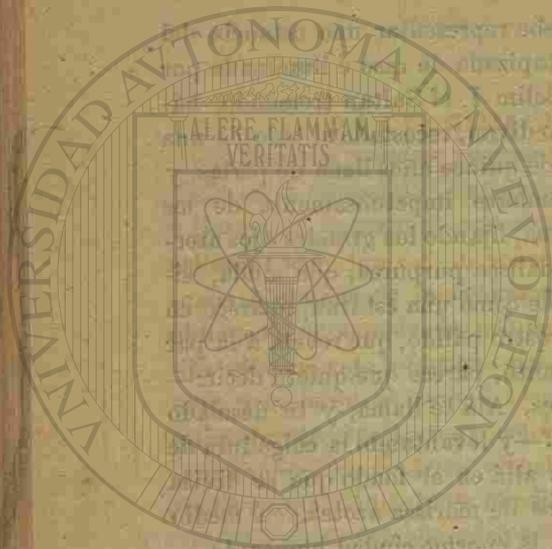
asunto, suplicaré á todos los artistas que lo pinten; y al que lo haga, se lo agradeceré toda mi vida.

El cuadro debe representar una estancia del haren imperial, tapizada de raso é iluminada por suavísima luz. Selim I, el Sultán tremendo, hállase sobre amplio diván, recostado al lado de una rubia circasiana de quince años llena de perlas, y acaba de desprenderse impetuosamente de los brazos de su cadina, fijando los grandes ojos aterrorizados en la odalisca purpúrea, que muda, siniestra é imasible como una estatua, aparece en el dintel, y con rostro pálido, que revela á la par veneración y espanto, parece que quiere decir:— ¡Rey de los Reyes, Alá te llama, y tu desolado pueblo te espera!—y levantando la colgadura de la puerta, señala allá en el fondo que se divisa por entre los arcos de morisca azotea, en medio del azul del cielo, la enorme ciudad humeante.

CAPILLA ALEONSIÑA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



## LAS MURALLAS.

El paseo alrededor de las antiguas murallas de Stambul lo verifiqué solo, y aconsejo á cuantos italianos visiten Constantinopla, que hagan lo propio. Porque el espectáculo de las grandes ruinas solitarias no deja impresion duradera y profunda, sino en el que por completo abstraído y recogido en su conciencia, se dispone á recibir aquella sensacion, pudiendo seguir libremente y silencioso el curso de sus pensamientos.

Era menester dar un paseo de cerca de quince millas italianas, á pié, bajo los rayos del sol, por caminos y calles desiertos.

—Acaso—dije á mi amigo—á mitad de camino me sorprenderá la tristeza y te invocaré como á un santo; mas á pesar de todo, quiero ir solo.

Aligeré el portamonedas, previniéndome de esta suerte contra la curiosidad de algun ladron suburbano.

Llené en cambio el estómago, con objeto de

CAPILLA ALEFONSINA  
FUNDACION CAJAL  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



que no me distrajese con sus impertinentes reclamaciones, y á las ocho de la mañana emprendí la caminata, con un cielo espléndido y un aire perfumado por el rocío matinal.

Dirigíme al puente de la Sultana Validé.

Mi designio era salir de Stambul por la puerta del barrio de las Blaquernas, recorrer la línea de las murallas, desde el Cuerno de Oro hasta el Castillo de las Siete Torres y tomar á lo largo de la orilla del Mármara, dando así vuelta completa al gran triángulo de la ciudad musulmana.

Dejando atrás el puente, volví á la derecha y me interné en el vasto barrio denominado Istanbul-dischiaré, ó sea Stambul-externa, que la constituye la larga tira de ciudad comprendida entre las murallas y el puerto, rebosando por todas partes casuchas de madera y depósitos y almacenes cien veces destruidos por los incendios.

En la madeja de callejones que forman la red de esta población, extiéndese hasta la orilla del Cuerno de Oro inmensa série de escalinatas, gradas, saltos, pequeños senos de arroyos ó de desagües, reducidas radas, donde atracan barcos, y bahías insignificantes; y gira un pueblo entero de operarios de todas castas y condiciones, y camellos, y caballos, y perros, y razas, cuyo conjunto trae á la memoria la idea de aquellos puertos de la India y de la China, donde se encuentran los productos de ambos hemisferios.

Las murallas que se conservan en este lado de la ciudad, levantan cinco veces la altura de un hombre y ostentan en su frente corona de almenas, y los contrafuertes de trecho en trecho, que son torreones cuadrangulares, no siempre sanos y en estado útil. Pero estas fortificaciones son el trozo ménos digno de mención, por su carencia de tradiciones históricas y por su insignificancia artística de los muros exteriores de Stambul.

Atravesé el distrito de Fanar, pasando por la ribera que rebosaba vendedores de frutas, pasteleros, hortelanos, licoreros, y por entre cocinas al aire libre, y tropezando acá y allá con hermosos grupos de marineros griegos, en tales actitudes, que recordaban las estátuas de sus antiguos Números. Giré por el vastísimo *gueto* de Balata, recorrí el silencioso cuartel de la Blaquerna, y salí finalmente de la ciudad por la puerta denominada Egri-Kapú, no lejos de la orilla del Cuerno de Oro.

Todo esto se dice pronto, pero es una caminata de hora y media, ora subiendo, ora bajando, en torno de lagunas, salvando montículos, saltando escalones, por interminables callejuelas, volviendo atrás (porque se interna uno á veces en callejones sin salida), bajo altos arcos, por oscuros túneles, cruzando solitarios senderos, y sin otro faro que los alminares de la mezquita de Selim.

A cierto punto, se llega donde no se ven ya

CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. N. L.

ni casas ni vestidos de francos; luego desaparecen las casas á la europea; despues concluye el empedrado; más tarde las muestras de las tiendas y el rumor del trabajo. Y mientras más se avanza, los perros miran gruñendo con ojos torvos, los pilluelos turcos se atreven á echar ojeadas amenazadoras ó atrevidas cuando ménos, las mujeres del vulgo esconden con cuidado prolijo el rostro, hasta arribar á plena barbárie asiática, y el paseo de dos horas equivale ya en el ánimo á un viaje de dos días.

Saliendo de Egri-Kapú tomé á la izquierda, y de repente hallé larguísima extension de fortificaciones de las famosas de defensa de Stambul por la parte de tierra.

Han pasado tres años desde aquellos días, y sin embargo, no puedo acordarme de la impresion que me causaron aquellos famosos muros, sin experimentar vivísimo sentimiento de admiracion. Ignoro si en otro lugar del Oriente se encuentran reunidas de esta manera la grandeza de las obras humanas con la majestad de la prepotencia, la

gloria de los siglos, la solemnidad de las tradiciones memorables, la tristeza de las ruinas y la sublimidad de la Naturaleza.

Es una perspectiva que inspira juntamente admiracion, veneracion y terror: un espectáculo digno de un canto de Homero.

Al primer aspecto, se siente uno deseoso de descubrirse respetuosamente, como ante hilera interminable de gigantescos héroes mutilados, exclamando: ¡gloria!

La enorme cintura de murallas y torres se extiende hasta donde la vista alcanza, subiendo y bajando, segun las sinuosidades del terreno; ahora tan baja, que parece que profundiza en las entrañas de la tierra; ahora tan alta, que parece coronar las cumbres de las montañas; filas de infinitas y variadas formas, tonos oscuros y severos de mil colores, desde el calcáreo casi negro, hasta el amarillo casi dorado, revistiéndose los bastiones, ora del verde concentrado de vejetacion antigua, ora del verde claro de vejetacion reciente, y arañando á lo largo de los muros una exuberancia de vida natural que desde los cimientos serpea hácia las almenas, y de allí cae luego en guirnaldas por cada uno de los huecos, tapizando en caprichoso juego los planos y ribeteando las aristas en artística manera: amontónanse en una parte pirámides altísimas de entrelazados arbutos, y fuera de las torres, cascadas ondulantes á

manera de cortinaje, se agitan fuera de las murallas, dejando entre ellas y la fábrica sombríos pasos por estrechos corredores.

Tres órdenes de muros forman gigantesca gradería de ruinas: el muro interior, el más alto, flanqueado y reforzado de cien en cien pasos por robustas torres cuadrangulares, y alternando, una de estas torres forma un cubo coronado de almenas. El exterior sin castilletes ni avanzadas, bajísimo, se halla defendido por ancho y profundo foso, lleno en otro tiempo por las aguas del Cuerno de Oro y del mar de Mármara, y hoy cubierto de musgos, líquenes y plantas trepadoras. Todos estos muros se conservan casi tal y como eran el día después de la toma de Constantinopla, puesto que poquísimas fueron las restauraciones hechas por Mahomet y Bayaceto II.

Aún se notan las brechas abiertas por los cañones de Orban, las huellas de los golpes de arietes y catapultas, los estragos de las minas, los indicios de los asaltos más furiosos y las resistencias más desesperadas.

Las torres redondas del muro de en medio, se hallan casi derruidas por completo, hasta en sus más hondos cimientos; las de los muros interiores casi todas en pie, pero desguarnicionadas y mutiladas en sus salientes, resultando en su parte alta como puntas de troncos tronchados á golpes de hacha, y en el pié, como socavados escollos, roi-

dos por el mar. Desmesurados sillares han rodado de la cortina mural, llenando de escombros la plataforma de la muralla del centro, la corona de la externa y el foso. Pequeños senderos serpentean entre los residuos de la destrucción y los yerbajos, perdiéndose en la maleza.

A cada paso, el bastion comprendido entre dos torres, ofrece el ruinoso cuadro de la majestad pasada y la pasada grandeza.

Todo es colosal, selvático, rudo, toscos, amenazador y con el sello característico de una belleza juntamente triste y pomposa que impone reverencia al espectador.

Parece que se visitan las ruinas de ilimitada cadena de castillos feudales, ó los restos de una de aquellas murallas prodigiosas que circundaban los grandes imperios legendarios del Asia Oriental. La Constantinopla del siglo décimo nono, desaparece ante la ciudad de los Constantinos; se respira el aire del siglo XV, y el pensamiento se traslada al día de la memorable caída, y la idea permanece por un momento abstraída en aquel hecho histórico y sumido el ánimo en profunda meditación.

La puerta por la cual había salido, llamada por los turcos Egri-Kapú, es aquella célebre puerta Caligaria por la cual verificó su triunfal entrada Justiniano, y penetró más tarde Alejo Comneno para apoderarse del trono.

Delante se encuentra un cementerio musulmán.

En los primeros días del asedio colocóse allí el inmenso cañón de Orban, alrededor del que trabajaban cuatrocientos artilleros, y que era transportado por cien bueyes. Defendían la puerta Teodoro de Caristo y Juan Greant, contra el ala izquierda del ejército turco que se extendía hasta el Cuerno de Oro. Desde aquel sitio hasta el mar de Mármara, no hay un barrio ni un caserío siquiera. El camino corre recto entre el muro y el campo. Nada distrae la contemplación de las ruinas.

Ensimismado en mis pensamientos, empecé á andar.

Cuando llevaba un buen trecho entre dos cementerios—cristiano el uno y mahometano el otro—me encontré en una espesa selva de cipreses. El sol venía hiriéndome con bastante fuerza, y el camino se perdía ante mi vista en blanca y solitaria faja, y allá, en lontananza, se veía cortado por una línea recta que destacaba perfectamente sobre el azul celeste limpidísimo del firmamento. Por una parte, las torres sucedíanse á las torres; por otra, las tumbas sucedíanse á las tum-

bas. No percibía sino el rumor cadencioso de mis pasos, interrumpido de vez en cuando por el salto de tal ó cual insecto entre los matorros del camino. Seguí discurriendo largo trecho hasta hallarme impensadamente delante de bella puerta cuadrada, coronada por grande arco y flanqueada por dos gruesas torres octógonas. Era la puerta de Adrianópolis, la Poliandría de los griegos; aquella que sostuvo el año 625, bajo Heraclio, la formidable arremetida de los Avaros, defendida contra Mahomet II por los hermanos Pablo y Antonino Troilo Boquiardi, y que se convirtió despues en la puerta de las salidas y entradas triunfales de los ejércitos musulmanes.

Ni delante de ella ni á su alrededor había alma viviente.

De pronto, salieron de la puerta á todo correr dos ginetes turcos que me envolvieron en densa nube de polvo, y desaparecieron por la gran vía de Adrianópolis.

Despues volvió á reinar un silencio profundo.

Dando espalda á las murallas, avancé por la vía de Adrianópolis, descendí al valle del Lykus, subí á una altura y me encontré en el vastísimo llano ondulado de lomas y suaves cerros áridos de Dahud-Bajá, donde tuvo su cuartel general Mahomet II durante el sitio de Constantinopla. Allí permanecí algun tiempo inmóvil mirando á mi alrededor, con la mano delante de los ojos en forma de visera ó pantalla, para buscar los rastros del campamento imperial y representarme el grande y extraño espectáculo que debía ofrecer aquel paraje hácia fines de la primavera de 1453.

Precisamente allí afluí como á su corazon, la vida de todo el numeroso ejército que oprimía en toda su vasta extension, la gran ciudad moribunda. De aquí partían las órdenes fulminantes que movían los brazos de cien mil operarios y que arrastraban doscientas galeras por tierra, desde la bahía de Besci-tass hasta la bahía de Kassim-Bajá, lanzando en las entrañas de la tierra legiones de mineros armenios, que ostentaban desde cien puntos las banderas de heraldos, para anunciar la hora del asalto y hacer en el tiempo que se tarda en contar las cuentas de un tespí, tenderse trescientos mil arcos y desenvainarse trescientas mil cimitarras. Allí los mensajeros pálidos de Constantino tropezaban con los genoveses de Galata, venidos á vender aceite para refrescar los cañones de Orban, y con los centinelas musul-

manes, que espiaban desde la ribera del mar de Mármara la aparicion en el horizonte de las flotas europeas, que habían de traer los últimos socorros de la cristiandad, al último baluarte de los Constantinos.

En aquellos lugares hormigueaban regimientos de cristianos renegados, de aventureros asiáticos, de viejos scenitas (1), de dervises macilentos, miserables y estenuados por largas marchas, yendo y viniendo afanosamente á las tiendas de catorce mil genizaros, entre series interminables de caballos enjaezados, entre larguísimas filas de altos camellos inmóviles, y entre hileras de catapultas y balistas, cureñas de cañones y pirámides de balas de granito; entrecruzábanse con las procesiones de soldados polvorientos que llevaban de dos en dos desde los muros al campo raso, cadáveres deformes ó heridos que gritaban lastimeramente, cruzando sus ayes á través de perpétuas nubes de humo.

En el centro del campamento de los genizaros alzábanse las tiendas variopintas de la corte, y por encima de todas sobresalía el pabellon rojo de Mahomet II.

Todas las mañanas al despuntar el dia se presentaba Mahomet á la puerta de su tienda de campaña, pálido y con el rostro desencajado por

(1) Pueblos bárbaros errantes de la Mesopotamia y de las orillas del Eufrates.

la vijilia de la noche, con su gran turba nte adornado de gran penacho amarillo y su largo caftan color de sangre, fijando sus miradas de águila sobre la inmensa ciudad que se extendía ante sus ojos, tirándose de la descuidada y negra barba con una mano, mientras con la otra acariciaba el mango de plata de su corvo puñal. A su lado estaban: Orban, el inventor del cañon prodigioso, que pocos dias despues al estallar, había de lanzar los huesos del autor en la esplanada del Hipodromo; el almirante Balta-Oglí, turbado ya por el presentimiento de la derrota que hizo caer sobre su cabeza el dorado baston del Gran Señor; el temerario comandante del Epepolin, gran castillo móvil coronado de torres y erizado de hierro, que cayó despues incendiado delante de la puerta de San Roman; un consejo de juristas y una corona de poetas, bronceados por el sol de cien batallas; un séquito de Bajás con los cuerpos cubiertos de cicatrices y los caftanes hechos girones por las refriegas; un cortejo de genizaros gigantescos con las aceradas hojas desnudas en la mano, y un acompañamiento de sciaú armados de escamas de acero, dispuestos á hacer caer las cabezas ó lacerar las carnes de los cobardes ó rebeldes: la flor y nata, en suma, de aquella indeterminada muchedumbre asiática, llena de juventud, de ferocidad y de fuerza, pronta á arrojarse cual torrente de hierro y fuego, en las decrépitas avanzadas del

Imperio bizantino. Esa era la córte de Mahomet, y todos inmóviles como estátuas, iluminados por la luz rosácea de los primeros rayos de la aurora, miraban en el horizonte las mil cúpulas argentadas de la ciudad prometida por el Profeta, bajo las cuales, en aquel mismo momento, resonaban las oraciones y los sollozos del cobarde pueblo.

Yo veía los semblantes, las actitudes, los puñales, los pliegues de las capas y de los jáiques, las grandes sombras que proyectan aquellas figuras en el suelo removido por las ruedas de los cañones y de las torres...

Pero de repente, al dejar caer la vista sobre una gruesa piedra medio clavada en el suelo, y al leer su borrosa inscripcion, aquel gran cuadro se desvaneció cual vision fantasmagórica, para distinguir otro que se desparramaba por la llanura.

Una muchedumbre de cazadores de Vincennes, de zuavos y de infantes con pantalon grande; sentí cantar las cancioncillas de la Provenza y de la Normandía; divisé al mariscal Saint-Arnaud, á Canrobert, á Forey, á Espinasse, á Pellissier; reconocí mil caras y mil colores, vivos en mi memoria y queridos en mi corazon desde la infancia... y leí repetidas veces con inexplicable sentimiento de sorpresa y de placer aquella pobre inscripcion que decía:

*"Eugenio Saccard, Cabo del regimiento ligero número 22.—16 de Junio de 1854."*

¡Desde Mahomet II hasta un cabo francés de un regimiento de infantería!...

Desde allí volví á pasar por la cuenca del Lykus, entrando en la vía que flanquea la muralla, solitaria siempre y siempre culebreando entre ruinas y cementerios. Pasé ante la puerta militar de Pemptí, ahora tapiada; atravesé nuevamente el Lykus, que entra en la ciudad por aquel punto, y llegué por último ante la puerta llamada del Cañon, por el gran cañon de Orban que allí se colocó; la puerta contra la cual dirigió su último asalto el ejército de Mahomet.

Alzando la vista, reparé en la cumbre del muro, y tras las almenas, en varias cabezas negras y desgreñadas que me miraban con aire de asombro. Supe despues que allí anidaba una tribu de gitanos, estableciendo sus tiendas entre los huecos que forman los lienzos de muralla y los torreones.

El rastro de las pasadas luchas se revela en este sitio con señales soberbias y gigantescas: muros reventados, triturados y agujereados; torres truncadas y socavadas; plataformas sepultadas en

montones de ruinas; troneras descuartizadas; el terreno revuelto, el foso repleto de colosales pedruscos, tales, que semejan masas inmensas de rocas de una montaña volada en pedazos, por infernal mina. La batalla tremenda parece que se ha librado el dia antes, á juzgar por lo que cuentan las ruinas con mayor elocuencia que podría hacerlo la voz de los espectadores, testigos de la horrible carnicería. Con ligeras variantes, en todas las puertas y á lo largo de todas las murallas, la mortandad fué análoga.

El combate principió al despuntar el alba.

El ejército otomano hallábase dividido en cuatro columnas, y precedido de cien mil voluntarios que constituían la vanguardia predestinada fatalmente á la muerte. Carne de cañon, turba indisciplinada y temeraria de tártaros, caucásea, árabes y negros, guiados por scenitas, excitados por dervises, empujados por escuadras de sciaú, que les obligaban á avanzar á latigazos... Con tales precedentes, ellos habian de ejecutar el primer asalto. Y lo verificaron, lanzándose fieros en indisoluble cadena, prorumpiendo en agudísimo y único grito que resonó del Mármara hasta el extremo del Cuerno de Oro. La primera línea en su primer impulso, enteramente sucumbe cayendo en el amplio foso, destrozada por una lluvia de hierro, de piedras, de tierra, de acero, desbaratada y descuartizada, hecha añicos, y en monton informe

desaparecen en el fondo de la zanja viejos y niños, esclavos, ladrones, pastores, bandoleros. Otra turba los reemplaza en el acto, y sufre igual suerte. Los que retroceden, hallan la muerte segura á sus espaldas, y prefieren la probable salvacion al pié de las murallas; y nuevo empuje estéril les conduce á cubrir en el foso el cuerpo de las primeras avanzadas. En pocos instantes, no ya el profundo seno se halla rebosando cadáveres, sino que las orillas, flancos de barbacanas y reductos, se encuentran atestados de montones de cadáveres, de heridos, de miembros palpitantes, de turbantes ensangrentados, de arcos y armas... pero nuevos torrentes pisan sobre las víctimas, cual si fuesen á servirse de ellas para escabel que les aproxime al muro... Las filas no se interrumpen, ordenadas para fatigar á los sitiados que consumen sus medios de defensa contra los que primero atacaron, y comienzan á rendirse de cansancio. Cuando toda la canalla de la vanguardia se ha agotado sirviendo de carne de cañon, según se dijo, suenan las trompas guerreras de Mahomet, y los que de la vanguardia salvaron, se retiran del pié de los bastiones, abriendo paso al grueso del ejército regular otomano.

Entonces Mahomet II lanza al asalto las columnas cerradas que por orden adelantan. Tres grandes ejércitos, tres rios humanos conducidos por cien Bajás, presididos por mil estandartes, se

alargan, cubren las alturas, ocupan los valles, bajan promoviendo un ruido tormentoso de gritos, imprecaciones y toques de bélicos clarines y trompas salvajes, de atabales estridentes, y chocar de espadas y armaduras.

*¡La Ilah ila lah!* retumba como el trueno en los aires, brillan los aceros como el rayo en el espacio, y cual el Océano van á estrellarse contra los muros... y comienza la gran batalla.

Mejor dicho, las infinitas batallas, en las puertas, en las brechas, en los fosos, en las plataformas, que ya ganan, en los cimientos de los lienzos de fortificacion, del uno al otro extremo del baluarte secular de Constantinopla. Diez mil troneras vomitan la muerte sobre doscientas mil vidas, y desde los parapetos de los muros, desde los torreones y reductos, ruedan piedras enormes, pedazos de las mismas fábricas, sillarejos de las murallas, vigas, brasas, fuego, tierra. Las escalas cargadas de sitiadores, se derrumban por el inmenso peso que pretenden en su impaciencia los que asaltan que deben resistir, y racimos de hombres pendientes de los muros hallan tumba sobre los montones de las primeras víctimas que creyeron les servirían de fácil escalon; pero nadie desespera y la experiencia los hace cautos, y las escalas vuelven al muro; avanzan las torres de puentes levadizos; ya caen y se aproximan á las murallas, ya se fijan en los parapetos los extremos

echados al viento en busca del otro estribo seguro, para el puente. Las catapultas defienden la arriesgada operacion. Mas se incendian por acá y allá las máquinas infernales, y los tibios, si no desconfían, tiemblan al ver volar los auxiliares más poderosos del combate. Filas tras filas van desapareciendo bajo la granizada constante de los sitiados, aumentando por capas los montones de muertos, superponiéndose intercalados por los escombros, el hierro y el fuego de los griegos, cuyo espeso humo desconcierta las legiones, desconcertadas por los horrorosos silbidos de la metralla, por las voladuras de las minas, por los gritos desoladores de los compañeros y hermanos, por el retumbar perpétuo de las diez y ocho baterías de Mahomet, que atacan desde lejanas prominencias la ciudad, no sin hacer estragos horrorosos entre sus mismos aliados.

Por momentos se recrudecía la batalla, aunque de trecho en trecho parecía que tomaban aliento los combatientes, para con mayor denuedo volver á la pelea. Y en estas pausas fingidas ó reales, creíase ver ondear por la ancha brecha abierta cerca de la puerta de San Roman, el púrpuro manto de Constantino, brillar las armaduras de Justiniano ó de Francisco de Toledo, y agitarse afanosas las terribles figuras de trescientos archeros genoveses.

Despues se rehacen las huestes, se agrupan, y

estréchanse las distancias, volviendo á la brega de ambas partes. El humo oculta los portillos abiertos en las murallas, vuelven á apoyarse las escalas en los faldones de las fortalezas y principian otra vez á derrumbarse ruinas sobre ruinas, cayendo cadáveres sobre cadáveres en la Puerta de Adrianópolis, en Puerta Dorada, en Puerta Selymbria, en Puerta Tetarté, en Puerta Pemptí, en Puerta Russion y en las Blaquernas y el Hep-tapyrgion... Y turbas tras turbas surgiendo de la tierra, coronan ya algunas almenas á que consiguieron subir, pero caen, se levantan, arañan por entre las hendiduras de las fortificaciones, trepan impertérritos, bajo nubes de flechas y golpes tremendos dignos de una epopeya.

Finalmente, los sitiadores nada consiguen, y en un momento de supremo esfuerzo de los sitiados, desbaratan los intentos de sus enemigos y el desaliento invade los ánimos musulmanes, que retroceden y huyen á resguardarse en el campamento de los mortíferos medios que á la desesperada vomitan las murallas; el ejército de Mahomet II parece ya picado de la indisciplina y cansado del combate, derramándose las legiones en desórden. Un grito de alegría resuena en el interior de la ciudad, y un coro solemne de accion de gracias al Todopoderoso se entona bajo las bóvedas de todas las iglesias. Mahomet, desde la altura que domina la Puerta de San Roman, duda en

el núcleo de su Estado Mayor, vasta circunferencia de magnates, y casi se halla á punto de renunciar á la empresa. Permanece sombrío y meditabundo por algunos instantes, reflexionando sobre si se ha de intentar otro último asalto.

Pero girando la vista sobre sus soldados, que á su vez lo miraban temblando de impaciencia y de coraje, irguiéndose con soberbia sobre sus estribos, arrojó al viento una exclamacion equivalente al grito de la batalla, pero que esta vez significaba la venganza de Dios desencadenándose. Catorce mil alaridos de los genizaros contestan la voz de Mahomet; las columnas se mueven, los dervises se esparcen por el campo para reanimar á los dispersos, los sciaú detienen á los fugitivos, los bajás rehacen las filas, el Sultán, blandiendo su maza de hierro, adelanta entre el cabrilleo de cimitarras y arcos, cascos y turbantes, vuelve á caer sobre la puerta de San Roman una lluvia de proyectiles y de flechas, Justiniano herido desaparece, los italianos descorazonados se desconciertan, el gigantesco genizaro Hassan de Olubad salta el primero á los baluartes, Constantino, combatiendo en medio de sus últimos valerosos campeones de la Morea, es arrojado de lo alto de las almenas, la lucha todavía bajo la puerta está indecisa entre un monte de cadáveres... el Imperio de Oriente ha caído.

.....

La tradicion dice que un gran árbol señalaba el lugar donde fué encontrado el cuerpo de Constantino, pero no he visto ni la más mínima huella.

Entre aquellos cascotes, á través de los cuales corrieron arroyos de sangre, la tierra aparece enteramente blanca, cubierta de margaritas, sobre las cuales revoloteaba una nube de mariposas.

Cogí una flor como recuerdo. Los gitanos me miraron atónitos, y emprendí de nuevo mi caminata.

\*  
\*  
\*

Las murallas se extendían siempre delante de mí hasta donde la vista alcanzaba.

En los sitios altos escondían por completo la ciudad; de modo, que quien no lo hubiese sabido, nunca habría sospechado que detrás de aquellas ruinas solitarias y silenciosas, se ocultaba una vasta metrópoli coronada por grandes monumentos y habitada por un gran pueblo.

En los sitios bajos, por el contrario, asomaban tras las almenas, puntas argentadas de minaretes, medias naranjas de cúpulas, techumbres de

CAPILLA ALFONSO VI  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
UNIVERSIDAD ALFONSO VI

iglesias griegas y vetas verdosas de cipreses. Por aquí y por allá se divisaba entre los huecos de los murallones, tal cual fuga de un trozo de ciudad, grupos de deliciosas alquerías abandonadas, pequeños valles desiertos, huertas, jardines, y allá á lo lejos, defumados en la blanca claridad del Mediodía, los fantásticos contornos de Stambul. Pasé ante la puerta tapiada hoy de Tetarté, indicada por dos torres muy próxima la una de la otra. Y á partir desde este punto, noté que los muros se hallan mejor conservados. Véanse largos trozos de los lienzos murales de Teodosio II casi intactos; bellos torreones del prefecto Pretorio Antemio y del Emperador Ciro Constantino, que aún ostentan gloriosamente sobre sus frentes invulnerables su corona de quince siglos, desafiando un nuevo asalto. En algunos parajes, sobre las plataformas y terrazas que las avanzadas del muro presentan, han establecido los campesinos cabañas que contrastan por su fragilidad insignificante, con la pesada majestad de las fortalezas, y parecen nidos de pájaros fijados en los senos abruptos de una montaña.

Y á la derecha siempre cementerios, bosques de ese árbol tan simpático á los turcos, el ciprés, en pendientes más ó menos rápidas y constituyendo verdaderas aldeas de tumbas, agrupadas las piedras sepulcrales como las casas en un villorio sin simetría construido. Aquí un convento de

dervises medio escondido por inmensa corona de plátanos. Allá un café solitario. Más allá una fuente á que dá sombra un melancólico sáuce; y hasta donde la perspectiva se divide, bosquecillos y pequeños senderos blancos que se pierden en lontananza en una campiña dilatada y árida, bajo un cielo abrumador por donde pesadamente vuelan los buitres.

\*  
\*  
\*

Después de otro cuarto de hora de viaje, llegué á la puerta apellidada de Yeni-Mewlehane, ante el famoso convento de dervises: una puerta baja en la cual se han inerustado cuatro columnas de mármol y en cuyos costados se alzan los cubos de dos torreones adornados de una inscripción de Ciro Constantino, el año 447, y otra inscripción de Justino II y de Sofía, la cual por cierto se halla equivocada la ortografía de los nombres imperiales: curiosa muestra de la ignorancia bárbara del siglo V. Miré á los muros alrededor del convento, á los cementerios, sin divisar ni una sola persona. Descansé algunos momentos recostado sobre el lomo del pequeño puente que ca-

CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

balga sobre el foso, y despues de reflexionar un momento sobre confusos recuerdos de historia antigua, emprendí otra vez mi tarea.

Daría de buena gana en recuerdo de una de las más bellas vistas de Constantinopla por poder infundir en el lector la sombra siquiera del sentimiento profundo y singularísimo que experimentaba yendo solo entre aquellas dos cadenas interminables de ruinas y de tumbas, bajo aquel sol, en aquella severa soledad y con aquella paz inexplicable.

Muchas veces en los tristes dias de mi vida, deseé dando rienda suelta á mi fantasía, encontrarme en misteriosa caravana de gente muda, que caminase eternamente por ignotos países á ignorada meta. Y bien, aquella vía respondía exactísimamente á mi deseo. Hubiera querido no agotarla jamás. Pero no me inspiraba tristeza, antes por el contrario, serenidad y valor. Los vigorosos colores de la vejetacion, las ciclópeas estructuras de los muros, las grandes líneas del terreno semejante á ondas de agitado Océano, las

solemnes memorias de Emperadores, ejércitos y titánicas revueltas, pueblos desbaratados, generaciones difuntas... al lado de aquella ciudad enorme, en medio de aquel silencio mortal, interrumpido tan solo por la potente sacudida de las alas del águila, que remontaba su vuelo desde las cumbres de los castillos, echaban sobre mi mente una ebullicion fantasmagórica de mal definidas aspiraciones que me aceleraba el sentimiento del alma, al propio tiempo que la circulacion de la sangre en mis venas. Habría querido tener una estatura dos palmos más alta, vestir la colosal armadura del Gran Elector de Sajonia, que ví maravillado en la Armería de Madrid, y que mis pasos resonasen en aquel silencio, como el paso rítmico de un regimiento de alabarderos de la Edad Media. Quisiera tener la fuerza de un titan para levantar entre los brazos las ruinas de aquellos soberbios muros...

Caminaba con la frente alta, arrugado el entrecejo, apretando el puño derecho, apostrofando en versos libres á Constantino y á Mahomet, arrebatao en una especie de embriaguez guerrera, henchida el alma con las reminiscencias del pasado. Y me sentía tan jóven de espíritu y cuerpo, tan feliz por estar solo, tan celoso de aquella soledad llena de vida, que no habría querido encontrar ni aun al más íntimo y querido de mis amigos.

Pasé por la puerta militar de Trite, hoy también impracticable.

Las cortinas murales y los contrafuertes deruidos, indican que debieron colocarse ante aquel costado, gruesos cañones de Orban. Es más, se cree que fuese una de las tres grandes brechas señaladas por Mahomet á su ejército la víspera del asalto, cuando dijo:—Podreis entrar en Constantinopla á caballo por las tres brechas que he abierto.

Desde allí seguí adelante hasta una puerta franca, á cuyos lados se hallan dos torres octogonas, y reconocí en ella la puerta de Selivrí, de donde arrancaba la gran vía que conducía á la ciudad de Selymbria que le dió nombre, cambiado despues por los turcos en Selivrí: la reconoció por el pequeño puente de tres arcos que hay delante de ella. Durante el asedio de Mahomet, la defendió el genovés Mauricio Cattaneo. La calle conserva todavía algunas piedras del empedrado mandado poner por Justiniano.

Delante existe un vasto cementerio, pasado

el cual, se encuentra el notable monasterio de Baluklú.

Apenas entré en el cementerio, tropecé con el lugar solitario donde se encuentran enterradas las cabezas del célebre Alí de Tepeleni, Bajá de Jannina, y de sus hijos. Velí, gobernador de Tirhala, Muctar, comandante de Arlonia, Saalih, comandante de Lepanto, y de su sobrino Mehemet, hijo de Velí, comandante de Delvina.

Son cinco columnitas de piedra terminadas en forma de turbante, y con la fecha de 1827 y una sencillísima inscripcion escrita por aquel pobre dervís Soliman, amigo de la infancia de Alí, que compró las cabezas luego de haber sido clavadas en las almenas del Serrallo, é hizo el sepelio de las mismas por su propia mano. En la inscripcion del cipo ó cartela de Alí, cuya columna está colocada en el centro, se lee:

«Aquí yace la cabeza del afamado Alí-Bajá de Tepeleni, gobernador del Sanjacato (1) de

(1) Sanjacato, territorio turco sometido á un gobernador, ó *Sanjaco*.

Jannina, el cual trabajó durante más de cincuenta años por la independencia de la Albania.»

Lo cual prueba que hasta en los sepulcros musulmanes se escriben piadosas mentiras.

Detúveme un momento á contemplar aquel puñado de tierra que cubría tan formidable cabeza, viniendo á mi memoria la pregunta de Hamlet al cráneo de Yorik. ¿En dónde están tus Palicaros, león de Epiro? ¿En dónde están tus bravos arnautas y tus palacios erizados de cañones y tu bello kiosco que se reflejaba en el lago de Jannina, y tus tesoros sepultados en las rocas, y los bellos ojos de tu bella Vasilikí? Y pensaba en la bellísima mujer errante por las calles de Constantinopla, pobre y desolada por los recuerdos de su felicidad y su grandeza, cuando percibí un ligero rumor, y al volverme ví á un hombre alto y seco cubierto de gran túnica oscura, la cabeza destacada, y que me miraba con aire interrogativo. A un signo que me hizo, comprendí que debía ser un monje griego de Baluklú, y que sin duda quería enseñarme la fuente milagrosa, y nos dirigimos hácia el monasterio.

Condújome á través de un patio silencioso, abrió una puertecilla, encendió una vela, me hizo bajar con él por una escalerilla bajo una bóveda húmeda y oscura, y deteniéndose en una especie de cisterna, sobre la cual tapando con una mano la llama de la luz, me indicó que mirase los peces

encarnados que nadaban en el agua. Mientras miraba, me largó un discurso incomprensible, que debía ser la fábula célebre del milagro de los peces, y que en pocas palabras se reduce á lo siguiente:

Hallábase cierto fraile de este convento griego friendo pescados, en el momento en que los musulmanes verificaban el último asalto á los muros de Constantinopla. De pronto se asoma á la puerta de la cocina otro fraile y le dice tiritando de miedo:—La ciudad ha sido tomada.—Qué disparate, contestó el que freía, lo creeré cuando vea que saltan los peces fuera de la sartén.—Y los peces, con efecto, saltaron fuera vivos y colean-do, medio tostados, porque no los había vuelto todavía en la sartén. Y como todos mis piadosos lectores pueden comprender, volvieron á colocarse religiosamente en el agua, de la cual se les sacara para freirlos, y en la que todavía hoy siguen nadando despues de más de cuatro siglos.

Acabada su charla, el fraile me espurreó la cara con algunas gotas de aquel agua bendita; tan milagrosa, que las pocas gotas que le quedaron en las manos, se le convirtieron en monedas de cobre por arte de mi credulidad. Y despues de haberme acompañado hasta la puerta, se quedó mirándome con sus ojos pequeños y soñolientos, hasta que me vió desaparecer.

\*  
\*  
\*

Y siempre, por una parte muros junto á los muros, torres despues de las torres, y por otra el cementerio umbroso, algun campo verde, algun viñedo, alguna casa cercada; despues, el desierto.

Alguna vez, mirando el muro desde un sitio bajo, me parecía distinguir su último límite; pero subiéndolo un poco, le veía de nuevo extenderse sin fin ante mi vista, y á cada paso aparecían por fuera las torres lejanas, muy lejanas, unas junto á otras ó reunidas de dos en dos, como si se agolpasen sobre el camino, para ver quién turbaba el silencio de aquella soledad.

La vejetacion en aquel punto era maravillosa. Arboles frondosos se desbordaban sobre los torreones como sobre vasos gigantescos; suspendíanse encajes tejidos con flores, y guirnaldas formadas por la yedra y las madreselvas; aparecían de vez en cuando montones inextricables de madroños, de lentiscos y ortigas, en medio de los cuales surgen plátanos y sáuces frondosos que cubren con su sombra los fosos y los parapetos.

Muchos lienzos del muro están cubiertos por

la yedra, que trepa por las descarnadas piedras y las grietas que forma el tiempo. El foso está cultivado como una pequeña huerta; sobre los parapetos, pastan las cabras y las ovejas, cuidadas por un muchacho griego, recojido á la sombra de los árboles; desde el muro se les contempla como á vista de pájaro. El aire está lleno de la penetrante fragancia de las yerbas selváticas y se respira no sé qué alegría primaveral sobre las ruinas que parecen engalanadas y cubiertas de flores para el paso triunfal de una Sultana. De repente, mis sentidos perciben un soplo de brisas salinas, y levantando los ojos, ví lejos, frente á mí, la extension azulada del mar de Mármara. En el mismo instante me pareció que una voz solemne murmuraba á mi oído:—«El Castillo de las Siete Torres» —y me detuve un instante en medio del camino con un vago sentimiento de inquietud.

Poco despues, volviendo á seguir mi marcha, pasé ante la antigua puerta Deletera, salvé la puerta Melandesia y encontréme frente al castillo.

\*  
\*  
\*BIBLIOTECA ALEJANDRINA  
UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN

Este edificio de mal agüero, levantado por Mahomet II, sobre el antiguo Cyclobion de los griegos, para defender la ciudad en el sitio en que la muralla que la defiende por la parte de tierra se une con la que la protege por la parte del Mármara, se convirtió despues en prision de estado, tan luego como las ulteriores conquistas de los Sultanes, poniendo en seguro á Stambul del peligro de un asedio, venían á hacerla completamente inútil como fortaleza. Ahora no es sino un esqueleto de castillo custodiado por pocos soldados; una ruina maldita llena de dolorosos recuerdos que corren como siniestra leyenda en boca de todo el pueblo de Constantinopla y no vista de los viajeros sino desde la proa del barge que les conduce al Cuerno de Oro. Los turcos le llaman *Jedi-Kulé*, y es para ellos lo que la Bastilla para Francia y la Torre de Lóndres para Inglaterra: un monumento que recuerda el tiempo nefando de la tiranía de los Sultanes.

Los muros de la ciudad lo esconden á los ojos de los que llegan por el camino, excepto dos de las siete grandes torres que le dieron el nombre, y de las cuales solo cuatro quedan enteras. La muralla exterior conserva dos columnas corintias que pertenecían á la antigua Puerta Dorada por la cual hicieron su entrada triunfal Narses y Heraclio, y que conserva una leyenda comun á los musulmanes y á los griegos referente á la en-

trada triunfal de los cristianos el día en que volvieron victoriosos á la ciudad de Constantino. La puerta de entrada está en el circuito de los muros, en una pequeña torre cuadrada, frente á la cual vijila un centinela en babuchas, que consiente casi siempre en el ingreso simultáneo de una moneda en su bolsillo y un viajero en la fortaleza.

\*  
\*  
\*

Entré y me encontré solo en un gran recinto, de aspecto lúgubre de cementerio y de cárcel que me hizo detener el paso. Alrededor se alzaban muros negros y enormes, que forman un pentágono coronado por torreones cuadrados y rotondas altísimas, algunas derruidas, otras enteras y cubiertas por techumbres cónicas, revestidas de plomo, é innumerables escaleras arruinadas que conducían á las barbancas. Dentro del recinto existe una vegetacion alta y feraz dominada por grupos de plátanos y cipreses sobre los que asoma el minarete de pequeña y oculta mezquita; en la parte más baja distinguíase una mancha de tiendas de campaña en la que reposaban los soldados;

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
UNIVERSIDAD ALFONSO XIII

en el centro, la tumba de un Visir que fué extrangulado en el castillo; aquí y allá restos deformes de antiguos reductos; y sobre el césped, á lo largo del muro, fragmentos de bajo-relieves, fustes de columna y capiteles hundidos en la tierra, medio cubiertos por la yerbas y el agua pantanosa: un desórden original y triste, lleno de misterio y de melancolía que despierta repugnancia y respeto al mismo tiempo.

Estuve un poco incierto mirando en tórno y caminando con circunspeccion, como por temor de poner el pié en un charco de sangre. Las tiendas de campaña estaban cerradas, las mezquitas cerradas tambien; todo solitario y quieto como ruina abandonada. En algunos puntos del muro existían todavía huellas de cruces griegas, fragmentos de monogramas constantinianos, alas truncadas de águilas romanas y restos de frescos del antiguo edificio bizantino, ennegrecidos por el tiempo.

Sobre algunas piedras se veían trozos de inscripciones griegas en caracteres diminutos, casi todas ellas hechas por los soldados de Constantino que custodiaban la fortaleza bajo el mando del florentino Juliano, el día de la caída de Constantinopla: pobre gente resignada á morir, que invocaba á su Dios para que salvase la ciudad del saqueo y á sus familias de la esclavitud. De las dos torres colocadas junto á la Puerta Dorada,

una es la que servía de cárcel á los embajadores de los Estados que se hallaban en guerra con el Sultan, y en cuyas paredes se leían aún multitud de inscripciones latinas, de las cuales, la más reciente pertenecía al Embajador veneciano encarcelado durante el reinado de Ahmed III, cuando surgió la guerra de la Morea. La otra, es la famosa torre en la que se alberga la tradicion más lúgubre del castillo: la torre que encerraba un laberinto de secretos horribles, sepulcros de vivos, en los cuales, los visires y los grandes de la corte esperaban, luchando en las tinieblas, la aparicion del verdugo, ó enloquecidos por la desesperacion, dejaban sobre las paredes las huellas sanguinolentas de las uñas y el cráneo.

Uno de aquellos sepulcros, era el osario en que se depositaban los huesos y las carnes de los ulemas. En el piso bajo se distingue el salon redondo llamado prision de sangre, donde se decapitaba secretamente á los condenados y se arrojaban sus cabezas en un pozo, llamado tambien de sangre, del cual se ve todavía la boca, en medio del pavimento desigual, cubierta con dos enormes cajas de piedra. Bajo de esta pieza existía la horrible caverna alumbrada por un farol colgado del techo, donde se arrancaba la piel á los condenados á la tortura, se derramaba la pez inflamada sobre las llagas abiertas por el látigo, y se trituraba con mazas sus piés y sus manos, sin que los

gritos horribles de los agonizantes llegasen más que como apagado lamento á los oídos de los prisioneros de la torre.

En un ángulo del recinto veíase todavía la huella de un poyo, en el que se cortaba la cabeza á los condenados comunes, y junto á éste había, aún no hace mucho tiempo, un muro de huesos humanos, que se levantaba casi hasta la plataforma del castillo.

Cerca de la entrada estaba la cárcel de Otman II, la primera víctima imperial de los genizaros y la habitación en la que el pobre Sultán de diez y ocho años, á quien la desesperación redoblaba la fuerza, resistía furiosamente á sus cuatro verdugos, hasta que una mano despiadada y cobarde, ejercitada en hacer eunucos, aferrándole bruscamente por las ingles... le arrancó un penetrante grito sofocado por la bárbara operación del nudo corredizo.

Las demás torres y parte de la muralla, eran un laberinto de corredores tenebrosos, de escaleras secretas, de puertas de hierro, bajo las cuales inclinaron la cabeza por última vez bajás, príncipes imperiales, gobernadores, chambelanes, altos funcionarios en la flor de la juventud y en el colmo de la potencia; sus cabezas habían ya regado con sangre el muro externo de la fortaleza, y sus esposas les aguardaban todavía vestidas de fiesta en los esplendores del harem.

Pasaban por aquellos corredores húmedos que destilaban agua y por aquellas escaleras sepulcrales, de noche, á la luz de las linternas, soldados y verdugos de mano ensangrentada, mensajeros del Serrallo que venían á traer á los condenados á muerte, todavía halagados con un resto de esperanza, la última negativa del Sultán, y cadáveres con los ojos fuera de las órbitas, y con el horrendo cordón de seda á la garganta, que llevaban señales de la lucha sostenida en las tinieblas con rabia y desesperación.

En el extremo opuesto de Stambul, sobre la colina del Serrallo, estaba el espantoso tribunal de la corte.

Era éste una máquina enorme de suplicio, coronada por siete patíbulos de piedra, que recibía del mar y de la tierra, á la luz de la luna, las víctimas vivas y no restituía al suelo sino troncos y cadáveres, y del alto de la torre, el centinela nocturno veía á lo lejos el kiosco del Serrallo iluminado para la fiesta imperial.

Experimentábase ahora un sentimiento de placer al ver el castillo infame casi deforme, como si todas las víctimas resucitando, le hubieran roído y arañado para vengarse en las paredes no pudiendo vengarse de los hombres.

El gran monstruo, desarmado y decrepito, es-cepe por las cien bocas de sus aspilleras y de sus derruidas brechas, hoy espantosas cavernas, mi-

llones de topos, de escorpiones y de insectos, que pululan como gusanos en el interior de su podrido cuerpo, royéndole el vientre vacío y recorriendo sus riñones despedazados en medio de una vegetación insolente que lo corona de guirnaldas y lo empenacha por ludibrio y por sarcasmo.

Después de haberme asomado á varias puertas sin ver sino fugas precipitadas de luces y rayos, subí por una escalera cubierta de yerba al muro del costado occidental. Desde allí se dominaba todo el castillo. Vasto desorden de ruinas, de torres, de almenas, de escaleras, de plataformas, todo confuso y revuelto alrededor de un gran monton de verde vivo; y por otro lado, torres y almenas infinitas del muro occidental de Stambul. Bastaba entornar un poco los ojos para ver una vasta fortaleza abandonada destacándose del fondo azul del mar de Mármara.

A la izquierda se ve parte de Stambul, cortada por gran número de tortuosas sendas que huyen de la dirección de la antigua vía triunfal de los Emperadores bizantinos, que desde la Puerta Dorada, pasando por el foso de Arcadio y por el foso de Constantino, llegaba hasta el Real Alcázar. Era una perspectiva inmensa y risueña, que hacía aparecer más siniestro el monton de ruinas que tenía á mis piés. Largo rato permanecí apoyado en una barbacana, contemplando aquel vasto sepulcro, con esa temerosa curiosidad con que

se mira el lugar en que se ha cometido recientemente un crimen.

Reinaba profundísimo silencio. Por las sinuosidades de la muralla corrían las luciérnagas y en el fondo del foso cantaban las ranas; sobre los torreones volaban los cuervos, y en torno de mi cabeza rondaba una nube de insectos que venía de los pantanos y de las ruinas; el aire, un poco agitado, me traía los miasmas de un caballo putrefacto arrojado al foso externo de la fortaleza. Mis sentidos cayeron en una especie de anonadamiento; tenía los ojos entornados, casi soñando, y me parecía oír, en el zumbido monótono de los insectos, el choque de las cabezas arrojadas al pozo, los gritos y lamentos de los moribundos del subterráneo y la voz del hijo de Brancovan, que sintiendo en el cuello el frío del nudo corredizo, gritaba:—¡Padre mio! ¡Padre mio!

Cerré por completo los ojos y caí en una pesada somnolencia. De repente, todas aquellas horribles imágenes se agolparon á mi mente con espantosa claridad. En aquel momento, un grito sonoro y agudo sacóme de mi abstracción y ví en lo más alto del pequeño alminar al *muezzin* de la mezquita del castillo. Aquella voz lenta, dulce, solemne, que hablaba de Dios en aquel lugar, en aquel momento, encontraba eco en lo más profundo de mi alma. Parecióme que hablaba en nombre de todos los que habían muerto allí dentro,

que decía que sus dolores no habían sido inútiles, que sus últimas lágrimas habían sido recojidas, que sus torturas habían tenido una compensación, que habían sido perdonados, que se debía rogar y confiar en Dios, aunque les abandonara el mundo y que todo es vano sobre la tierra, excepto ese sentimiento infinito de amor y de piedad... Salí conmovido del castillo.

Volví á tomar mi camino hácia el mar, á lo largo de las murallas exteriores de Stambul.

Junto á aquel sitio se levanta la estación de Adrianópolis y se cruzan al pié del muro infinitos trozos de vía férrea. Me encontraba al lado de una larga fila de wagones sucios y polvorientos. A nadie se veía.

Si hubiera sido un turco fanático, enemigo de la novedad europea, hubiera podido pegar fuego, una tras otra, á varias barracas y retirarme tranquilamente sin ser molestado por nadie.

Caminé algunos pasos por el borde del camino, temiendo escuchar de un momento á otro el *¿quién vive!* de algun centinela; pero ninguna voz escu-

ché. En poco tiempo llegué al extremo del muro. Creía poder entrar en Stambul por aquella parte, pero me engañé. La muralla de tierra se unía en la playa con la del mar, sin presentar ninguna solución de continuidad. Avanzaba entonces sobre las ruinas de un antiguo molino y sentéme sobre un pedrusco rodeado de agua.

Desde allí no distinguía otra cosa que el mar de Mármara, los montes asiáticos y la altura azulada de Scutari que parecía lejanísima. La playa estaba desierta: creí estar solo en el Universo. Las olas venían á romperse á mis piés y me salpicaban el rostro. Allí permanecí largo rato pensando vagamente en multitud de cosas.

Veíame solo, salir por la puerta Caligaria y caminar lentamente por el solitario camino entre los cementerios y las torres, y seguía mis pasos yo mismo como si fuera un hombre distinto. Deteníame observando las olas, que venían una tras otra á extenderse sobre la playa, y una tras otra morían en silencio: veía en esto la imagen del pueblo y de los ejércitos que vinieron unos tras otros á estrellarse contra las murallas de Bizancio; las falanges de Pausania y Alcibiades, las legiones de Máximo y de Severo, las huestes de los persas, las hordas de los avarios, árabes, eslavos, búlgaros y croatas, los ejércitos de Miguel Paleólogo y de Comneno, los de Bayaceto Ilderim, del segundo Amurates y de Mahomet el Conquista-

dor, extinguidos unos tras otros en el silencio infinito de la muerte.

Experimentaba la tristeza que desgarraba el corazón de Leopardi «la tarde del día de fiesta», cuando sentía perderse poco á poco el canto solitario del artesano, que recuerda los cánticos de los pueblos antiguos, y pensaba que todo pasa como un sueño sobre la tierra.

Volví hácia atrás hasta la puerta de las Siete Torres y entré en las murallas para recorrer toda Stambul á lo largo de la ribera del mar de Mármara.

Estaba rendido; mas al fin de un largo paseo, nace del mismo cansancio una nueva fuerza que nos reanima. Todavía me veía caminar y caminar por aquellas calles desiertas, bajo un sol ardiente, dominado por no sé qué somnolencia fantástica, en la cual pasaban ante mis ojos caras de amigos de Turin, episodios de novela, vistas de otros países y pensamientos vagos sobre la vida humana y sobre la inmortalidad del alma. Me contemplaba ya en la mesa redonda del hotel de Bizancio, res-

plandeciente de luces y cristales, que sin embargo veía lejanísima, más allá de una ciudad cien veces más grande que Stambul y ya cubierta por el velo de la noche.

Atravesé un barrio musulman, que por lo deshabitado me recordó el castillo de las Siete Torres, y entré en el vasto distrito de Psammattia, habitado por griegos y armenios, y también desierto.

Caminaba por interminables callejuelas tortuosas, contemplando á la derecha, entre casa y casa, la muralla de la ciudad, por entre cuyas almenas se distinguía el azul vivo del mar. Pasé bajo la puerta Psammattia y me encontré de nuevo en un barrio musulman: ajimeces con celosía, puertas cerradas, pequeñas mezquitas, verdes jardines, cisternas herbosas y fuentes solitarias. Atravesé el espacio que formó el antiguo Foro Boario, viendo siempre á la derecha muros y torres sin encontrar más que algun perro que se levantaba para verme pasar y algun pilluelo turco sentado en tierra, que me miraba fijamente pensando cualquier impertinencia. Alguna ventana se abría y cerraba presurosamente, dejando ver apenas la mano y el brazo de una mujer.

Rodeé el vasto jardín de Vlanga, que corona el antiguo puerto de Teodosio; distinguí vastos espacios con trazas de reciente incendio, el lugar

en que la ciudad parece que se confunde con la campiña, conventos de dervises, capillas griegas, misteriosas plazoletas á la sombra de grandes plátanos, bajo cuyas ramas sueña despierto tal cual viejo musulman con la boquilla del narguilé entre los dedos; sigo adelante, me detengo ante la puerta de pequeño Café para beber un vaso de agua, colocado en la ventana, como sirviendo de muestra emblemática á la tienda; llamo y nadie me responde.

Saliendo del barrio griego de Jeni-Kapú, entré en otro distrito musulman, vuelvo á caminar entre casuchas griegas y armenias del cuartel de Puerta Kum, acompañándome siempre de un lado las almenas de las murallas y el azul del mar, y no encontrando más que perros, mendigos, pilluelos..... En lo alto oí sonar la voz del *muezzin* que anunciaba el crepúsculo.

El ambiente se hacía oscuro y continuaban sucediéndose pequeñas casas, mezquitas, encrucijadas desiertas. El cansancio me rendía. Pensaba entrar en cualquier Café vecino y echarme sobre un divan, cuando al doblar una esquina surgió de improviso ante mi vista la mole enorme de Santa Sofía.

¡Oh vista querida! Las fuerzas me volvieron, mi pensamiento se serenó, aceleré el paso, llegué al puerto, pasé el puente; y hé aquí que ante la puerta iluminada del primer café de Ga-

lata, Yunk, Rosasco, Santoro, toda mi pequeña Italia vino á mi encuentro sonriente y con los brazos extendidos... y entonces lancé al aire uno de los más largos y fuertes suspiros que hayan salido jamás de los pulmones de un caballero particular.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

## EL ANTIGUO SERRALLO.

Como en Granada, antes de ver la Alhambra, así en Constantinopla parece que nada se ha visto hasta que se han traspuesto los muros del antiguo Serrallo. Mil veces al día, de todas partes de la ciudad y del mar, contéplase esta verde colina llena de encantos y promesas, que llama siempre la atención como cosa eternamente nueva, que atormenta la imaginación al modo de enigma, que se oculta entre intrincados pensamientos y acaba por decidimos á marchar antes del día fijado, con objeto de librarnos de un tormento, mejor que para procurarnos diversion.

No conozco otro rincón de tierra en toda Europa, cuyo solo nombre despierte en la imaginación más extraña confusión de imágenes risueñas ó terribles, acerca del cual se haya pensado tanto y escrito tanto y buscado adivinar tanto; que haya dado origen á tanta noticia vaga ó contradictoria; que sea todavía objeto de tan insaciable

®

curiosidad, de tantos juicios aventurados, de tantas invenciones maravillosas.

El frío se apodera de nuestro ánimo cuando ahora penetramos en él. Bien puedo asegurar que andando los siglos, cuando la dominación otomana no exista más que como una reminiscencia en Europa y esta bella colina contenga la populosa vida de una ciudad nueva, ningún viajero pasará por aquí sin contemplar con el pensamiento los antiguos kioscos imperiales, y sin pensar con envidia en la humanidad del siglo XIX, que ha encontrado todavía en aquel lugar la memoria viva del soberbio alcázar otomano.

¡Cuántos arqueólogos buscarán pacientemente la huella de una puerta ó de un muro en los patios del nuevo edificio, y cuántos poetas escribirán sus versos sobre los sillares repartidos en la ribera del mar!

Aunque trascurren muchos siglos, estas murallas serán religiosamente conservadas ó irán á visitarlas sábios, enamorados y artistas, y la vida fabulosa que llevaron sus moradores cuatrocientos años antes, se esparcirá en miríadas de volúmenes y de cuadros sobre toda la faz de la tierra.

No es ciertamente la belleza arquitectónica la que atrae sobre aquellos muros la curiosidad uni-

versal: el Serrallo no es un gran monumento artístico como la Alhambra. Solo el patio de los leones del palacio árabe, vale por todos los kioscos y todos los torreones del alcázar turco.

El mérito del Serrallo consiste en formar un gran monumento histórico que aclara é ilumina casi toda la vida de la dinastía otomana, que lleva escrita sobre las piedras de sus muros y sobre los troncos de sus árboles seculares toda la crónica más íntima y secreta del Imperio. No le falta sino la de los últimos treinta años y la de los dos siglos que precedieron á la conquista de Constantinopla. Desde Mahomet II que colocó sus cimientos, hasta Abdul-Mejid que la abandonó para ir á habitar el palacio de Dolma-Bagécé, pasaron veinticinco Sultanes.

Desde que la dinastía puso el pié, apenas conquistada, en su metrópoli europea, se eclipsó el astro de su fortuna y se inició su decadencia.

Era el Serrallo á un tiempo palacio, santuario y fortaleza; era el cerebro del Imperio y el corazón del islamismo; una gran ciudad dentro de la ciudad, una roca augusta y magnífica, habitada por un pueblo y custodiada por un ejército que abrazaba dentro de sus muros variedad infinita de edificios, lugares de delicia y lugares de horror, ciudad y campiña, palacio, arsenal, escuela, oficina y mezquita; donde alternaban las fiestas y los estragos, las ceremonias religiosas y

los amores, las solemnidades diplomáticas y las más exajeradas locuras; donde los Sultanes nacían, eran exaltados al trono, depuestos, encarcelados y destrozados; donde se urdía la trama de todas las conjuraciones y estallaba el grito de todas las rebeliones; donde afluía el oro y la sangre del Imperio todo; donde giraba eternamente la hoja de la espada inmensa que se cernía sobre la cabeza de cien pueblos; donde por espacio de tres siglos tuvo fija la mirada la inquieta Europa, el Asia rebelde, el África indomable, como humeante volcan que amenazara la tierra.

Este alcázar monstruoso está colocado en la colina más oriental de Stambul, que declina dulcemente hácia el mar de Mármara, hácia la embocadura del Bósforo y hácia el Cuerno de Oro, en el espacio antiguamente ocupado por la Acrópolis de Bizancio, entre la ciudad y un ala del gran palacio de los Emperadores.

Es ésta la más bella colina de Constantinopla y el promontorio más favorecido por la Naturaleza en toda la costa europea. Allí convergen como á su centro, dos mares y dos estrechos y allí termina el gran camino militar y mercantil de la Europa oriental. Los acueductos de los Emperadores bizantinos conducen hácia él torrentes de agua; la colina de Tracia le defiende de los vientos del Setentrion; el mar lo baña por tres de sus costados; Galata lo resguarda por la parte del

puerto; Scutari por la del Bósforo, y las grandes montañas de la Bitinia cierran ante ella, con sus nevadas cimas, los horizontes del Asia. Es un punto solitario colocado á la extremidad de la gran metrópoli, casi aislado, fuerte y bellissimo, que parece hecho por la Naturaleza para servir de pedestal á una grande monarquía y para proteger la misteriosa vida de delicias de un príncipe casi Dios.

Toda la colina está circundada en su base por un alto muro almenado, flanqueado por gruesas torres. Sobre la ribera del mar de Mármara y á lo largo del Cuerno de Oro, esta muralla forma la defensa externa de la ciudad; por la parte de tierra, sus muros levantados por Mahomet II—el cual separó la colina del Serrallo de la en que se alza la mezquita de Nuri-Osmanié—corren en ángulo recto hasta la Sublime Puerta, pasan ante Santa Sofía, y describiendo una grande curva, van á reunirse con los de Stambul sobre la ribera del mar. Tal es la línea externa del Serrallo.

El Serrallo, propiamente dicho, se extendía en este circuito, rodeado á su vez por altas murallas que forman como un gran reducto central de la gran fortaleza de la colina.

Pero sería ingrata tarea describir el Serrallo tal como al presente ha quedado. El camino de hierro pasa á través de la muralla externa; un terrible incendio, en 1865, destruyó muchos de

sus edificios; los jardines están en gran parte devastados de las construcciones que permanecieron de pie; varias cambiaron de forma y de uso; en fin, las menores alteraciones son tantas y tales, y el abandono en que se ha dejado todo de treinta años á esta parte ha cambiado de tal manera su aspecto, que no podría describirse el Serrallo fielmente sin que quedara defraudada la espectacion más modesta.

Preferible es para quien escribe y para el que lee recordar este Serrallo famoso tal cual era en los bellos tiempos de la grandeza otomana.

Entonces, quien podía abarcar con una mirada toda la colina, desde la almena de una torre ó de un minarete de la mezquita de Santa Sofia, gozaba de maravillosa vista.

En medio del azul vivo del mar del Bósforo y del puerto, dentro del gran semi-círculo blanco de las velas de la flota, se veía la vasta capa verde de la colina, circundada de muros y de torres, coronada de cañones y de centinelas. En medio de aquella verdura, que era una selva de árboles enormes, por entre los cuales blanqueaba un

laberinto de senderos y brillaban los colores de mil flores, se extendía el vasto rectángulo del edificio del Serrallo, dividido en tres grandes patios, ó mejor, en tres pequeñas ciudades fabricadas alrededor de tres plazas desiguales, de las que sobresalían multitud de tejados de colores, de azoteas cargadas de flores, de cúpulas doradas, de minaretes blancos, de cimas aéreas, de kioscos, de arcos de puertas monumentales, esmaltados de jardines y bosques y medio escondidos en la frondosidad.

Era una diminuta metrópoli blanca, brillante y desordenada, ligera como un campamento de tiendas, de la cual emanaba no sé qué de voluptuoso, de patriarcal y de guerrero; en una parte llena de gente y de vida, en otra solitaria y muda como una necrópolis; donde todo brilla á la luz del sol; donde inaccesible á toda mirada humana se sumerge en una sombra perpétua. Llena de mil contrastes de esplendor y de oscuridad, de colores fuertes y de tintas argentadas y azules, brilla en los mármoles de sus columnas y en las aguas de sus estanques, envuelta por nubes de golondrinas y de patomas.

Tal era el aspecto externo de la ciudad imperial, no muy vasta para quien la miraba desde lo alto, pero tan dividida, subdividida é intrincada por dentro, que los servidores que en ella vivían más de cincuenta años, no conocían todas sus ha-

bitaciones, y los genízaros que la invadían por tercera vez se perdían en ella.

La puerta principal era la de *Bab-Umairun* ó Puerta Augusta, que se abre sobre la plazoleta en que se levanta la fuente del Sultan Ahmed, junto á la mezquita de Santa Sofía. Es una inmensa puerta de mármol blanco y negro, decorada con ricos arabescos, sobre la que se apoya vastísimo edificio de ocho ventanas. Pertenece este monumento al estilo mixto árabe-pérsico, á que los turcos se manifestaron tan aficionados en los primeros treinta años de la conquista, antes de empezar la imitación del estilo de la arquitectura bizantina. En la clave del arco, en una cartela de mármol, se lee todavía la inscripción de Mahomet II:

«Alá conserve en lo eterno la gloria de su posesor.»

«Alá consolide su edificio.»

«Alá fortifique sus cimientos.»

Esta es la puerta, ante la cual venía todas las mañanas el pueblo de Stambul á informarse de qué grande del Estado ó de la corte había caído aquella noche la cabeza. Éstas, colgadas de un clavo, se colocaban en dos nichos que se conservan aún casi intactos á derecha é izquierda de la entrada; ó bien se exponían en una bandeja de

plata, al lado de la cual se pegaba en el muro la acusación y la sentencia.

Sobre la plaza, ante aquella puerta, se arrojaban los cadáveres de los condenados á la extrangulación. Allí se detenían también, aguardando la orden de entrar en el primer recinto del Serrallo, los destacamentos de ejércitos alejados que venían á traer los trofeos de la victoria, y amontonaban, ante el sόlio régio, armas, banderas y espléndidas divisas ensangrentadas. La puerta estaba custodiada por un grueso destacamento de nobles, hijos de Beies ó de Bajás, vestidos pomposamente, los cuales presenciaban desde lo alto de los muros y de las ventanas, la procesion continua de la gente que entraba y salía, ó tenían á raya con las largas cimitarras á la muchedumbre de los curiosos que venían allí para ver de pasada, ora por una ventana, ora subiéndose sobre un escalon, un trozo de patio, un pedazo de la segunda puerta, una vislumbre, en fin, por lo ménos, del régio alcázar, tan enorme como misterioso, perenne argumento de tantos deseos y tan perpétuos temores. Al pasar por aquí, el musulman devoto murmuraba una plegaria por su Sublime Señor; el jóven pobre y ambicioso, soñaba en el día en que hiciera bastantes méritos para ir á recibir la cola del caballo; la muchacha bella y recatada adivinaba como vaga esperanza la vida espléndida de la Cadina; los parientes de la vícti-

ma bajaban temblando la cabeza, y en toda la plaza reinaba un silencio severo, turbado tan solo tres veces al día por la sonora voz del *muezzin* de Santa Sofía.

Desde la puerta *Umaiun* se entraba en el patio llamado de los genízaros, que era el primer recinto del Serrallo.

Este gran patio está todavía circundado por edificios irregulares y sombreado por varios grupos de árboles, entre los que sobresale el plátano enorme de los genízaros, cuyo tronco no pueden abarcarlo diez hombres.

A la izquierda del que entra aparece la iglesia de Santa Irene, fundada por Constantino el Grande y convertida por los turcos en armería. Después viene el hospital del Serrallo, el edificio del Tesoro público, el almacén de naranjas, las caballerizas imperiales, las cocinas, cuarteles de *capigí*, la casa de moneda y las habitaciones de los altos funcionarios de la corte. Bajo el gran plátano se conservan todavía dos columnas de piedra, sobre las cuales se efectuaban las decapitaciones.

Era una especie de vestíbulo abierto, siempre lleno de gente, en el cual todo era confusión y movimiento; por allí pasaban todos los que debían ir al Diván ó ante el Gran Bajá.

Ciento cincuenta horneros y doscientos entre cocineros y pinches, se agitaban en las grandes cocinas preparando el refrigerio para la familia destinada á comer el pan y la sal del Gran Señor.

Por la parte opuesta se afanaba la guardia y los servidores por aparecer enfermos, á fin de gozar la vida descansada de los hospitales suntuosos, cuidados por veinte médicos y un ejército de esclavos.

Largas caravanas de mulos y de camellos entraban á llevar provisiones á la cocina, ó á conducir las armas de los ejércitos vencidos á la iglesia de Santa Irene, donde al lado del sable de Mahomet II brillaba la cimitarra de Scanderberg y el escudo de Tamerlan. Los recaudadores de contribuciones pasaban seguidos de esclavos cargados de riqueza en dirección á la tesorería, donde según decía Sokollí, gran Visir de Soliman el Grande, se hallaban depositadas suficientes riquezas para construir flotas con áncoras de plata y cordámen de seda.

Pasaban de cuando en cuando, conducidos por hermosos palafreneros búlgaros, los novecientos caballos de Murad IV, que tascaban frenos de pla-

ta maciza y comían en pesebres de igual metal.

Desde la mañana á la tarde era una romería continua de lucientes uniformes, entre los cuales destacaban los turbantes blancos de los genizaros, los grandes penachos de los *solak*, los cascos argentinos de los *peik*, guardias del Sultan vestidos con estrecha túnica de oro, los *zuluftá-baltagi*, al servicio de los oficiales de cámara con las trenzas de lana pendientes del morrion, los *kasseki*, con su baston emblemático en la mano; los *baltagi*, con la segur; los lacayos del gran Visir, con la fusta adornada de cadenillas de plata; los *bostangi*, guardias de los jardines, con sus grandes birretes purpurinos, y un conjunto variado de cien colores y de cien emblemas, de arqueros, de lanceros, de guardias del tesoro, de guardias *valerosas*, de guardias *temerarias*, de eunucos blancos y eunucos negros, de escuderos y pajes, hombres altos y poderosos de altivo aspecto, impregnado de la dignidad señorial de la córte, que llenaban el patio de perfumes.

Un reloj exactísimo regulaba los movimientos de aquel aparente desórden. Todo en aquel patio se movía como los autómatas guiados por una mano hábil. Al despuntar el día comparecían los treinta y dos *muezzin* de la córte, escojidos entre los cantores más dulces de Stambul, á anunciar el alba desde los alminares de la mezquita del Serrallo y se encontraban con los astrólogos y los as-

trónomos que descendían de la terraza, donde habían pasado la noche estudiando el firmamento para determinar las horas propicias para ocupaciones determinadas del Sultan. Poco despues, el primer médico entraba á buscar noticias de la salud del Gran Bajá; el ulema institutor iba á dar al augusto discípulo la enseñanza religiosa; el secretario privado á leerle las súplicas recibidas por la tarde; los profesores de artes y de ciencias pasaban al tercer patio á dar leccion á los pajes imperiales.

Cada cual á su hora, todos los personajes al servicio del Emperador, pasaban á recibir órdenes para el dia. El *bostangi-basci*, general de las guardias imperiales, gobernador del Serrallo y de las villas del Sultan esparcidas sobre las riberas del Bósforo y de la Propóntide, venía á informarse si al Gran Señor placía dar un paseo por mar, porque á él correspondía el gobierno del timon y á los *bostangi* el honor de los remos. Venía tambien á interrogar los caprichos del Sultan, el gran maestre de la caza, acompañado del gran halconero, cada cual al frente de los cazadores de halcones blancos y de los cazadores de buitres.

Venía á su vez el intendente general de la ciudad, seguido de una caterva de intendentes, de la cocina, del tesoro, uno tras otro, en un órden preestablecido, cada uno con su memorial, con su palabra preparada, con sus esclavos distintos con

vestimentas especiales. Más tarde, seguido de una turba de secretarios y de familiares, pasaba el Visir de la Cúpula para entrar en el Divan. Pasaban personajes á caballo, en coche, en litera, y descendían todos frente á la segunda puerta, que nadie podía pasar sino á pié.

Toda esta gente se reconocía, cargo por cargo, por las formas de los turbantes, por el corte de las mangas, por la calidad de las pieles, por los colores de los forros, por los ornamentos de las monturas y por la barba corrida ó el bigote solo. No podía darse confusión más grande en medio de mayor orden. Los *mustís* eran blancos, los visires se reconocían por el verde claro, los chambelanes por el escarlata; el azul oscuro distinguía á los seis primeros oficiales legislativos, los jefes de los emires y los jueces de la Meca, de Medina y de Constantinopla; los grandes *ulemas* iban vestidos de color violáceo; los *muderrí* y los *sceinitas* usaban el azul claro; el celeste clarísimo designaba á los *sciaú* feudatarios y á los *agás* de los visires; el verde oscuro, era privilegio de los *agás* imperiales y del portador del estandarte sagrado; los jefes de los escuderos del Sultan, vestían de verde pálido; los generales del ejército llevaban calzado rojo; los empleados de la Puerta, amarillos; los *ulemas* de azul turquí. A la escala de los colores, correspondía una gradación en la flexibilidad del espinazo.

El *bostangi-bascí*, jefe de la policía del Serrallo, comandante de un ejército de carceleros y de verdugos que esparcía el terror á su paso, atravesaba el patio entre dos filas de cabezas inclinadas hasta el suelo. Pasaba el jefe de los eunucos, gran mariscal de la corte interna y externa, y se inclinaban á su paso los cascots, los turbantes, los penachos, como impulsados por cien manos invisibles. El gran limosnero recibía al pasar mil obsequiosos saludos. En fin, todos aquellos que se hallan próximos al Sultan, como el jefe de los palafreneros que le llevaba el palafren, el primer camarero que llevaba las sandalias del Señor, el *Sílihdar-Agá*, que bruñía sus armas, el eunuco blanco que lamía el pavimento con la lengua antes de extender el tapiz en que el Sultan se sentaba, el paje que le escanciaba el agua para las abluciones, el que le presentaba el arcabuz para las cacerías, el que custodiaba sus turbantes, el que quitaba el polvo á los penachos y á los joyeles de los mismos, el que tenía cuidado de los trajes de zorra negra, todos pasaban en medio de especialísimas consideraciones, ora de respeto, ora de curiosidad.

Un murmullo de respeto y admiración precedía y acompañaba el paso del gran predicador de la corte y del gran maestro que arrojaba monedas al pueblo en las fiestas imperiales. Tras él iba aseteado por muchas miradas envidiosas el musulman

afortunado que cada diez días rasuraba la cabeza del Sultan de los Sultanes. La multitud se apiñaba con particular curiosidad ante el primer cirujano encargado de la circuncision de los príncipes, ante el primer oculista que preparaba el colirio para la pupila de las Cadinas y de las odaliscas, ante el gran maestro de las flores, abrumado por los caprichos de cien bellas que llevaba sobre el jái que su poético emblema ornado de rosas doradas; el primer cocinero recibía aduladores saludos; ceremoniosas sonrisas saludaban al guardia de los papagayos y de los ruiñeños, que podía atravesar el dintel de los kioscos más secretos.

Era una multitud infinita de personas dividida en una jerarquía minuciosa y graduada, gobernada por un ceremonial de cincuenta volúmenes, vestida de mil colores pintorescos, que circulaba por los vastos patios y era renovada á cada minuto.

De vez en cuando, atravesaba apresuradamente un mensajero y todas las cabezas se volvían. Era el visir *karakulak* mensajero entre el Sultan y el primer ministro que iba á dar una embajada secreta al Gran Visir; era un *capigi* que corría al palacio de un Bajá que caía en sospecha á llevarle la orden de presentarse inmediatamente al Divan; era el *portador de las buenas noticias* que venía á anunciar al Gran Bajá la feliz llegada de la grande caravana á la Meca. Otros mensajeros especiales entre el Sultan y los altos funcionarios del Es-

tado, distinguido cada cual con un título y reconocible por cualquier particularidad del vestido, aceleraban el paso saliendo por las dos puertas del patio.

Pasaban asimismo en direccion á la cocina pelotones de cafeteros cargados con sus artículos; grupos de cazadores imperiales cargados con doradas piezas; largas filas de moros con géneros distintos, precedidos por el gran mercader, proveedor del Sultan; escuadras de galeones conducidos por esclavos á los trabajos más fatigosos del Serrallo.

Después, cien individuos del batallon de la cocina, salían dos veces al día con objeto de llevar á la sombra de los plátanos ó bajo los pórticos ó á lo largo de los muros, pirámides enormes de arroz y carneros enteros asados; una turba de pajes y servidores acudía, dando al patio el animado aspecto de un banquete ofrecido al ejército.

Más tarde cambiaba la escena y se veía llegar una embajada extranjera en medio de *dos murallas de oro y de seda*. Allí, como escribía Soliman el Grande al Schá de Pérsia «*afuía todo el Universo.*» Los embajadores de Carlos V encontrábanse al lado de los embajadores de Francisco I; los enviados de Hungría, de Sérvia y de Polonia entraban junto con los representantes de las repúblicas de Génova y de Venecia. El pes-

*keschsbaci*, encargado de recibir los dones, salía al encuentro de las caravanas extranjeras hasta la frontera de *Bab-Umarín* y volvía luego, seguido de mil espectadores, conduciendo los elefantes que llevaban tronos de oro, gacelas gigantescas, jaulas de leones, caballos de la Tartaria, y caballos del desierto, vestidos de piel de tigre y cargados con escudos de huesos hechos de orejas de elefante; los enviados de Pérsia con jarrones de China; los mensajeros del Sultán de la India con cajas de oro llenas de piedras preciosas; los embajadores de los monarcas africanos con tapetes de pelo de camello sacados del vientre de las madres y bordados de plata y oro, que con su peso hacen encorvar la espalda de diez fornidos esclavos; los embajadores de los Estados del Norte seguidos de servidores cargados de preciosas armas. Entraban después de la guerra afortunada, para ser mostrados al Gran Bajá, generales cargados de cadenas y princesas prisioneras con los rostros tristes y velados, y grupos de eunucos de todas edades y todos colores, cojidos como botín de guerra, y ofrecidos como dones al príncipe vencedor.

Y en tanto, los oficiales del ejército triunfante se agolpaban á la puerta de la Tesorería, para deponer las riquezas tomadas en el saqueo; las perlas y los brocados cogidos á los persas, el oro y la pedería de los mamelucos de Egipto, la copa de oro con topacios de los Caballeros de Rodas, y frag-

mentos de las estátuas de Diana y de Apolo robadas en Grecia y Hungría, y llaves de ciudades y castillos.

Conducían otros al segundo patio á los jóvenes y á las muchachas arrebatadas en la isla de Lesbos. Toda la multitud de provisiones que venía al Serrallo de los puertos de Africa, de la Caramania, de la Morea y del mar Egeo, pasaba ó se detenía bajo aquellos muros, y un ejército de mayordomos y de secretarios estaban continuamente ocupados en registrar, en pagar, en recibir y en transmitir órdenes.

Los negociantes del bazar de esclavos de Brusca y de Trebisonda, se encontraban ante la segunda puerta esperando el turno de entrada junto á los poetas vencidos de Bagdad para recitar versos al Sultán. El gobernador caído en desgracia, llegaba para comprar su propia salvacion con una copa llena de monedas de oro, y esperaba junto á un Bajá venido á ofrecer su don al Gran Señor, y una bella vírgen de 13 años encontrada á duras penas después de muchos meses de pesquisas en Anatolia. Alrededor bullían gentes venidas de todos los confines de Imperio; familias llegadas de las provincias lejanas en busca de justicia, mujeres y jóvenes de la clase más ínfima de Stambul, que deseaban presentar sus quejas al Diván.

Y volviendo ya de la presencia de éste, seguidos de infinidad de curiosos, los embajadores de

las provincias rebeldes pasaban montados en asnos, con la barba cortada y una toca de mujer en la cabeza; y los insolentes de los principados asiáticos con la nariz cortada por la cimitarra de los *sciari*.

Pasaban también los oficiales del Estado que salían á escape para llevar á algun gobernador lejano un regalo precioso, don del Gran Visir, que escondía su sentencia de muerte; veíanse cruzar las caras alegres de los ambiciosos que, á fuerza de intrigas, habían obtenido algun destino, y los semblantes pálidos de los que habían sentido en el Divan la sorda amenaza de una desgracia próxima; aparecían los *hatticherif*, inexorables como el destino, sobre la grupa de fogosos caballos que corrían trescientas millas para llevar la ruina y la muerte al palacio de algun Virey; los terribles emisarios de la corte, mandados para desmenuzar á los prisioneros ilustres en el subterráneo de las Siete Torres. Y con éstos se encontraban los Ulemas, los Beíes, los Molá, los Emires que acudían á la audiencia con la cabeza inclinada, con la vista baja, con las manos escondidas en las anchas mangas; el Visir, que tenía por obligación leer el Coran en sus pasajes de muerte cuando se trataba de auxiliar á alguien en su agonía; el Gran Visir déspota, espiado por el verdugo que llevaba preparado su testamento, para estar siempre dispuesto á morir. Y todos cruzaban á paso

lento, en silencio, ó hablando con voz sofocada un lenguaje circunspecto y correcto, propio del Serrallo; y se veía un continuo cambio de miradas graves y escrutadoras, y un posarse las manos en la frente y el pecho acompañado de gritos interrogantes, de un perpétuo crujido de capas y babuchas, y un sonar de cimitarras; algo, en fin, de no sé qué monacal y triste que contrastaba con la fiera guerrera de los rostros, con la pompa de los colores, con el esplendor de las armas.

En todos los ojos se leía un pensamiento, sobre todas las frentes se veía el terror infundido por un hombre que estaba sobre todos, que era dueño de todo, ante el cual todo se inclinaba, enmudecía, se aniquilaba, y parecía que todas las cosas reproducían su imagen y en todo rumor se escuchaba su nombre.

\*\*\*

Desde este patio se pasaba al segundo por la grande puerta de *Bab-el-Selam*, ó Puerta de la Salud, que se conserva todavía intacta en medio de dos gruesas torres, y no se traspone, ni aun al presente, sin un *firman*. Antiguamente, dos gran-

des parapetos la cerraban por la parte del primer patio y otros dos por la del segundo, de modo que cuando todo estaba cerrado quedaba dentro un calabozo oscuro donde un hombre podía ser asesinado secretamente. Bajo de él, estaba la celda del verdugo, la cual comunicaba con la sala del Divan por medio de un corredor sin luz. A la régia estancia iba el siniestro ejecutor de la justicia á esperar el fallo de los altos funcionarios caídos en desgracia, los cuales recibían en el mismo instante la sentencia y la muerte.

Otras veces, el gobernador ó el visir desgraciado, era llamado al Serrallo con un pretexto; venía, pasaba sin sospecha bajo la lúgubre muralla de la puerta, entraba en el Divan, era recibido con benévola sonrisa y con dulce severidad que no le amenazaba seguramente sino con un castigo lejano, y con el ánimo sereno volvía á pasar tranquilamente la puerta. Pero de improviso, sin ver á nadie, sentía una hoja de acero en los riñones ó un lazo en la garganta y sucumbía sin tener tiempo para resistir. Al grito del moribundo, cien rostros se volvían por un momento en los dos patios; despues todo volvía al lúgubre silencio del castillo.

La cabeza de la víctima era llevada á uno de los nichos de *Bab-Umaiún*; el cadáver á los cuervos de la playa de San Estéban; la noticia al Sultan, y todo había terminado. Todavía,

á la derecha, bajo la negra bóveda, se veía cierta puertecilla de hierro de los calabozos, á los cuales se arrojaba á las víctimas cuya sentencia no llegaba á tiempo para ser ejecutada, ó para prolongar la horrible agonía por un refinamiento de maldad, ó para esperar el destierro.

Saliendo del *Bab-el-Selam*, llegábase inmediatamente al segundo patio.

Empezábase á sentir aquí más viva el aura sacra del Señor *de los dos dos mares y de los dos mundos*; y quien penetraba por vez primera, se detenía involuntariamente á los primeros pasos, presa de un sentimiento de temor y de veneracion.

Era un vastísimo patio irregular, una sala desmesurada á cielo abierto, circundada de esbeltos edificios y de cúpulas doradas ó plateadas, llena de grupos de bellísimos árboles, y atravesada por dos caminos centrales flanqueados por gigantescos cipreses.

Alrededor corría hermosa galería formada por delicadas columnas de mármol blanco y cubierta por volado techo, revestido de plomo.

A la izquierda, entrando, estaba la sala del Divan, cubierta por una bóveda brillante; más allá, la sala de las grandes recepciones, delante de la cual, seis enormes columnas de mármol de

Mármara sostenían espacioso techo de faldones ondulados; bases, capiteles, muros, techos, puertas, arcos, todo estaba cincelado, esculpido, pintado, dorado, ligerísimo y esbelto como pabellon de seda salpicado de perlas y sombreado por grupo de inmensos plátanos.

En el otro lado estaban los archiveros, la sala donde se custodiaban los trajes de honor, los almacenes de los campamentos, la casa del grande eunuco negro y la cocina de la corte. Allí estaba el gran Intendente, más atareado que el propio Ministro de la Cúpula, que tenía á sus órdenes cincuenta subintendentes, á los cuales obedecía un ejército de cocineros y reposteros, ayudados en las grandes ocasiones por artistas hechos venir de todos lados del Imperio. Allí se hacía el almuerzo de los visires el día que les tocaba de Divan; allí se preparaban, con ocasion de la circuncision ó de las nupcias de los príncipes, los famosos *jardines* de pasta-flora, las cigüeñas, las girafas y los camellos de azúcar, los carneros asados que contenían dentro bandadas de pájaros. Todo esto era llevado con gran pompa á la plaza del Hipodromo; allí se repartían los infinitos géneros de dulces que iban á deleitar las innumerables bocas golosas del haren.

Junto á la cocina hormigneaban los ochocientos operarios encargados de levantar la tienda del Sultan y del haren en los jardines del Serrallo, ó

sobre la colina del Bósforo; y cuando no bastaban las tiendas de los vastísimos almacenes, se formaban pabellones con las velas de la flota y con cipreses enteros arrancados en los bosquecillos de las quintas imperiales.

La casa del grande eunuco, que estaba próxima, era pequeño palacio, entre el cual y el tercer patio, iba y venía interminable procesion continua de eunucos negros, de esclavos y de siervos.

A este patio llegaban los Embajadores antes de presentarse al Sultan. Entonces todo estaba colgado de paños bermejos; los muros relucían, el suelo estaba brillante como el piso de una sala. Doscientos genízaros, *spahí* y *silibdar*, que formaban la guardia del Divan, vestidos y armados como príncipes, descansaban á la sombra de los cipreses y los plátanos, y grupos de eunucos blancos y negros, lindos y perfumados, hacían centinela á las puertas.

Todo en este segundo patio anunciaba la proximidad al Gran Señor; las voces sonaban más quedas, los movimientos eran más mesurados; no se sentían las pisadas de los caballos ni el rumor de los trabajadores; los siervos y los soldados pasaban como sombras, y una especie de quietud de santuario reinaba en todo el recinto, no turbada sino por el estrépito fugaz de los pájaros que huían de los árboles, ó por el rumor sonoro de las puertas de hierro que cerraban los *capigí*.

De todos los edificios del patio, no visité sino la sala del Diván, la cual se conserva casi intacta, como cuando se celebraba el Consejo Supremo del Estado. Era una grande habitacion abovedada, rodeada en su parte alta por ventanas morunas y revestida de mármoles ornados con arabescos de oro, sin otros muebles que el divan en que se sentaban los miembros del Consejo. Sobre el sitio destinado al Gran Visir, existe todavía la ventana cerrada por celosía de madera dorada, desde la cual es fama que á contar de Soliman el Grande, todos los Sultanes asistían, ó se creía que asistían sin ser vistos, á la sesion; un corredor secreto conducía desde aquel punto ignorado á los departamentos imperiales del tercer patio.

En esta sala se reunía cinco veces por semana el Gran Consejo de Ministros, presidido por el Gran Visir. El aparato era solemne. El Gran Visir tomaba asiento frente á la puerta de entrada; junto á él, el Visir de la Cúpula, el Capudán-Bajá, Grande Almirante; los dos grandes jueces de Anatolia y de Rumelia, representantes de la magistratura de las grandes provincias de Asia y de Europa; á un lado el Tesorero del Imperio; al otro el *niscianchi* que ponía el sello del Sultan en los decretos. Despues, á derecha é izquierda,

dos grupos de ulemas y de chambelanes; en los ángulos, *sciara*, ordenanzas y ejecutores de suplicios, avezados á comprender cualquier seña y cualquier mirada.

Era un espectáculo ante el cual, el más valiente temblaba y el más inocente interrogaba tímidamente á su propia conciencia. Toda aquella gente estaba allí con el rostro impassible, con los brazos cruzados, con las manos ocultas. Una luz vaga que descendía de la bóveda, teñía de color de oro pálido los turbantes blancos, las caras graves, las luengas barbas inmóviles, las ricas vestiduras, los mangos cincelados de los puñales.

A primera vista el Consejo presentaba la apariencia muerta de un grande grupo de estatuas vestidas y pintadas. La alfombra apagaba el rumor de los pasos de los que éntaban y salían, el aire estaba saturado de perfumes, las marmóreas paredes reflejaban el verde de los árboles del jardín; el canto de los pájaros en los momentos de silencio resonaba bajo la bóveda cargada de oro: todo era dulce y gracioso en aquel tribunal tremendo. Las voces resonaban tranquilas y monótonas como el murmullo de un arroyo, sin que la acusacion ó la defensa que se pronunciaba se supiera de qué boca había salido. Cien grandes ojos escrutaban lo que pudiera esconder el semblante de uno solo.

Las miradas eran estudiadas, las palabras pen-

sadas, los pensamientos adivinados al más leve movimiento de las facciones. La sentencia de muerte surgía con una palabra, despues de largos diálogos, acogidos con el más tranquilo silencio; á veces surgía impensadamente una protesta de la víctima, encerrada en una palabra tremenda arrancada al alma en supremo instante; entonces, á una señal, la cimitarra caía sobre el cuello de la víctima y la sangre salpicaba las alfombras y los mármoles: agá de spahí y de genízaros caían acribillados á puñaladas; gobernadores y caimacanes, eran estrangulados por el lazo al cuello, saltándoles los ojos de las órbitas. Un minuto despues, los cadáveres aparecían á la sombra de los plátanos, cubiertos con paños verdes; la sangre era lavada, el aire perfumado, el verdugo al puesto y el Consejo reanudaba su interrumpida sesión con los rostros impasibles, con las manos escondidas, con la voz pesada y monótona bajo la vagaluz de las ventanas, que teñía de color de oro pálido los grandes turbantes y las luengas barbas.

¡Y qué estremecimientos los de aquellos fieros jueces cuando Murad IV ó el segundo Selim, descontentos del Divan, hacían temblar con puño de hierro la celosía dorada de la imperial tribunal.

Entonces, despues de largo silencio y consultarse con los ojos, y la vista fija, reanudábase la sesión con los rostros impasibles y las voces solemnes, pero las manos crispadas y heladas tem-

blaban largo rato ocultas en las mangas y las almas se encomendaban devotamente á Dios.

En el fondo de este segundo patio, que era en cierto modo el recinto diplomático del Serrallo, se abría la tercera gran puerta, flanqueada por columnas de mármol y cubierta por un gran techo, frente á la cual estaba de guardia noche y dia un destacamento de eunucos blancos y un peloton de *capigis*, armados con sables y puñales.

Era esta la famosa *Bab-Seadet* ó Puerta de la Felicidad, que conducía al tercer recinto; la puerta sagrada que permaneció cerrada por espacio de cuatro siglos á todos los cristianos que no se presentasen en nombre de un rey ó de un pueblo; la puerta misteriosa, á la cual llamó en vano la curiosidad suplicante de mil viajeros poderosos é ilustres; la puerta por la que salieron y se esparcieron por el mundo tanta gentil mentira y tantas leyendas de dolores, tantos fantasmas de bellezas y de placeres, tantas revelaciones vagas de secretos, de amores y de sangre, y un áura infinita de poesía voluptuosa y terrible; la puerta solemne del santuario del Rey de los Reyes, que el pueblo nombraba con sentimiento secreto de pavor como la puerta de hechizado recinto, entrando por la cual una criatura profana debía

quedar petrificada ó ver cosas que el lenguaje humano no podía describir; la puerta ante la que aun ahora, el viajero de imaginacion más tranquila se detiene titubeando y mira con cierto estupor la sombra de su sombrero de copa alta que se alarga en las hojas cerradas.

Y sin embargo, tambien ante allí llegó el grito mugidor de la rebelion soldadesca. Puede decirse que aquel ángulo del gran patio comprendido entre la sala del Divan y la puerta Seadet, es el punto del Serrallo donde los rebeldes cometieron los actos más temerarios y sanguinarios.

El Gran Señor gobernaba con la espada y la espada dictaba las leyes. El despotismo que defendía el acceso al Gran Serrallo, era el mismo que violaba los lugares más secretos. ¡Entonces se veía sobre qué frágil pedestal estaba colocado el amenazador coloso!

Hordas armadas de genizaros y de *spahís* rompían á fuerza de golpes las puertas de los dos primeros recintos, é invadían el tercero, agitando en la punta de una pica la súplica que demandaba la cabeza del Visir, y sus gritos de muerte resonaban dentro de los muros inviolables, en el recinto de los Soberanos, donde todo era confusion y espanto. En vano desde lo alto de las murallas

se arrojaban sacos de monedas de oro y plata; en vano los muftís, los ulemas, los sceines y los grandes de la corte, razonaban, rogaban, tentaban dulcemente aplacar el brazo convulso de la ira; en vano la Sultana favorita, pálida, mostraba tras la celosía al pequeño hijo inocente. El monstruo de las mil cabezas, desencadenado y ciego, quería su presa, la víctima viva, la carne para destrozarse, la sangre para verter, la cabeza para colocarla sobre la pica. Los Sultanes se asomaban por las almenas, se arriesgaban hasta las barricadas de la puerta en medio de los eunucos y los pajes trémulos, armados de inútiles puñales. Disputábanse las cabezas una á una, prometían, cedían, pedían gracia en nombre de su madre, de sus propios hijos, del Profeta, de la gloria del Imperio, de la paz del mundo. Una confusion de amenazas é insultos y un agitar vertiginoso de puñales y cimitarras, respondía á sus imponentes gritos.

Y entonces por la Puerta de la Felicidad salían uno á uno, temblando, y caían en medio de las fieras sedientas de sangre, los tesoreros, visires, eunucos, favoritas y generales, y uno tras otro caían acribillados por mil heridas y pisoteados por mil piés. Así Murad III arrojaba á Mehemmed, su halconero favorito, que era destrozado ante sus ojos; así Mahomet III arrojaba á Kialaragá Otman y al jefe de los eunucos blancos,

Jaznéfer, y se veía obligado á saludar á la soldadesca ante los dos cadáveres ensangrentados; así Murad IV arrojaba sollozando al gran visir Hafiz, al cual diez y siete puñales destrozaban el pecho y el cuello; así Selim III lanzaba las cabezas de los miembros del Divan, y mientras el Sultan volvía gimiendo á su estancia, traspasado el pecho de dolor y de vergüenza, mil grupos de rebeldes corrían por las calles de Stambul paseando en triunfo los cadáveres en medio de la embriagada multitud.

La Puerta de la Felicidad formaba, como la Bab-el-Selam, una larga galería que comunicaba directamente con el secreto recinto que encerraba al *hermano del Sol*.

Para dar una idea viva del lugar, era preciso que mi palabra fuera acompañada de extraña música, llena de sorpresas y de caprichos. Era una pequeña ciudad fantástica, un gracioso desorden de arquitectura misteriosa y original, surgiendo de un bosque de cipreses y de plátanos desmesurados, que extendían sus ramas sobre la cabeza y cubrían con su sombra inescrutable labe-

rinto de jardines llenos de rosas y de verberna, de plazoletas circundadas de pórticos, de parques rodeados de kioscos y de pabellones chinoscos, de lagos rodeados de mirtos que reflejaban pequeñas mezquitas blanquísimas y cúpulas argentinas de edificios de forma de templetes, agrnpados en larga galería cubierta, sostenida por ligeras columnas, y techos de madera pintados y esculpídos que se levantaban sobre pórticos cubiertos de arabescos y sobre escaleras externas que conducían á las azoteas cerradas por graciosas barandas; y por todas partes las perspectivas oscuras, en medio de las cuales blanqueaban las fuentes de mármol y aparecían tras la frondosidad, arcos y columnatas de otros kioscos; y por todos lados, entre el verde de los pinos y de los sicomoros, vistas lejanas é inmensas del mar de Mármara, de las dos riberas del Bósforo, del puerto y de Stambul.

¡Y sobre este paraíso, aquel cielo!

Era bella y pequeña ciudad sepultada en enorme monton de verdura, construida poco á poco, sin plan preconcebido, según los deseos ó los caprichos del momento; pomposa y frágil como de aparato teatral, toda secretos y escondrijos pueriles; que lo veía todo y era invisible; que rebosaba de gente y permanecía solitaria, como si reinase todavía el espíritu pastoral y contemplativo de los antiguos príncipes otomanos; cam-

pamento de piedra que aún recordaba tras su fausto, algo de las tribus primitivas y errantes de la Tartaria; gran palacio desparramado, compuesto de cien pequeños palacios levantados, uno junto al otro, del cual emanaba al propio tiempo la humedad de las cárceles, la austeridad de los templos y la alegría del campo; espectáculo lleno de ostentación augusta y de ingenuidad bárbara, ante el cual el recién llegado se preguntaba en qué siglo vivía y á qué mundo había sido conducido.

Esto era el corazón del Serrallo, del cual partían todas las venas de la monarquía y al cual llegaban todas las arterias del Imperio.

\*  
\*  
\*

El primer edificio que se encontraba al entrar era el de la sala del trono, que todavía existe y puede visitarse. Consiste en pequeño cuerpo cuadrado, á cuyo alrededor corre bello pórtico de mármol, y dá acceso á él, alta y riquísima puerta abierta entre dos pintorescas fuentes. La sala está cubierta por amplia bóveda decorada con dorados arabescos, las paredes revestidas de mármol con

incrustaciones de porcelana combinadas en figuras simétricas; en el centro surge una fuente de mármol. La luz penetra por las altas ventanas, á través de cristales de colores, y en el fondo existe el trono de forma de gran lecho, cubierto por un pabellon bordado de perlas, que se apoya en cuatro altas y sólidas columnas doradas, ornadas de arabescos y de piedras preciosas, y coronado por cuatro bolas de oro con cuatro medias lunas, de las cuales cuelgan las colas de caballo, emblema de la pujanza militar de los Sultanes.

Allí recibía solemnemente el Gran Señor, en presencia de toda la corte; allí iban á arrodillarse á sus piés sus hermanos y sus sobrinos, que eran asesinados para asegurar su reino de conspiraciones y traiciones. Apenas entré, recordé involuntariamente á los diez y nueve hermanos de Mahomet III, que habían recibido su sentencia de muerte en el fondo de sus prisiones al estampido del cañon que anunciaba al Asia y á Europa la muerte de su padre. Los mudos de Serrallo amontonaron aquellos cadáveres ante el trono. Los había de todas las edades, desde la infancia á la edad madura, unos encima de otros, con los ojos fuera de las órbitas, con la huella de la mano homicida sobre la cara ó el cuello; la pequeña cabeza blonda de los niños apoyada sobre el robusto pecho de los adolescentes; las cabezas canosas y ve-

nerables aplastadas contra el pavimento á los piés de los hermanos de diez años; restos de los trajes de los prisioneros esparcidos sobre los rígidos miembros y los rostros deformes. Gotas de sangre salpicaban los arabescos de oro y las pintadas porcelanas, que contemplaron la cólera formidable de Selim II, de Murad IV, de Ahmed I y de Ibrahim, mudos espectadores de la más desesperada agonía.

¡Qué contracción de los músculos de los visires bajo el pié del verdugo que destrozara su cráneo contra el mármol de la fuente! ¡Qué horribles gestos los de las cabezas de los gobernadores traídos de la Siria ó del Egipto, colgadas de la montura de un *ayá!* El que allí penetraba con la conciencia mal segura, volvíase hácia la puerta para dar el último adios al claro cielo y á las risueñas colinas del Asia; el que conseguía salir salvo, miraba al sol con la misma ternura que el enfermo vuelto á la vida.

No es el pabellon del trono el único que puede visitarse. Saliendo de él, se pasa por varios jardines y patios, circundados por pequeños edificios y arcos moriscos sostenidos por columnatas de mármol.

Allí estaban los pajes reunidos en un co-

legio, en el que eran instruidos para ocupar poco despues los altos cargos del Imperio y de la corte, y tenían habitaciones suntuosas para su recreo y criados y maestros escogidos entre los hombres más doctos del Estado. En medio de estos edificios se alzaba una fila de graciosos kioscos sarracenos con peristilos abiertos, en los cuales estaba instalada la biblioteca, admirable, principalmente, por su gran puerta de bronce ornada de relieves de jaspe y de lápiz-lázuli, y cubierta con cincelados prodigiosos de arabesco, de estrellas, de hojas, de figuras de todas formas, delicadísimas é intrincadas, que no parecían obra humana. A poco espacio de la biblioteca, se alzaba el pabellon del tesoro imperial, todo revestido de porcelana, donde estaban encerradas riquezas inmensas, compuestas en gran parte de armas conquistadas y regaladas al Sultan, ó dejadas como recuerdo en el testamento de los Sultanes muertos. Mahmud II, que era excelente calígrafo, dejó su tintero de oro salpicado de diamantes. Una buena parte de este tesoro pasó, cambiado en oro, á las cajas del Erario.

Pero en los buenos tiempos de la monarquía, el pabellon estaba centelleante con profusion de cimitarras damasquinas, cuyas empuñaduras parecían nudos de perlas y piedras preciosas; con pistolas enormes, adornadas de doscientos diamantes en las culatas; con puñales que valían la

renta anual de una provincia asiática; con mazas de plata maciza y acero, formada la cabeza de un solo trozo de cristal tallado, junto á los penachos y joyas de Murad y de Mahomet, á las tazas de ágata, en las que se había escanciado el vino de Hungría en los banquetes imperiales, á las copas labradas en una sola turquesa, que pertenecieran á los reyes persas y de Timur, á los collares ornados de diamantes del tamaño de nueces de la Caramania, á los cinturones cuajados de perlas, á las monturas cubiertas de oro, á los tapices resplandecientes de piedras preciosas: por cuyos múltiples reflejos la sala parecía ardiente y ofuscaba á un mismo tiempo la razón y la vista.

Más allá del pabellon del tesoro, se percibe aún, en medio de solitario jardín, aquella famosa *jáula de los pájaros*, en la que desde Mahomet IV en adelante se encerraba á los Príncipes de la sangre que hacían sombra al Sultán, y en aquel sepulcro de vivos esperaban que la gritería de los genizaros les llamasen al trono, ó que viniera el verdugo á despedazarlos. Es un edificio de la forma de templo, de gruesas murallas, sin ventanas, que recibe la luz desde lo alto y está cerrado por pequeña puerta de hierro, contra la cual se apoyaba fuerte barrote.

Allí fué encerrado Abdul-Azís durante los pocos días que trasecurrieron desde su caída del trono hasta su muerte. Allí dió fin la horrible

y miserable vida del Calígula de los otomanos. Ibraim y su imágen es la primera que del fondo de aquella necrópolis de vivos, surge ante la vista del visitante extranjero. Los *agás* militares le habían arrojado del trono y encerrado, como un miserable, en la prision. Allí permaneció encerrado con dos de sus odaliscas predilectas. Tras el ímpetu primero de la desesperacion, se había resignado.—Esto—decía—estaba escrito en mi frente; era la órden de Dios.

De todo su Imperio y del inmenso haren en el que había gozado por espacio de nueve años, no le quedaba sino una cárcel, dos esclavas y el Corán. Pero creíase seguro de la vida y vivía tranquilamente, animado aún por un rayo de esperanza: sus partidarios de las tabernas y de los garitos de Stambul, pensaban en sério cambiar su suerte. Pero él había olvidado la sentencia del Corán: «Si hay dos Califas, matad uno.» Y el muftí, interrogado por agás y visires, se había acordado del precepto. Su último día le aguardaba sobre una estera en un ángulo de su tumba; leía el Corán á sus dos esclavas, de pié ante él con los brazos cruzados sobre el pecho. Estaba vestido con traje negro, ceñido por una faja, y con un gorro de lana encarnada. Un rayo de luz pálida, que descendía de la bóveda, iluminaba su rostro, descompuesto y cadavérico, pero sereno. De pronto, escuchó extraño rumor y se puso

de pié; la puerta permanecía abierta, y un grupo de figuras siniestras ocupaba el dintel. Comprendió; alzó los ojos á una tribuna con celosía que se abría en lo alto de la pared, y á través de ella distinguió el rostro impasible del muftí, de los agás y del visir, en cuyos ojos parecía escrita su sentencia. El terror se apoderó de él, y una ola de palabras suplicantes salió de sus lábios:

—¡Piedad de mí! ¡Piedad del Sultan! ¡Hacedme gracia de la vida! ¡Si hay alguno entre vosotros que haya comido mi pan, que me socorra en nombre de Dios! ¡Tú, muftí Abdul-rahim, suspende lo que está por hacer! ¡Todos los hombres están ciegos é insensatos? Ahora te lo digo: Jusuff-Bajá me había aconsejado hacerte morir como traidor, y yo no quise ¡y tú ahora quieres mi muerte! ¡Leed el Coran como yo; leed la palabra de Dios que condena la ingratitude y la injusticia! ¡Déjame la vida, Abdul-rahim; la vida, solo la vida!

El verdugo, temblando, alzó los ojos á la tribuna; pero una voz seca que salió de entre aquellos rostros, inmóviles como estatuas, repuso:

—¡Kara-ali, ejecuta!— El verdugo puso su mano sobre la espalda de Ibrahim. Este lanzó un grito y se refugió corriendo en un ángulo, entre las dos esclavas. Entonces Kara-ali y sus ayudantes le cercaron, tiraron por el suelo á las dos mujeres, y se precipitaron sobre su víctima. Oyéronse maldiciones y blasfemias; el rumor de un cuer-

po que se descoyunta; un agudo grito que terminó en sordo ronquido, y despues profundo silencio.

Un ligero cordon de seda arrojó en la eternidad al décim onono Gran Señor de la dinastía de los osmanlí.

Otros edificios, además de los descritos, que pertenecen al haren, estaban esparcidos aquí y allá en medio á los jardines y á los bosquecillos.

Allí estaba el baño de Selim II, que comprendía treinta y dos vastísimas salas decoradas con mármoles, oro y pinturas; allí estaban los kioscos octógonos ó redondos cubiertos por cúpulas y techos de todas las formas, que cubrían salas revestidas de nácar, y decoradas con inscripciones árabes, de cuyas ventanas pendían jaulas de ruiseñores y papagayos, y á través de cuyos vidrios de colores penetraba dulcísima claridad azul ó rosada; kioscos á los que iba el Gran Bajá á escuchar la lectura de *Las mil y una noches* por los ancianos dervises; otros, en los que se daba solemnemente la primera leccion de lectura á los príncipes; kioscos más reducidos para la meditación; pabelloncitos para citas nocturnas; nidos y prisiones esbeltas levantadas y adornadas por un capricho, que gozaban la vista de Scutari, bronceada por el sol poniente, y por la luna que se ele-

vaba y las caricias perpétuas de las brisas del Bósforo, llenos de fragancia, que hacían temblar la media luna de oro sobre el extremo de su lanza sutil. Y por fin, en la parte más escondida del haren, el templete de las reliquias, ó *cámara de la noble vestidura*, imitación de la sala áurea de los emperadores bizantinos, cerrada por magnífica plateada puerta; en ella se conservaba la capa del Profeta, descubierta solemnemente una vez al año, en presencia de toda la córte; su baston, el arco encerrado en vaina de plata; la reliquia de la Kaaba y el venerado y tremendo estandarte de la guerra santa, cubierto por cuarenta envolturas de seda, que hubiera dejado muerto, como de un rayo, al infiel que en él hubiera fijado su vista.

Todo lo más sagrado de la raza; lo más precioso del Imperio; de más distinguido y secreto en la dinastía, estaba recogido en aquel recinto oscuro y secreto, en aquella pequeña ciudad oculta, hácia la cual parecía que convergían de todas partes á la metrópoli inmensa, como innumerable muchedumbre que quisiera postrarse y adorarla.

Y en un ángulo de este tercer recinto, á la izquierda del que entraba, á la sombra de los árbo-

les más espesos, entre el murmullo de las fuentes y el trinar de los pájaros, se levantaba el haren, que era una especie de barrio separado de la imperial residencia y se componía de infinidad de pequeños edificios blancos, cubiertos por cúpulas de plomo, sombreado por los naranjos y los pinos, separados por jardinillos rodeados de muros revestidos de yedra y madreselva, en medio de los cuales serpenteaban senderos sembrados de conchas pequeñas, formando graciosos mosaicos, que se perdían entre los rosales, ébanos y mirtos. Todo era diminuto, todo cerrado, dividido y subdividido; los balcones cubiertos, las ventanas con celosías, las galerías ocultas tras de cortinas de color rosa, los vidrios pintados, ferradas las puertas, los senderos sin salida; y en todas partes suave y dulce luz crepuscular, frescura de campiña, aire de misterio y de paz que incitaba á los sueños más hermosos.

Allí vivía, amaba, languidecía y servía, renovándose continuamente, la gran familia femenina del Serrallo. Era un vasto monasterio que tenía por religion el placer y por Dios el Sultan.

Allí estaban los departamentos imperiales. Allí residían las cuatro cadinas, amantes tituladas del Gran Señor; cada una de las cuales tenía su kiosco, su pequeña córte, sus altos funcionarios, su góndola forrada de raso, su carroza dorada, sus eunucos, sus esclavas y su *dinero de las*

*pantufas*, que era la renta de una provincia.

Allí habitaba la Sultana Madre con su innumerable cortejo de *ustá*, dividido en compañías de veinte ó treinta, cada una destinada á un servicio especial. Allí estaba toda la familia del Gran Bajá, tíos, hermanos, hijos, sobrinos, que formaban una corte dentro de la corte con los príncipes pequeños y adolescentes.

Allí se reunían las *gueduelá*, cuyos doce más bellos miembros servían cada una con un título y una misión especial á la persona del Sultan; cien *chiagird* ó novicias que pasaban el aprendizaje para ocupar los puestos vacantes de las *ustá*, y un hormiguero de esclavas de todos países, de todos colores, de todas clases, escogidas entre mil, que llenaban aquel enorme *gineceo*, compartido como una colmena en celdas innumerables, de un álito de juventud poderosa, de un perfume cálido de voluptuosidad africana y asiática que subía á la cabeza de la divinidad y se repartía despues, transformado en pasiones formidables sobre toda la faz del Imperio.

¡Cuántos recuerdos conservan los árboles de aquel jardín y las blancas paredes de aquellos kioscos! ¡Cuánta bella muchacha del Cáucaso y del Archipiélago, de las montañas de la Albania

y la Etiopía, del desierto y del mar, musulmanas, nazarenas, idólatras, conquistadas por los bajás, compradas por los mercaderes, regaladas por los príncipes, robadas por los corsarios, pasaron como sombras bajo aquellas cupulillas argentinas! ¡Cuántas veces han presenciado estos muros las locuras cometidas, con la cabeza coronada de flores y la barba sembrada de piedras preciosas, á Ibrahim I, que hacía encarecer las esclavas en todos los mercados del Asia y duplicar el precio de los perfumes de la Arabia! ¡Cuántas asistieron á las fúrias de la sensualidad morbosa del tercer Murad, padre de cien hijos! ¡Cuántas vieron á Murad IV decrepito á los treinta y un años, entrar vacilante en los infames lugares testigos de las orgías y de los delirios del segundo Selim!

Por estos senderos pasaban durante la noche, ébrios de vino y de lujuria, aquellos feroces disolutos, cuyas madres, visires y bajás ofreciéndoles esclavas y más esclavas, no hacían sino exacerbar sus deseos; por allí corrían de kiosco en kiosco, buscando la voluptuosidad y no encontrando sino la convulsion nerviosa, hasta que la fantasía extraviada les arrojaba rabiosos fuera del alcázar, á buscar los restos de las bellezas famosas dentro de los melancólicos muros de Esqui-Serañ. Allí se celebraban aquellas extrañas fiestas nocturnas en que, sobre las cúpulas, sobre los techos y sobre los árboles se dibujaban con rasgos

de fuego las naves de la flota, y millares de vasos de flores iluminados por mil llamas reflejadas en innumerables espejos, presentaban la imagen de ardiente vasto jardín, en donde centenares de hermosas se agrupaban en torno del bazar, repleto de tesoros, y los eunucos llevaban jadeantes en sus brazos á las esclavas semi-desnudas, abandonadas al torbellino del baile desenfrenado, en medio del humo de mil pebeteros, que el viento del mar Negro esparcía por todo el Serrallo al propio tiempo que el rumor de una música bárbara y guerrera.

Resucitemos aquella vida en una bella mañana de Abril, bajo el reinado del Gran Soliman ó de Ahmed III.

El cielo está sereno; el aire saturado de fragancias primaverales; el jardín cubierto de flores.

Entre el laberinto de los senderos, todavía húmedos por el rocío, discurren reposando, eunucos negros, vestidos con túnicas doradas, y pasan las esclavas, con vestidos de abigarrados colores, conduciendo bandejas cubiertas con velos verdes, entre los kioscos y las cocinas.

Las *ustá* de la Sultana Validé se encuentran bajo los pequeños pórticos moriscos con las *gueduclá* del Sultan que pasan altaneras seguidas de

las esclavas novicias cargadas con la ropa blanca imperial.

Todas las miradas se dirigen á un punto: sale por una pequeña puerta y aparece en una escalerilla la más joven de las doce *gueduclá* privilegiadas, la copera, una muchacha asiria bendecida por Alá, que gustó al Gran Señor, el cual le ha concedido el título de *hija de la felicidad* y le impondrá el traje de marta de la Siberia, apenas dé indicios de ser madre.

A lo lejos, á la sombra de los plátanos, juegan los bufones del Sultan, vestidos de arlequinescos trajes con los enanos cuya cabeza aparece cubierta por desproporcionados turbantes. Algo más allá, junto á los setos, un gigantesco eunuco, haciendo señas casi imperceptibles de manos y cabeza, ordena á cinco mudos ejecutores de suplicios que se reúnan á Kislár-Agá que les busca para un negocio secreto. Jóvenes de una belleza ambigua vestidos con coquetería femenil se persiguen corriendo entre los setos del jardín, sombreado por un enorme plátano. En otro lado, un escuadrón de esclavas se detiene de improviso y se divide en dos alas, inclinándose para dejar pasar á la *Kiaya*, gran gobernadora del haren, la cual devuelve el respetuoso saludo con un movimiento de su bastón, adornado con chapas de plata y que lleva á uno de sus extremos el sello imperial.

Al mismo tiempo, se abre la puerta de un

kiosco vecino y aparece una cadina en traje celeste, envuelta en fino velo blanco, seguida de dos esclavas: vá, con permiso de la gobernadora obtenido el día antes, á jugar al globo volante con otra cadina, y al volver una senda umbrosa, se encuentra y saluda cariñosamente á una hermana del Sultan, que se dirige al baño con sus niñas y sus criadas.

En el límite de la senda, ante el kiosco de otra cadina y bajo graciosa techumbre sostenida por cuatro columnas altas y esbeltas como troncos de palmera, un eunuco espera la seña para hacer pasar á una hebrea portadora de joyas, que después de muchas intrigas ha obtenido el derecho de penetrar en el haren, llevando al propio tiempo que joyas, embajadas secretas de los bajás ambiciosos y de los amantes temerarios.

Al extremo opuesto del haren, la *hanum* encargada de visitar las esclavas nuevas, vá en busca de la gobernadora, para anunciarle que la joven abisinia presentada la víspera, le parece digna de figurar entre las *gueduclá*, si no se fija la atención en una pequeña excrecencia que tiene en el costado izquierdo.

Entretanto en el parquecillo rodeado de mirtos, junto á un alto encanizado, se agrupaban las veinte nodrizas de los príncipes nacidos en el año y un grupo de esclavas tañía las flautas y las cítaras en medio de animado corro de niños ves-

tidos de terciopelo celeste y de raso rojo, á quienes la Sultana madre arrojaba golosinas desde lo alto de la azotea.

Pasaba el maestro que se dirigía á dar lecciones de danza, de música y de bordados á las *chigüird*; los eunucos que llevaban grandes platos llenos de dulces en forma de leones ó de pájaros; esclavas que conducían enormes jarros de flores y pesados tapetes; presentes de una Sultana á una cadina, de una cadina á la Sultana favorita, de ésta á sus parientes.

La tesorera del haren, acompañada de tres esclavas, llega con una novedad impresa en el rostro: el buque imperial mandado al encuentro de las galeras venecianas y genovesas, ha sido abordado por éstas á veinte millas del puerto de Sira y han acaparado toda la seda y todo el terciopelo encargado para el haren del Gran Bajá. Llega corriendo el eunuco para anunciar á una Sultana temblorosa, que la circuncision del niño ha salido de una manera admirable, y poco después otros dos eunucos se aparecen presentando uno á la madre en fuente de plata la parte amputada por el cirujano, y el otro, en un plato de oro, lleva el cuchillo ensangrentado á la Sultana Validé.

Nótase un continuo abrir y cerrar de puertas y levantar y caer cortinas para dejar pasar noticias, embajadas, regalos y fruslerías.

Quien desde lo alto pudiera penetrar con la

mirada los techos y las cúpulas, vería en lujoso salón una Sultana asomada al ajimez, que mira melancólicamente á través de las cortinas de raso las azuladas montañas del Asia, pensando acaso en su esposo, hermoso bajá, gobernador de lejana provincia, de brazos del cual había sido arrancada según la costumbre, después de seis meses de amores, porque no tuvo hijos. En otra habitación revestida de mármoles y espejos, una cadina de quince años, que espera durante aquel día una visita del Bajá, y canta infantilmente en medio de un grupo de esclavas que la perfuman y la llenan de flores, poniendo en relieve sus más secretas bellezas con actos serviles de admiración y de alegría.

Hubiéranse visto Sultanas jovencillas que discurrían por los jardincitos cercados, en torno á las piscinas llenas de peces dorados, haciendo crujir las conchas de las sendas bajo sus finas babuchas de raso blanco; otras pálidas sentadas en el fondo de estancias oscuras en actitud de meditar su venganza; comedores tapizados de brocado, donde los niños condenados á muerte desde su nacimiento, se agitaban en los almohadones de raso bordado de oro, bajo las mesas de nácar; bellas princesas desnudas en los baños de mármol de Páros; *gueductú* adormecidas sobre los tapices; grupos de esclavas y de eunucos que iban y venían por la galería cubierta, por la escalerilla oculta,

por los vestíbulos y por los semi-oscuros corredores; y por todas partes, rostros curiosos tras de las celosías, mudos saludos cambiados desde las azoteas á los jardines, señas furtivas tras las cortinas, diálogos monosilábicos entre escalon y escalon, rumor de vez en cuando de risas sonoras y comprimidas, seguidas de rápidos pasos de personas que huían á lo largo de los muros claustrales.

Mas no solo se cruzaban intrigas amorosas y juegos pueriles en aquel laberinto de jardines y de templetes. La política se infiltraba por los resquicios de todas las puertas y por los orificios de todas las celosías: la potencia de los ojos bellos sobre los negocios del Estado, no era allí menor que en los palacios del Occidente; aquella vida monótona y reclusa acrecía la intensidad de los celos y de las ambiciones. Aquellas cabezas cubiertas de piedras preciosas, agitaban desde las pequeñas cárceles perfumadas, la córte, el Divan, el Serrallo entero.

Por medio de los eunucos, comunicábanse con el muftí, con el visir ó con el agá de los genízaros. Por los administradores de sus bienes, con los cuales podían conferenciar á través de una cortina ó de una celosía sobre sus propios intereses, eran puestas al corriente hasta de los insignifi-

cantes acontecimientos del palacio y de la Metrópoli; sabían el peligro de que estaban amenazadas; conocían los hombres de Estado de los que debían temer ó de los que podían esperar, y ordenaban pacientemente las conjuraciones misteriosas que precipitaban á los enemigos y levantaban á los protegidos.

Todos los partidos de la corte y del Imperio, tenían allí dentro hondas raíces ramificadas en el corazón de las Sultanas favoritas, de las hermanas del Sultan, de las cadinas, de las odaliscas. Había disputas y torneos infinitos á propósito de la educación de los hijos, del matrimonio de las hijas, de las dotes, del orden de prelación en las fiestas, de la sucesión de los príncipes al trono, de la paz y de la guerra.

Los caprichos de las bellas mandaban ejércitos de treinta mil genízaros y cuarenta mil *spahís* á cubrir de cadáveres la riberas del Danubio, y flotas de cien naves á ensangrentar el mar Negro y el Archipiélago. De ellas partían las cartas secretas para los príncipes de Europa, á fin de asegurar el éxito de las negociaciones; sus blancas manos firmaban los decretos que entregaban los gobiernos de las provincias y los altos grados del ejército. Las caricias de Rosellana anudaron el lazo al cuello de los Grandes Visires Ahmed é Ibrahim; los besos de Saffié, la bella veneciana, *perla y concha del Califato*, mantuvieron por muchos

años las relaciones amistosas de la Puerta y de la República de Venecia; la siete cadinas de Murad III gobernaron el Imperio durante los últimos veinte años del siglo XVI; la bella Makpeiker, *forma de luna*, la cadina de los dos mil setecientos eales, reinó sobre dos maridos y sobre dos mundos, desde el primer Ahmed hasta Mahomet IV; Rebia Gulnúz, la odalisca de las cien carrozas de plata, dominó el Divan imperial en los primeros diez años de la segunda mitad del siglo décimo sétimo; y Chekerbulí, *el terroncito de azúcar*, hacía viajar como un autómeta, para sus fines, entre Stambul y Adrianópolis, al sanguinario Ibrahim.

¡Qué confusión de negociaciones, qué intrincada red de espionaje terrible y de chanzas pueriles debieron desarrollarse en aquella pequeña ciudad amorosa y omnipotente!

Discurriendo por aquellos senderos, me parecía escuchar por todas partes un murmullo acelerado de voces femeninas que declaraban, preguntando y respondiendo toda la crónica íntima del Serrallo. ¡Y debía ser una crónica extrañamente variada y llena de peripecias!

Tratábase de saber, cuál sería la cadina escogida

por el Sultan para ser conducida en el verano á su kiosco de las Aguas Dulces; qué dote había sido concedido á la hija tercera del Gran Bajá, que debía casarse con el gran almirante; si era verdad que la yerba dada por el mago Scingaa á la gobernadora Raazgié, había hecho concebir á la tercer cadina, infecunda durante cinco años; si fué un hecho seguro que la favorita Giamfeda hubiera obtenido para el gobernador de Anatolia, el gobierno de la provincia de Caramania.

De kiosco en kiosco circulaba la noticia de que, aliviándose felizmente la primera cadina, el nuevo Gran Visir, para superar á su predecesor, le había regalado una cama de plata maciza, incrustada toda de esmeraldas; que la preferida del Sultan era la esclava regalada del Kiaya-harem y no la regalada por el Bajá de Adrianópolis; que al morir el grande eunuco blanco, que estaba agonizando, el jóven paje Mehemet, compraría con el sacrificio de su virilidad el cargo ambicionado tanto tiempo.

Decíase en voz baja que no habían empezado las obras del gran Canal del Asia menor, propuesto por el Gran Visir Sinau, por no alejar á los operarios ocupados en levantar el nuevo kiosco para la Sultana Baffo; que la cadina Saharai, de treinta y cinco años, lloraba hacía dos días y dos noches, por temor de ser relegada al viejo Serrallo, y que el bufon Ahmed había hecho reír

de tan buena gana al Sultan, que éste le había nombrado *agá* de los genúzaros.

Oíanse mil epigramas sobre la próxima fiesta por el matrimonio de Otman-Bajá con la Sultana Ummetulá, en la cual un dragon de bronce había vomitado fuego en el At-meidan; sobre el nuevo vestido de la Sultana favorita, todo de terciopelo, cuyos botones eran piedras preciosas, del valor de cien escudos de oro; sobre el nuevo patrimonio concedido á la cadina Kamarigé, *luna de belleza*, de la renta de la Valaquia y sobre la pequeña rosa color de sangre descubierta en el cuello de la *sciamaseirusta*, guardiana de las ropas blancas del Sultan, sobre la cabellera blonda y ensortijada del embajador de la república de Génova y sobre la maravillosa carta escrita de puño y letra de la primera mujer del Shá de Pérsia, contestando á la Sultana Currem *la alegre*.

Todas las voces que llegaban de la ciudad, todos los incidentes ruidosos de las discusiones del Diyan, todos los rumores escuchados durante la noche en el Serrallo, eran motivo de murmuracion y de mil diversos comentarios en todos aquellos jardincillos por cien grupos de cabecitas circunspectas y curiosas.

Por allí pasaban de mano en mano y de boca en boca los madrigales anónimos del Bajalato, los versos tristes y libres de Abdul-Baki, el inmortal, las poesías aceradas de Abú-Sud, de las que se

decía que cada palabra era un diamante, los cantos ébrios de ópio y de vino de Fuzuli y la lascivia canora de Gazali.

Y todo cambiaba con los cambios de vida y de costumbres del Bajalato.

Ya pasaba á través de aquel reducido mundo como corriente de ternura y de melancolía, ya con cierta dignidad gentil realizaba todas las frantes, el furor del hijo se aquietaba, las costumbres se corregían, el lenguaje se purgaba, nacía el gusto de las lecturas piadosas, ostentábase el recogimiento y la devoción religiosa, y las fiestas mismas, sin ser ménos espléndidas, tomaban el aspecto de la ceremonia alegre, pero mesurada.

Ya subía al trono un Soberano educado desde la infancia en el vicio y en las locuras, y entonces la diosa Voluptuosidad reconquistaba su imperio; los velos caían, volvía á escucharse el lenguaje licencioso y las risotadas sonoras y volvía á verse la desnudez sin pudor; los mercaderes de la belleza partían para la Georgia y la Circasia, las jóvenes afluían; cien mujeres podían alabarse de los abrazos del Gran Señor, los kioscos se poblaban de cunas, las cajas del Erario vertían torrentes de oro, el vino de Chipre y de Hungría corría sobre los manteles cubiertos de flores, Sodomá levantaba su cabeza, Lesbos triunfaba, los bellos rostros de ojos negros palidecían y todo el haren palpitaba, rabioso de sensualidad, en una

atmósfera cargada de perfumes y de vicios, hasta que una noche se iluminaba de improviso con mil antorchas, y las cimitarras de los genízaros imponían el castigo de Dios.

También llegaba la noche tremenda, aun para aquella pequeña Babilonia, oculta tras las flores: la rebelion no respetaba el tercer recinto más de lo que respetaba los otros dos. La soldadesca derribaba la Puerta de la Felicidad y se desparramaba por el haren. Cien eunucos defendían en vano á puñaladas la entrada de los kioscos. Los genízaros saltaban sobre sus cabezas, rompían las cúpulas y precipitábanse en las salas para arrebatarse á los príncipes de los brazos de su madre.

La Validé era arrastrada por los piés fuera de su escondrijo, y á pesar de defenderse con las uñas y los dientes, caía bajo las rodillas de los *baltagí* y moría estrangulada por el cordon de seda de las cortinas.

La Sultana, al volver á su casa, lanzaba un grito desesperado encontrando las cunas vacías, y volviéndose á interrogar á las esclavas, no obtenía más respuesta que un silencio tremendo que quería decir:

—¡Forman un cortejo de cadáveres alrededor del trono tus pequeños!

Los eunucos aterrorizados venían á anunciar á las favoritas, alarmadas por lejano rumor, que era pedida su cabeza y debían prepararse á morir.

Las tres cadinas del tercer Selim, condenadas á la estrangulacion, sentían durante la noche los gritos supremos, unas de otras, y espiraban en las tinieblas bajo la mano convulsa de los mudos.

Celos mortales y venganzas horribles hacían resonar en los kioscos, gritos y temblores convulsivos que esparcían el terror por todo el haren.

La circasiana madre de Mustafá, hería en el rostro á Rosellana; la favorita rival, abofeteaba á Scekerbulí; la Sultana Tarchau, veía cernerse sobre la cabeza de su hijo el puñal de Mahomet IV; la primera cadina de Ahmed I, destrozaba con sus propias manos á la esclava rival y temblaba á su vez, apuñalado el rostro, bajo los piés del Sultan, ébrio de dolor y de rabia.

Las cadinas celosas se acechaban en los corredores oscuros, se motejaban en voces destempladas de *carne vendida*, y se abalanzaban como tigres hiriéndose en la garganta con las puntas de los estiletos envenenados. ¡Y quién sabe cuántas matanzas permanecieron ocultas, de esclavas ahogadas en las fuentes, asesinadas á golpes de daga en las sienés, heridas por el *colbac* de los eunucos, aplastadas tras las puertas de hierro entre los brazos de acero de los diez celosos frenéticos!

Los velos sofocaban los lamentos, las flores

ocultaban la sangre; dos sombras se perdían en el laberinto de los corredores oscuros llevando una cosa negra. El centinela de la torre sobre la ribera del mar de Mármara, escuchaba un golpe sobre el agua y el haren se despertaba al alba, como siempre, perfumado y risueño, sin advertir siquiera que una de sus mil estancias estaba vacía.

Todas estas imágenes acudían á mi mente, vagando por aquel recinto y alzando los ojos á las celosías de aquellos kioscos abandonados y tristes como sepulcros.

Sin embargo, en medio de aquella memoria siniestra, sentía de vez en cuando un dulce movimiento de placer, una especie de trepidación voluptuosa de adolescente, mezcla de melancolía y de ternura, pensando que las escalerillas por las cuales subía y bajaba, habían soportado el peso de aquellas mujeres bellísimas y famosas; que los senderos que pisaba sintieron el roce de sus vestidos; que la bóveda de aquellos pequeños pórticos que contemplaba pasando, y las esbeltas columnas, repercutieron los argentinos timbres de sus risas infantiles.

Parecíame que alguna cosa de aquellas debía existir todavía en los muros, en el aire. Hubiera querido buscar, pronunciar aquellos nombres me-

morables, repetirlos uno á uno cien veces, y me parecía que alguna respuesta de voz lejana hubiera contestado, que alguna forma blanca hubiera visto pasar sobre las altas azoteas ó en el fondo de los bosquecillos solitarios. Y volvía los ojos aquí y allá, é interrogaba las ventanas y las puertas.

¿Cuánto hubiera dado por saber dónde estuvo encerrada la pobre viuda de Alejo Comneno, la más bella de las prisioneras de Lesbos, y la griega más seductora de su siglo, ó dónde fué vilmente asesinada á puñaladas la hija de Erizzo, gobernador del Negroponto, que prefirió la muerte á las caricias brutales de Mahomet III!

¿A qué ventana se asomaba Currem, la favorita de Soliman, con sus bellas facciones lánguidas de persa, para fijar en el mar de Mármara sus potentes ojos negros, velados por larguísimas sedosas cejas? ¿Cuántas veces sobre este sendero habrá impreso la huella de sus piés ligeros, la bella bailarina húngara que robó Saffié de los brazos de Murad III, deslizándose como una hoja de acero entre los brazos imperiales? ¿Y de este jardincillo no habrá nunca arrancado al pasar, una flor Kesem la bella griega, la feroz celosa de rostro pálido y melancólico que vió el reinado de siete Sultanes? Y la gigantesca armenia que hacía enloquecer de amor á Ibrahim, ¿no habrá sumergido nunca su enorme brazo blanco en el agua de

esta fuente? ¿Y la que tenía el pié más diminuto, la *pequeña favorita* de Mahomet IV, cuyas dos babuchas no abultaban tanto como la hoja de un estilete, ó Rebia Gulnuz, *la bebida de la rosa de primavera* que tenía los más bellos ojos azules del Archipiélago y no dejaba huella de su paso sobre la arena blanca del jardín? ¿Y los cabellos más dorados y la morbidez que poseía Marhfruz, *la favorita del astro de la noche*? ¿Y Milielia, la jóven odalisca rusa que suavizó la ferocidad de Otman II? ¿Y las muchachas persas y árabes que adormecían á Ibrahim con sus fábulas? ¿Y las cuarenta jovencillas que bebieron la sangre del tercer Murad? ¿No queda ninguna, ni siquiera una trenza de cabellos, ni siquiera el hilo de un velo, ni siquiera una señal sobre las paredes?...

Y esta fantasía terminaba en una vision dolorosa y espantable.

Veíalas pasar en filas interminables, allá á lo lejos, entre los espesos troncos de los árboles y bajo los largos pórticos, unas tras otras, Sultanas favoritas, Sultanas hermanas, cadinas, odaliscas, esclavas, muchachas apenas adolescentes, mujeres adultas, viejas de cabellos blancos, rostros tímidos de vírgenes y rostros terribles de celosas, dominadoras de imperios, favoritas de un día, en-

cantos de una hora... Criaturas de diez generaciones y de cien pueblos, con sus hijos estrangulados entre los brazos; cual, con el lazo al cuello, ésta, con un puñal en el corazón, la otra, bañada por el agua del mar de Mármara, deslumbradora de joyas, cubierta de heridas, moribunda por el veneno, transfigurada por la larga agonía del viejo Serrallo...

Y pasaban mudas y ligeras como fantasmas, perdiéndose en fila interminable en la oscuridad de los bosques, dejando tras sí larga huella de flores pisadas y de lágrimas y sangre.

Una inmensa piedad invadía mi corazón.

Más allá del tercer recinto, se extiende un trozo de terreno llano cubierto todo por una vegetación selvática y salpicado por pequeños y esbeltos edificios, en medio de los cuales se levanta la columna llamada de Teodosio, de granito amarillo coronada por bello capitel corintio y sostenida por ancho pedestal en el que se lee todavía las dos últimas palabras de una inscripción latina que decía:

*Fortunæ reduci ob devictos Gothos.*

Y allí acaba el llano, sobre el que se extiende el gran rectángulo central de los edificios del Serrallo.

Desde éste hasta el extremo del mismo Serrallo, en todo el espacio comprendido entre el circuito de los tres recintos y las murallas exteriores, flanqueando la colina, crece un bosque de grandes plátanos, de cipreses altísimos, de hileras de pinos, de grupos de álces y de terebintos y de álamos cubiertos de guirnaldas, de pámpanos de vides enroscadas, que sombrean una serie de jardines llenos de rosas y de heliotropos, dispuestos en anfiteatro y atravesados por largas escalinatas de mármol, por las cuales se bajaba hasta la orilla del mar.

A lo largo de la muralla, frente á Scutari, se levanta el nuevo palacio del Sultan Mahmud, que tiene salida al mar por medio de una gran puerta recubierta de cobre dorado.

Junto al Cabo del Serrallo se levanta el haren de verano, vastísimo edificio semi-circular, con capacidad suficiente para quinientas mujeres, con vastos patios, baños espléndidos y jardines, donde se hacían aquellas fantásticas iluminaciones, que se hicieron célebres, bajo el nombre de *fiestas de los tulipanes*.

Delante de este haren, por la parte externa de la muralla, sobre la ribera del mar, estaba la famosa batería del Serrallo, formada por veinte cañones de formas elegantes, esculpidos y grabados, que habían sido cojidos á los ejércitos cristianos en las primeras guerras europeas.

La muralla tenía ocho puertas, tres á la parte de la ciudad y cinco á la parte del mar. Grandes terrados de mármol, avanzaban de la muralla sobre el mar. Caminos subterráneos conducían desde el alcázar al Mármara, de modo que el Sultan podía salvarse de un asalto, embarcándose secretamente y desembarcando en Scutari ó en Top-Hané.

Ni aun esto era todo el Serrallo; junto á los muros exteriores y por los flancos de la colina se levantaban todavía multitud de kioscos, de forma de pequeñas mezquitas, de fortines y de galerías, de alguna de las cuales, por senderos ocultos entre la maleza, se salía á las puertas secundarias del tercer recinto.

Allí estaba el kiosco Yaly, ahora destruido, que se reflejaba en el Cuerno de Oro. Allí está todavía casi intacto, el nuevo kiosco que es un pequeño alcázar redondo, todo ornado de dorados y de pinturas, al cual iban los Sultanes en la puesta del sol á gozar la vista de las mil naves del puerto.

Junto al haren de verano, se hallaba el kiosco de los espejos, donde fué signado el tratado de paz de 1784, por el cual Turquía cedió Crimea á Rusia, y el kiosco de Hassan-Bajá todo resplandecien-

te de oro, cuyas paredes cubiertas de espejos multiplicaban con juego fantástico los reflejos de las fiestas y las orgías nocturnas de los Sultanes. El kiosco del cañon, por cuyas ventanas se arrojaban al mar los cadáveres, surgía junto á la batería del Cabo del Serrallo.

El kiosco del mar en que tenía sus divanes secretos la Sultana favorita de Mahomet IV, colgaba á bisel sobre las corrientes confusas del Mármara y el Bósforo.

El kiosco de la rosa dominaba la esplanada donde hacían ejercicio los pajes, y donde fué proclamada en 1839 la nueva Constitucion del Imperio con el famoso *hatti-cherif* de Gul-Hané.

A la otra parte del Serrallo existe todavía el kiosco de las Revistas, desde el cual los Sultanes veían pasar, sin ser vistos, todos cuantos iban al Divan; sobre el ángulo del muro vecino á Santa Sofia, el kiosco de Alaí, desde donde Mahomet IV arrojó al ejército rebelde su favorita Melekí y veintinueve oficiales de la corte morían ante sus ojos; y al otro extremo de la muralla, el kiosco Spechiler, junto al cual el Gran Señor despedía á los grandes almirantes que partían para las guerras lejanas.

De este modo el formidable alcázar, desde lo alto de la colina, donde parecía ocultar sus partes más vitales, se esparcía por la pendiente y á lo largo de la ribera del mar, coronado de torres,

erizado de cañones, engalanado con rosas; lanzaba á todas partes sus barquichuelas doradas, levantaba al cielo una nube de perfumes como enorme altar, reflejaba en las aguas las mil llamas de sus fiestas, arrojaba desde lo alto de sus muros oro á la muchedumbre y cadáveres á las olas; ayer en poder de una esclava, hoy en el de un loco, mañana ludibrio de la soldadesca; bello como isla fantástica, y siniestro como sepulcro de vivos.

La noche está alta; el mar de Mármara refleja el cielo ardiente de estrellas; la luna platea las cien cúpulas del Serrallo y alumbra la cima de los cipreses y de los plátanos, que extienden sus grandes sombras en los vastos recintos circundados de innumerables ventanas iluminadas que se van apagando una á una.

Los kioscos y las mezquitas resaltan con blancura de nieve en medio del verde lúgubre de los bosques. Las agujas, las puntas de los minaretes, las medias lunas aéreas, las puertas de bronce, las celosías doradas lucen entre los árboles, presentando la vaga apariencia de rica ciudad de oro y de plata.

La imperial ciudad duerme.

Las tres grandes puertas están cerradas hace

tiempo y las llaves enormes suenan aún en manos de los *capigís* bajo la bóveda de los altos vestíbulos. Un destacamento de estos vela ante la puerta de la Salud; treinta eunucos blancos custodian la de la Felicidad, arrimados al muro é inmóviles como bajo-relieves con la cara en la sombra.

Centenares de centinelas invisibles, vijilan desde el muro ó desde las torres, mirando el mar, el puerto, las tenebrosas calles de Stambul y la mole muda y enorme de Santa Sofía.

En las grandes cocinas del primer recinto se ve todavía un ir y venir de linternas que alumbran los últimos quehaceres: despues todo el edificio queda en la oscuridad.

Una luz brilla todavía en la casa del *Veznedar agá* y del *Defterdar effendi*.

Alguna cosa se mueve en el segundo recinto ante la casa del grande eunuco negro. En el laberinto del haren se van cerrando las últimas puertas.

Los eunucos giran por los paseos desiertos alrededor de los kioscos oscuros, no oyendo otro rumor que el moverse de los árboles agitados por las brisas marinas y el monótono murmullo de las fuentes.

Una paz profunda parece que reina sobre todo el palacio. Sin embargo, una vida febril palpita todavía entre aquellas paredes.

De todo aquel pueblo de esclavas, de soldados, de prisioneros, de servidores, el pensamiento de la noche se levanta confusamente y traspasando los muros del Serrallo, vuela á los cuatro ángulos del mundo en busca de lugares queridos y madres abandonadas desde la infancia y discurrendo sobre antiguas tareas y sobre terribles tiempos lejanos.

Las plegarias y los lamentos mudos se cruzan por los senderos y por los bosques oscuros con el propósito de venganza y de sangre y con el deseo insensato de la ambicion secreta.

El gran palacio duerme un sueño turbado, interrumpido por sentimientos de desconfianza y de miedo. Un murmullo confuso de palabras de cien lenguas, se confunde con el rumor de la respiracion y con el de la vejetacion agitada por el viento.

A escasa distancia, separados por pocas paredes, duerme el paje que se ha prostituido y el iman que ha predicado la palabra de Dios, el verdugo que ha destrozado á un inocente, el príncipe prisionero que aguarda su muerte y la Sultana enamorada que espera su boda.

Criaturas desheredadas de todo bien, reposan junto á riquezas fabulosas; la belleza divina, la deformidad, todos los vicios, todas las prostituciones del alma y de la carne, se encuentran encerradas dentro de los mismos muros.

La arquitectura morisca que se levanta sobre

los árboles, perfila en el cielo estrellado sus mil formas originales y aéreas; sobre las murallas se destacan sombras graciosas de franjas, festones y líneas enroscadas; las fuentes alumbradas por la luna salpican sus aguas de zafiros y diamantes, y todos los perfumes del jardin vuelan llevados del aire nocturno, confundidos en una fragancia potente que entra por las rejillas en las salas á proporcionar estremecimientos de placer y sueños lascivos.

Es la hora en que los eunucos, sentados bajo los árboles con los ojos fijos en la velada luz que escapa de las ventanas de los kioscos, prueban su valor hiriendo sus dedos con las puntas de los puñales; la hora en que la pobre jovencilla, robada y vendida recientemente, desde la ventana de su celda, mira con ojos húmedos por las lágrimas, los serenos horizontes de Asia, recordando la campiña donde nacieran y el valle donde fueron enterrados sus padres; la hora en que el galeoto encadenado, el mudo manchado en sangre, el enano despreciado, miden la distancia infinita que les separa del hombre que está sobre todos é interroga dolorosamente al *Poder oculto* que arrebató á uno la libertad, á otro la palabra, al tercero la forma humana, para darlo todo á uno solo.

Es la hora en que se lamentan los reyezuelos y en que tiemblan los poderosos mal seguros de sus dominios.

Las linternas esparcen por los edificios multiformes reflejos, descubriendo frentes pálidas de tesoreros encorvados sobre los papeles; cabezas de odaliscas desesperadas por largo abandono, buscando en vano el sueño sobre las mullidas almohadas; rostros bronceados de hercúleos genizaros, adormecidos con sonrisa feroz que denuncia la visión de un estrago. Los muros sutiles comunican anhelos de voluptuosidad y sollozos que entrecortan las palabras desesperadas.

Y en tanto que en un kiosco espuma el licor maldito en medio á gran círculo de bacantes medio desnudas; y en una sala semi-oscura, la pobre Sultana, madre de un instante, esconde sollozando la cara en el almohadon por no ver el lago de sangre en el cual espira su hijo, á quien por orden del Gran Señor, la comadre dejó abierto el cordón umbilical, y las cabezas de bey, cortadas al caer la noche, destilan su última gota de sangre sobre el mármol del nicho de Bab-Umaiun; en el kiosco más alto del tercer recinto, en una sala tapizada de damasco rojo, sobre un lecho de piel de marta en medio de un desorden espléndido de almohadones con perlas y de colchas de terciopelo resplandecientes de oro, sobre el que descende la vaga luz de una lámpara morisca de plata cincelada, suspendida del techo de cedro, una bella jovencuela negra, envuelta en un gran velo blanco, que pocos años antes conducía el ganado á

través de las llanuras de la Arabia feliz, inclinada sobre el pálido rostro de Murad III, que reposa durmiendo á sus piés, murmura con voz tímida y dulce:—Había una vez en Damasco un mercader llamado Abu-Eiub que había atesorado muchas riquezas y vivía holgadamente. Tenía un hijo bellísimo que se llamaba *Esclavo de amor* y una hija muy hermosa apellidada por sobrenombre *Fuerza del corazón*. Llegó la hora de morir Abu-Eiub, y dejó todas sus mercancías envueltas y atadas y sobre todas ellas estaban escritas estas palabras: «Para Bagdad.» Y Esclavo de amor preguntó á su madre:—¿Por qué está escrito *Para Bagdad* sobre todos los géneros de mi padre?—Y la madre contestó:—Hijo mio...

Pero el Gran Bajá se había dormido y la esclava abandona dulcemente su cabeza sobre el almohadon.

Todas las puertas del haren se hallaban cerradas, todas las luces apagadas, la luna platea las cien cúpulas, la media luna y las ventanas doradas brillan entre los árboles, las fuentes corren ruidosamente en el profundo silencio de la noche: el Serrallo reposa.

Y así descansa hace treinta años abandonado sobre su colina solitaria; y ahora podemos repetir

los versos que el poeta persa puso en labios de Mahomet el Conquistador, cuando colocó los pies en el palacio devastado de los Emperadores de Oriente:

—«La inmunda araña urde su tela en la Sala de los Reyes, y de las cumbres orgullosas de Erasciab, el cuervo lanza al viento su canto siniestro.»

## LOS ÚLTIMOS DIAS.

En este punto encuentro rota la cadena de las reminiscencias detalladas y lúcidas que permiten las largas descripciones; y no recuerdo más que una serie de afanosas correrías de una á otra ribera del Cuerno de Oro, y de Europa á Asia, despues de las cuales, por la tarde veía pasar rápidamente ante mí, como un sueño, ciudades luminosas, muchedumbres inmensas, bosques, flotas, colinas... Y el pensamiento de la próxima partida daba á todo cierto color de tristeza, como si aquellas visiones no fuesen ya más que recuerdos de país lejano.

Sin embargo, algunas imágenes conservo inmóviles en medio de la fuga de personas y de cosas á las cuales me parece asistir cuando pienso en aquellos dias.

los versos que el poeta persa puso en labios de Mahomet el Conquistador, cuando colocó los pies en el palacio devastado de los Emperadores de Oriente:

—«La inmunda araña urde su tela en la Sala de los Reyes, y de las cumbres orgullosas de Erasciab, el cuervo lanza al viento su canto siniestro.»

## LOS ÚLTIMOS DIAS.

En este punto encuentro rota la cadena de las reminiscencias detalladas y lúcidas que permiten las largas descripciones; y no recuerdo más que una serie de afanosas correrías de una á otra ribera del Cuerno de Oro, y de Europa á Asia, despues de las cuales, por la tarde veía pasar rápidamente ante mí, como un sueño, ciudades luminosas, muchedumbres inmensas, bosques, flotas, colinas... Y el pensamiento de la próxima partida daba á todo cierto color de tristeza, como si aquellas visiones no fuesen ya más que recuerdos de país lejano.

Sin embargo, algunas imágenes conservo inmóviles en medio de la fuga de personas y de cosas á las cuales me parece asistir cuando pienso en aquellos dias.

## LAS MEZQUITAS.

Recuerdo la bella mañana en que visité la mayor parte de las mezquitas imperiales, y al pensarlo, me parece todavía que se hace á mi alrededor un inmenso vacío y un solemne silencio.

La imagen de Santa Sofía no disminuye la maravilla que se experimenta al entrar por primera vez en aquellos titánicos muros. Allí como en otras partes, la religion de los vencedores se ha apropiado el arte de la religion de los vencidos.

Casi todas las mezquitas están imitadas de la Basílica de Justiniano; tienen la gran cúpula, las medias cúpulas superpuestas, los patios y los pórticos; algunas afectan la forma de cruz griega.

Pero el islamismo ha esparcido por todo el color y la luz propia, de modo que lo complicado de aquella forma comun, presenta la apariencia de un edificio nuevo, en el que se entreven los horizontes de un mundo desconocido y se siente el áura de otro Dios.

Son naves enormes, de una sencillez austera y grandiosa, blancas por todas partes, iluminadas por innumerables ventanas, que derraman abundante luz dulce é igual, en la que la vista lo alcanza todo, de uno á otro extremo, y descansa, al mismo tiempo que el pensamiento, casi adormecido en quietud suave y difusa, que semeja

á la de nevado valle, cubierto por blanco cielo.

No se creería estar en un lugar cerrado si no se sintiese el eco sonoro de los propios pasos. Nada hay que distraiga la mente: el pensamiento vá derecho, á través de aquella bóveda y aquella claridad al objeto de la adoracion. No hay motivos de melancolía ni de temores; no hay ilusiones, ni misterios, ni ángulos oscuros, en los que brillen vagamente imágenes de complicada jerarquía de seres sobrehumanos que ofuscan la inteligencia; no hay más que la idea clara, limpia, imponente, formidable de un Dios solitario que ama la desnudez de los desiertos inundados de luz, y no admite más simulacro de sí mismo que el cielo.

Todas las mezquitas imperiales de Constantinopla presentan este mismo aspecto de grandeza que levanta la mente, y de sencillez que la fija en un solo pensamiento y discrepan tan poco en sus detalles, que es difícil recordarlas una por una.

La mezquita de Ahmed, enorme, y sin embargo graciosa y ligera, en su parte exterior, como edificio aéreo, apoya su cúpula sobre cuatro desmesurados pilares redondos de mármol blanco, en cuyo seno se podría abrir cuatro pequeñas mezquitas y es la única de Stambul que tenga la corona gloriosa de seis alminares.

La mezquita de Soliman, que es mejor que

templo, una ciudad sagrada en la que se pierde el forastero, está formada por tres naves, y su cúpula, más alta que la de Santa Sofía, reposa sobre cuatro maravillosas columnas de granito rojo que recuerdan los troncos de los árboles jigantescos de California.

La mezquita de Mahomet es una Santa Sofía, blanca y alegre; la de Bayaceto, goza la primacía de la elegancia de las formas; la de Osman, luce por todas partes mármol; la de Sciá-Zadé, ostenta los dos más graciosos minaretes de Stambul; la de Ak-Seraí, resulta el modelo más original del renacimiento del arte turco; la de Selim, es la más grave; la de Mahmud, la más caprichosa; la de la Sultana Validé, la más adornada.

Cada cual posee su belleza propia, ó una leyenda ó un privilegio. Sultan-Ahmed, custodia el estandarte del Profeta; Sultan-Baizit, está coronada de palomas; Solimanié, celebra la inscripcion de Kará-hissarí; Validé-Sultan, tiene la falsa columna de oro que costó la vida al conquistador de Canea; Sultan-Mehemet ve once mezquitas imperiales inclinar la cabeza á su alrededor, como ante el manípulo de José se inclinaban los manípulos de sus hermanos. »

En una se levanta la columna del palacio imperial y del Augusteon de Justiniano, que lucía las estátuas de Vénus, de Teodora y de Eudisia; en otra se encuentra el mármol de la iglesia

antigua de Calcedonia, columnas de las ruinas de Troya, pilastras de templos de Egipto, vidrios preciosos robados en los palacios persas, materiales de circos, de fosos, de acueductos, de basílicas; todo confuso y desvanecido en la inmensa blancura de la religion vencedora.

Interiormente se diferencian aún ménos que en la forma externa. En el fondo hay un púlpito de mármol; enfrente, la tribuna del Sultan cerrada por una verja dorada; junto al Mirahb, dos candelabros enormes que sostienen antorchas altas como troncos de palmera, y por toda la nave lámparas innumerables formadas por grandes globos de cristal dispuestos de original manera, que parece más propia de gran baile que de solemnidad religiosa.

Las grandes inscripciones ságradas que giran alrededor de las pilastras, de las puertas, de las ventanas, de la cúpula, algun fresco pintado á imitacion del mármol y los vidrios dibujados é iluminados de caprichosa hojarasca, forman todo el ornato, que resalta de la blanca desnudez de aquellos muros monumentales.

Tesoros de mármol están profusamente derramados en el pavimento de los vestíbulos, en los pórticos que circundan los patios, en las fuentes para las abluciones y en los minaretes; pero no alteran el carácter graciosamente sóbrio y austero del edificio todo blanco, circundado de verde y co-

ronado de cúpulas, destacándose sobre el azul del cielo.

Y la mezquita no ocupa sino la parte más pequeña del recinto, el cual abraza un laberinto de patios y de casas. Allí hay auditores para la lectura del Corán y depósitos para los tesoros de los particulares, bibliotecas y academias, escuelas de medicina y escuelas para los niños, barrios para los estudiantes y cocinas para los pobres, manicomios, enfermerías, asilos para los viajeros y sala de baño; una pequeña ciudad hospitalaria y benéfica, agrupada en torno de la mole altísima del templo, como al pié de una montaña y sombreada por árboles gigantescos.

Pero todas estas imágenes se han oscurecido en mi mente, y no veo más en este punto que la pequeña manchita negra de mi persona, casi imperceptible como un átomo, en la nave enorme, en medio de largas filas de pequeñísimos turcos que oran arrodillados, y marchó adelante abrumado por aquella blancura, desvanecido por aquella luz extraña, desconcertado por aquella inmensidad, arrastrando mis holgadas babuchas, y mi desdichado orgullo de escritor *descripcionista*, y me parece que una mezquita se confunde con otra, y que se extiende á mi alrededor en todas direcciones, una sucesión interminable de pilastras y bóvedas, y una muchedumbre blanca é infinita en la que se pierde mi mirada.

## LAS CISTERNAS.

Las reminiscencias de otro día son todas oscuras y llenas de misterios y de fantasmas. Entro en el patio de una casa musulmana, descendiendo á la luz de una linterna hasta el último peldaño de una escalera tétrica y húmeda, y me encuentro bajo la bóveda de Kere-batan Serái, la gran *cisterna* *basílica* de Constantino, de la cual, el vulgo de Stambul dice que no se conocen los límites.

Las aguas verdosas se pierden bajo la negra bóveda, alumbrada por un rayo de luz lívida que aumenta el horror de las tinieblas.

La linterna alumbró de lleno los arcos vecinos á la puerta, hace brillar los muros goteantes y revela confusamente filas interminables de columnas que interceptan la mirada por todas partes como los troncos de los árboles en espesísima selva.

La fantasía, atraída por la voluptuosidad del terror, se lanza por aquellas fugas de pórticos sepulcrales, contemplando las aguas siniestras y se pierde en infinitos giros vertiginosos en medio á las innumerables columnas, mientras la oscura voz de un *dragoman* cuenta la terrorífica historia del que se aventuró en una barca en aquel subterráneo para descubrir sus confines y volvió mu-

chas horas despues, bogando desesperadamente, con el rostro descompuesto y el cabello erizado, mientras las bóvedas lejanas repercutían fragorosas carcajadas y silbidos agudos; y de otro, que no volverá jamás, y que acabó, quién sabe cómo, tal vez helado de terror, tal vez arrastrado por corriente misteriosa á un abismo desconocido, muy lejos de Stambul, Dios sabe dónde.

Esta lúgubre vision desaparece de improviso en la gran luz de la plaza del At-Meidan, y pocos minutos despues me encuentro de nuevo bajo tierra, entre las doscientas columnas de la cisterna Bin-Birdireck, donde cien operarios griegos hilan la seda, cantando con voz aguda una cancion guerrera, alumbrados por un rayo de luz pálida que se rompe en los cruceros de las arcadas; y siento sobre mi cabeza el estrépito confuso de una caravana que pasa.

Despues, nuevamente el aire libre y la luz del sol, y luego otra vez la oscuridad, bajo otras arcadas seculares, en medio de otras filas de columnas, en una quietud de sepulcro, turbada por sonido débil de voces lejanas; y así hasta la tarde, una peregrinacion misteriosa y pensativa, despues de la cual permanece mucho tiempo ante mis ojos la imágen de vasto lago subterráneo, en el cual se ha hundido la metrópoli del imperio griego y en el cual Stambul sonriente é incauta debe á su vez sumergirse.

## SCUTARI.

Toda esta oscuridad se desvanece ante la espléndida imágen de Scutari. Yendo á Scutari, sobre un piróscafo lleno, discutíamos siempre mi amigo y yo, si la primacia de la belleza pertenece á aquella ribera ó las dos playas del Cuerno de Oro. Yunk prefería Scutari, yo Stambul.

Pero Scutari me enamoraba con sus imprevistos cambios de aspecto, con los cuales parece que quiere jugar con quien á ella se aproxima viniendo del lado del mar.

Mirada desde el Mármara, no parece más que un gran pueblo extendido sobre una colina. Mirada desde el Cuerno de Oro, presenta ya el aspecto de una ciudad.

Pero cuando el piróscafo, girando en torno á la punta más avanzada de la ribera asiática, vá recto hácia su puerto, entonces la ciudad se extiende y se levanta; las colinas cubiertas de edificios, surgen unas tras otras; los barrios desembocan de los valles; las quintas se vierten sobre las alturas; la ribera, toda pintada por casitas, se esparce hasta perderse de vista; una ciudad inmensa, pomposa, teatral, que no se comprende dónde podía estar oculta, salta á la mirada en pocos mo-

mentos como el levantarse de inmenso telon, y hace permanecer estupefacto como esperando que vuelva á desaparecer.

Se desciende por una escalera de madera, entre un entrecruzarse de barqueros y un ir y venir de caballos y dragomanes y se vá hácia arriba por la vía principal que sube dulcemente, serpenteando en medio de casitas encarnadas ó amarillas, revestidas de hiedra ó pámpanos entre muros de jardines que rebosan verdura, bajo altos emparrados, á la sombra de grandes plátanos, que cierran casi el paso; se cruza ante el Café turco, lleno de zagalones asiáticos que fuman recostados con los ojos fijos no se sabe dónde; se encuentran rebaños de cabras, pesadas carretas del campo, tiradas por búfalos con la cabeza cubierta de flores, labriegos con fez y turbante, convoyes fúnebres, musulmanes y brigadas de *hanum* que llevan ramos de flores.

Parece ver otra Stambul, ménos majestuosa, pero más graciosa y más fresca que la de las Siete Colinas. Es como una gran ciudad campestre.

La campiña la invade por todas partes. Las callejuelas flanqueadas de establos, descienden y suben por valles y colinas y se pierden en el verde de los jardines y de las huertas.

En la parte alta de la ciudad reina la paz profunda del campo: en la parte baja palpita la vida activa de las ciudades marítimas; de los grandes

cuarteles que surgen aquí y allá, sale rumor confuso de gritos, de cantos y de redobles, y millares de pájaros aletean por las callejas solitarias.

Siguiendo un entierro salimos de la ciudad y nos internamos en el cementerio famoso, perdiéndonos en un bosque de altísimos cipreses que se extiende desde el Mármara al Cuerno de Oro sobre vasto terreno montuoso. Blanquean las lápidas allá donde alcanza la vista en indefinidas hileras sin simetría alguna, entre flores silvestres y césped variado en los centros de infinita red de sendas y veredas, en medio de apiñados troncos que apenas si consienten divisar en lontananza girones de cielo.

Avanzamos al acaso revisando á derecha é izquierda cipos, inscripciones y cartelas raras, pintadas y doradas, cubiertas y rodando por el suelo, dentro de las cancelas de los panteones de familia, al lado de sepulcros de bajás, de mausoleos elegantes, columnillas rudas y vulgares, reparando en ramos de flores por do quier y montones de cráneos que salen á flor de tierra donde el suelo se halla todavía recién removido, oyendo el arrullo de las palomas ocultas en las copas de los árboles... y á medida que se adelanta, el bosque se agranda, las piedras de las tumbas se multiplican,

los caminos se suceden, los retazos de cielo se alejan, el horizonte se desvanece y el reino de los muertos parece que se eterniza caminando con nosotros mismos, como si lo llevásemos en las entrañas... y casi estamos á punto de preguntarnos si hay salida de tan inextricable laberinto, cuando damos en un ancho camino, que conduce á la vasta llanura de Haidar-bajá, donde se reunían los ejércitos musulmanes para partir á las campañas de Asia, y abrazamos con una ojeada el Mármara, Stambul, la embocadura del Cuerno, Galata y Pera, todo velado ligeramente por los vapores de la mañana y envuelto en las tintas de color paradisiaco, que provocan en nuestro ánimo el estremecimiento del placer de la llegada.

## PALACIO DE CERAGAN.

Otra mañana nos encontramos en un wagonazo del tranvía entre dos colosales eunucos negros, comisionados por un ayudante de campo del Sultan Abdul-Azis para conducirnos á visitar el palacio imperial de *Ceragan*, situado en la ribera del Bósforo, á los piés del barrio extramuros de Bechic-Tass.

Me acuerdo perfectamente del sentimiento indefinible, mixto de curiosidad y repugnancia que me inspiraba la vista del eunuco que llevaba á mi lado y al que miraba con el rabo del ojo, y alzando la cabeza un tanto, pues sobresalía un palmo por encima de mi persona. Tuvo, lo recuerdo muy bien, durante la travesía una mano sobre una de sus rodillas... inmensa. No encuentro ahora un símil apropiado para dar idea del tamaño de aquella manopla á mis lectores. Y cada vez que me volvía, percibía el perfume derramado profusamente en su cuerpo y sus vestidos, análogo á esencia de bergamota, y usual en los cortesanos, juntamente con otros mil variados aromas. Las telas de sus trajes eran finísimas y su hechura distinguida y nada vulgar.

Cuando hicimos alto, eché mano á mi bolsillo para pagar, pero aquella manaza cortó mi ade-

man aferrándome entre cortés y ofendido, y los grandes ojos de mi hombre, digo, *de mi eunuco*, se fijaron en mí como diciendo:—¡Cristiano, no vayas á hacerme este desaire ó te revientó!— ¡Bueno hombre, bueno, que diga, bueno eunuco, bueno! pensé para mi coeto, y bajamos delante de una puerta pequeñina cuajada de arabescos.

Recorrimos larguísimo corredor, donde nos salió al encuentro una escuadra de criados de librea (á la manera turca, se entiende), nos calzamos las babuchas, subimos ancha escalera que conducía á los salones del palacio, y... no hubo necesidad de evocar recuerdos históricos para procurarnos una ilusion completa fingiéndonos aquella vida, la vida que allí se respira.

El ambiente aún se hallaba caldeado por el hálito de la córte. Los ámplios divanes forrados de terciopelo y raso que se extendían á lo largo de las paredes, eran precisamente los mismos en que se sentaron semanas antes las odaliscas del Gran Señor. Característico perfume de existencia muelle y fastuosa henchía el espacio.

Atravesamos larga série de salas, salitas y salones decorados á la europea y á la oriental, nítidos y bellos, con cierta sencilla elegancia, que obligaba ante las estancias soberbias á bajar la voz, mientras los eunuco, balbuceando incomprensibles explicaciones, nos indicaban ora un ángulo, ora una puerta, ora un rinconcillo con ges-

to reverente y circunspecto, ademan como si se tratase de sagrados misterios. Las cortinas de damasco, los tapices y alfombras multicolores, las mesas de mosaico, los lindos cuadros al óleo, colgados, con la luz al revés, los bellos arcos festoneados, los ángulos del techo ornados de caprichosas estalactitas, los pasos de una á otro cámara divididos por pórticos caprichosos é intercolumnios artísticos de estilo árabe, los altísimos candelabros y pebeteros semejantes á árboles de cristal que resonaban con retintín á nuestro paso movidos los colgantes de cristalería y metal por la natural trepidacion del piso, escena tras escena se sucedían apenas vistas en nuestra fantasía repleta de imágenes fugitivas y de cadinas sorprendidas en sus escondites.

No se me grabó, sin embargo, en la memoria ninguna de estas habitaciones tan vivamente como la sala de baño del Sultan, toda de mármol blanco esculpido y rebosando por todos lados estalactitas, trecerías confusas, caídas de flores, grecas entrelazadas, figuras geométricas raras y recamado el conjunto con pasmosa delicadeza, tal, que piensa uno van á quebrarse los adornos con ser tocados simplemente con la punta del dedo. La distribución de las salas me recordaba vagamente la disposición de las principales estancias de la Alhambra.

Marchábamos de prisa sobre espesísimos tapi-

ces sin causar el más insignificante rumor, casi furtivamente.

De cuando en cuando, un eunuco tiraba de un cordón y se levantaba un cortinaje, descubriendo detrás de morisco ajiméz el soberbio panorama del Bósforo, Asia, las naves, la incomparable luz de aquel cielo sin rival... y todo desaparecía á los dos segundos, cuando empezábamos á contemplarlo, porque el eunuco dejaba el cordón del trasparente, y la vision teatral desaparecía rápidamente, permaneciendo como destumbrados por un relámpago.

Desde un mirador, recreamos la vista en un jardincito cercado por altas tapias, lindo, diminuto, simétrico, monjil, como de juguete, que nos reveló en un instante un mundo de secretas melancolías, de bellas mujeres sedientas de amores y de libertad, desapareciendo de improviso tras el cortinaje... Y las salas no se concluían nunca, y á la vista de una nueva puerta, apretábamos instintivamente el paso con objeto de asomarnos de repente á la cámara inmediata y sorprender á una bella... pero no vimos ni la huella de una mujer, ni la cola de un vestido, ni la más mínima señal femenina: las odaliscas todas se hallaban rigurosamente escondidas y profundo silencio imperaba por todas partes.

El crujir de la seda que nos hacía volver el rostro á cada momento, no era otra cosa que el

crujir de los pesados cortinajes de brocado que caían en los quicios de las puertas tras nuestro paso, y el retintín de los candelabros de cristal nos despertaba de la distracción, figurándonos siempre que era la risotada sonora de alguna bella oculta que se burlaba de nosotros.

Y por último, empezó al cabo á aburrirnos aquel ir y venir sin fin por aquel palacio mudo, entre aquellas riquezas muertas, viendó reflejarse á cada paso en las lunas de los espejos las negras fisonomías de los eunucos, y aquel séquito de criados siniestros y pensativos y nuestras dos caras atónitas de vagabundos.

Y salimos casi corriendo y experimentamos gran placer al encontrarnos al aire libre, en medio de miserables casas, entre el harapiento y vociferante populacho del barrio de Top-Hané.

EYUB.

¿Y cómo olvidar la necrópolis de *Eyub*?

Fuimos por la tarde, á la caída del sol, y se me ha quedado impresa en la memoria tal y cual la ví iluminada en lánguido desmayo por los últimos rayos del sol poniente.

Ligerísimo esquife nos condujo hasta los confines del Cuerno y saltamos en «la tierra santa» de los Osmanes, emprendiendo empinado vericueto flanqueado de sepulturas.

Ya han abandonado á aquella hora los picapedreros y escultores que trabajan durante el día haciendo resonar con sus martillazos y golpes sonoros de cincel, la vasta necrópolis, y reina el desierto.

Adelantamos con circunspeccion mirando por si se nos aparecía el rostro severo de algun iman ó de algun dervis, porque allí ménos que en cualquiera otro lugar sagrado se tolera la curiosidad profana de un *yianurro*, mas afortunadamente no divisamos ni sombreros cónicos, ni turbantes. Llegamos con cierto temor hasta la misteriosa mezquita de *Eyub*, cuyos remates habíamos visto muchas veces desde las colinas y á lo largo del Cuerno de Oro. En el patio, á la sombra de cor-

pulento plátano, se levanta en forma de kiosco, perpétuamente alumbrado por una corona de lámparas, el mausoleo que encierra los restos mortales del porta-estandarte célebre del Profeta, muerto con los primeros musulmanes bajo Bizancio; y encontrado ocho siglos más tarde, se le sepultó en aquel paraje por Mahomet el Conquistador. Mahomet le consagró aquel templo, á donde van los grandes Bajás á ceñir solemnemente la espada de Otman, ya que aquella es la más sacrosanta de las mezquitas de Constantinopla, de igual modo que el cementerio que la circunda es el más sagrado de los cementerios. Alrededor de la mezquita, á la sombra de los árboles, se levantan los *turbé* de los Sultanes, de los Visires, de los grandes de la corte, circundados de flores, resplandecientes de mármoles, adornados de oro y decorados con pomposas inscripciones.

Separadamente está situado el templete mortuorio de los muftí, cubierto por cúpula octogonal, en cuyo seno descansan los grandes sacerdotes encerrados en enormes catafalcos negros, coronados por altísimos turbantes de muselina. ¡Ciudad mortuoria, blanca y sombría de real elegancia, inspira á la par religiosa tristeza y sentimientos indefinibles en que subsiste algo mundano, análogo á un barrio aristocrático, mudo, con soberbio silencio!

Pásase al lado de blancos muros y delicadísi-

mos cancelos, de donde cuelgan guirnaldas y cascadas de verdor, y las acacias brindan con sus ramos, y la armonía de la Naturaleza se entrelaza de maravillosa manera, con encinas y mirtos... y por los huecos de las lindas verjas sale la vejetación, animando la tristeza de los mausoleos, juntamente con la luz suave y poética que tiñe los mármoles con los reflejos de aquellos colores primaverales.

En ningún otro sitio de Stambul se explica mejor ni tan graciosamente el arte musulmán, convirtiendo en grata la idea de la muerte, embelleciendo la imágen del no-ser. Reúnense allí dentro una necrópolis, un jardín, un palacio, un panteón, y todo lleno de melancolía y de gentileza, de galanura y atractivos, que provoca á la vez, la sonrisa y la oración en los labios!...

Y por todos lados cercan á la necrópolis otros cementerios y otros huertos, sombreados por copudos árboles, cruzado en todas direcciones de caminos y sendas, y esmaltados de cipos, lápidas, inscripciones, columnas, á la manera de soldados desplegados en guerrilla y que tratan de precipitarse por las colinas para ir á buscar las ondas. Y por los agujeros estrechos que las cumbres de los árboles apenas dejan, se divisa en lontananza Stambul, presentando la perspectiva de una ciudad que huye á pedazos en el azul ambiente, distribuida en grupos y pelotones de casas.

Al pié murmuran mansamente las aguas del Cuerno de Oro, doradas por los postrimeros tonos del astro rey, y enfrente se destacan con perfecta claridad los barrios de Sudluché, Halichí-Ogli, Piri-Bajá, Hass-Kioi, y más lejos aún, Kassin y el vago contorno de Galata, perdido en una gradación de tintas trémulas, inciertas y moribundas, que no parece cosa de esta tierra.

## MUSEO DE LOS GENÍZAROS.

Toda esta vision fantástica se desvanece y me encuentro paseando por dilatados salones en medio de dos filas inmóviles de siniestras figuras que semejan cadáveres clavados en las paredes.

No recuerdo haber experimentado jamás una sensación tan viva de repugnancia, si se exceptúa en Londres, en la última sala del Museo Tussaud, donde se entreven en la oscuridad los más horrendos asesinos de Inglaterra. Es como un museo de espectros ó más bien un sepulcro abierto, en el cual se encuentran momificados los más famosos personajes de aquella vieja Turquía, espléndida, extravagante y feroz, que no existe ya sino en la memoria de los ancianos, ó en la fantasía de los poetas. Son centenares de grandes figuras de madera coloreadas, vestidas con trajes á la antigua, derechas, en actitudes rígidas y soberbias, con la cabeza alta, los ojos desmesuradamente abiertos y las manos derechas sobre las empuñaduras de las espadas, que no parece sino que esperan una señal para desnudar los aceros y derramar la sangre, lo mismo que ocurría en los buenos tiempos de la antigüedad.

Primero está la servidumbre del Gran Bajá: el gran eunuco, el gran visir, el muftí, los chambela-

nes y altos funcionarios, con turbantes de todos colores y hechuras piramidales, esféricos, cuadrados, desproporcionados, prodigiosos, y caftanes de brocado y colores vivos, cubiertos de bordados, con túnicas de seda roja y blanca, con cinturones y fajas de cachemir, con sobrevestas doradas, con petos cubiertos de láminas de oro y plata, con armas magníficas dignas de príncipes: dos largas hileras, en fin, de espantajos originales y espléndidos que revelan admirablemente la naturaleza de la antigua corte otomana, impúdica y fastuosa, bárbara y soberbia.

Siguen á lo perteneciente al cuarto del Gran Señor, los pajes portadores de los mantos reales del Gran Bajá, de los turbantes, de la espada y del almohadon y taburete.

Despues los guardias de puertas y jardines, los del Sultan, los eunucos blancos y los negros con caras de magos é ídolos, brillantes, empenachados con sombreros persas y cascos metálicos, gorros purpúreos, turbantes estafalarios de figura de media luna, cónicos y de pirámides truncadas invertidas, armados con látigos de acero, con puñales y fustas como cuadrilla de asesinos y verdugos; mira el uno con aire de desprecio, otro rechina los dientes, un tercero muestra fuera de las órbitas dos ojos inyectados de sangre, un cuarto sonríe con expresion sarcástica digna de Satanás.

Finalmente, allí está el cuerpo de los geníza-

ros, con su jefe, su santo patron á la cabeza, Emin-babá, convertido en un esqueleto, vestido con blanca túnica, y varios empleados de todas categorías, simbolizados por los varios oficios de la cocina, y soldados de todas clases, con todos los emblemas y todas las divisas de aquel ejército insolente, exterminado por la metralla de Mahmud. Y tan grotescas y pueriles vestiduras producen en la memoria la impresion de una feroz payasada. La más descompuesta fantasía de pintor nunca logrará formar tan loca confusion de vestimentas de reyes, sacerdotes y bandidos. Los aguadores, los cocineros, los reposteros, los soldados encargados de servicios especiales se suceden en interminable série, con las cucharas en los turbantes ú otros emblemas colgados de los cinturones de sus túnicas, tales como odres, ó como aquellas famosas marmitas ó sartenes con que se daba la voz de alarma en los motines palaciegos. Es de ver los morriones de pelo con las caidas de tela ó gasa que bajan por la espalda á manera de mantos de nigromante, de la nuca abajo, con los anchos cinturones cerrados por chapas de metal cincelado, con los sables gigantescos y ojos de cangrejo, bustos colosales, fisonomías contraídas en son de befa, amenaza ó insulto...

Los últimos que vienen son los mudos del Serrallo con el cordon de seda en la mano, símbolo de sus cargos de verdugos, y los enanos y bufo-

nes con caras de escrofulosos y cuellos llenos de costurones y ademan colérico y con coronas burlescas.

Las grandes vitrinas en las cuales está encerrada toda esta canalla, otorgan á los salones cierto aspecto de museo anatómico, no solo por las actitudes de las figuras, si que tambien por la apariencia cadavérica y de simulacro, que hace en ocasiones volver la cara con horror.

Al llegar á lo último, parece que se ha atravesado por una sala del antiguo Serrallo, en medio de toda la córte reunida y helada de pavora por el grito amenazador del Gran Bajá; y al salir y al encontrar en la plaza del At-meidan los bajás vestidos de negro y los nizam modestamente vestidos á la zuava... ¡oh, qué bella, amable, civilizada y simpática nos parece la Turquía de nuestros días!

## LOS TURBÉ.

Y todavía vuelvo irresistiblemente desde aquí entre las tumbas, en medio de los innumerables *turbé* imperiales diseminados por la ciudad turca, y que permanecerán siempre en mi memoria como una de las más elegantes manifestaciones del arte y de la filosofía musulmana.

Un firman (1) hizo que se nos abriera el turbé de Mahmud el reformador, situado no muy lejos del At-meidan dentro de un huerto lleno de rosales y jazmines. Lo constituye un precioso templete exágono de mármol blanco cubierto por una cupulilla revestida de plomo, y sostenido por pilastras jónicas é iluminado por siete rejas doradas, algunas de las cuales miran á una de las calles principales de Stambul. Las paredes interiores hállanse adornadas de bajo-relieves y tapi- zadas de seda y brocado. Levántase en el centro lindo sarcófago recubierto de bellísimos chales de Pérsia, y encima el fez, emblema de la reforma con el pequeño plumero sujeto por una piocha de diamantes; cercado todo por linda y graciosa balaustrada incrustada de nácar, y que une en sus extremos cuatro grandes candelabros de plata. En

(1) Decreto imperial.

las paredes están colocados los sarcófagos de siete Sultanas. El pavimento cubierto de finísima estera y tapices de vivísimos colores. Aquí y allá véñse facistoles de varias formas en que se colocan preciosos Coranes escritos con caracteres dorados. En una cajita de plata se guarda larga tira de tela enrollada, escrita con menudos caracteres árabes de puño y letra de Mahmud. Antes de subir al trono, cuando vivía prisionero en el antiguo Serrallo, transcribió pacientemente sobre aquel pedazo de tela gran parte del Coran, y al morir ordenó que aquel su recuerdo juvenil, se colocase sobre su tumba. Desde el interior del turbé se ve á través de las rejas el verde del jardín y se percibe el olor de las flores; viva luz lo ilumina; todos los rumores de la ciudad resuenan allá dentro, bajo un pórtico abierto; las mujeres y los chiquillos se asoman á las ventanas y murmuran una oración. Hay en todo un algo primitivo y dulce, que conmueve las fibras más profundas de nuestro espíritu. Se diría que no el cadáver sino el alma del Sultan se encierra entre aquellas paredes, y ve y escucha todavía á su pueblo, que al pasar lo saluda. Al morir no ha hecho sino cambiar de kiosco: desde los del Serrallo ha venido á este otro no ménos risueño, y siempre á la luz del sol, en medio del estrépito de la vida de Stambul, entre sus hijos, mejor dicho, más cerca de ellos, al lado de la calle, á la vista de todos, y muestra

aún al pueblo su brillante plumero, lo mismo que cuando iba á la mezquita lleno de vida y de gloria, á rogar por la prosperidad del Imperio.

Sobre poco más ó ménos son iguales los otros turbé: el de Ahmed, el de Bayaceto, que descansa la cabeza sobre un ladrillo construido con las cenizas de sus vestidos y de sus babuchas; el de Soliman, el de Mustafá y de Selim III, el de Abdul-Hamid, el de la Sultana Rosellan; templetes erigidos sobre pilares de mármol y pórfido, resplandecientes de ámbar y nácar, en alguno de los cuales baja la lluvia por una abertura de la cúpula, á fin de regar las flores y las yerbas que circundan á los sarcófagos, cubiertos de terciopelo y de franjas de oro. De las bóvedas cuelgan huevos de avestruz y lámparas doradas que alumbran las tumbas de los príncipes, dispuestas en forma de anillo alrededor del sepulcro paterno, sobre cuyas tumbas de los príncipes tambien se hallan colocados los pañuelos que sirvieron para ahogarlos de niños ó de jóvenes, sin duda con objeto de llevar al ánimo de los fieles compadecidos de las víctimas, la convicción profunda de que fueron absolutamente necesarios aquellos delitos.

Y recuerdo que á fuerza de ver imágenes de aquellos muertos, empezaba á sentir en mí mismo cierto principio de adhesión del pensamiento y aun de la sensibilidad, sancionando como justa la inícuca razón de Estado; de igual modo que á

fuerza de tropezar á cada paso en mezquitas, fuentes y turbé, recordado y glorificado en infinitas imágenes el nombre de un hombre como potencia absoluta y suprema, empezaba á sentir dentro de mi conciencia, algo que parecía asentimiento ó sumisión; y de idéntica manera que á fuerza de vagar por las sombras de los cementerios deteniendo la idea en los sepulcros, comenzaba á considerar la muerte bajo un nuevo aspecto casi sereno y tranquilo, experimentando sentimientos más elevados y abstraídos de las cosas mundanas. Si me hubiese abandonado á estos errantes discursos de la inteligencia, me habría sin duda perdido en un no sé qué de ociosa filosofía, errando el pensamiento en indefinidos ideales, y habría internado el alma en nuevo estado, que hubiérame aconsejado como el ideal superior en la vida humana, dejar trascurrir el tiempo plácidamente en hacer nada más que soñar y fantasear despierto, dejando á la fatalidad que se encargue de cumplir *lo que está escrito*.

Y parece mentira: ¡pero el ánimo se sentía de pronto envuelto en una extraña aversión, cuando en medio de estos serenos y plácidos esparcimientos de la inteligencia, me sorprendía la imagen de nuestras ciudades atareadas y afanosas, y de nuestras iglesias oscuras, y de nuestros cementerios encerrados en altas tapias, y desiertos!

## LOS DERVISES.

Tambien pasan ante mi vista los *dervises*, entre las imágenes de aquellos últimos días; los *dervises* de Mevleví, (los más famosos de las treinta y dos órdenes), que tienen notable *tekké* en la calle de Pera.

Fuí á verlos creyendo encontrar caras luminosas de santos, con el éxtasis de alucinaciones paradisiacas. ¡Pero qué desencanto! Hasta en los *dervises*, la llama de la fé se ha extinguido. La famosa danza divina me pareció fría representación teatral. Por curiosidad pueden verse, cuando entran en la mezquita circular unos detrás de otros envueltos en capa parda, con la cabeza baja, los brazos ocultos bajo los pliegues del manto, acompañados por una música bárbara, monótona y dulcísima juntamente, y que se asemeja al gemido del viento entre los cipreses del cementerio de Scutari, y obliga á soñar despiertos; y cuando giran y se inclinan por parejas delante del Mirab, con movimiento lánguido y majestuoso, surge en el ánimo de pronto una duda acerca del sexo á que pertenecen. Tambien es bella la escena cuando arrojan al suelo la capa con vivo ademán y aparecen completamente vestidos de blanco, con larga basquiña de lana, extendiendo los brazos en actitud amorosa y echando atrás la cabeza,

como si se abandonasen unos tras otros á los giros de la danza, impulsados por invisible mano. Dan vueltas reunidos y á la vez, en el centro de la mezquita, guardando equidistantes el espacio entre sí, sin separarse en el círculo ninguno de su sitio respectivo: como autómatas que giran sobre un perno, blancos, ligeros, rápidos, con la saya hinchada y ondeante y los ojos entornados. Despues se precipitan de pronto como aterrados por sobrehumana aparicion, sofocando contra el pavimento el grito atronador de Alá. Luego repiten las inclinaciones y se besan las manos mutuamente, girando alrededor de la mezquita, rozando las paredes con gracioso paso, entre baile y marcha militar.

Pero los éxtasis, los arrobamientos, el delirio que trasfigura el semblante, que vieron y describieron tantos y tantos viajeros, yo no lo he visto.

No ví sino bailarines ágiles é infatigables, que desempeñaban su oficio con la mayor indiferencia. Aún más: creí sorprender risas comprimidas, y hasta descubrí un jóven *dervis* que no parecía le disgustase que lo mirara con insistencia cierta señora inglesa asomada á una tribuna, frente por frente de él; y para decirlo todo, tambien advertí que varios, al hacer como que besaban las manos de los compañeros, en vez de besárselas procuraban mordérselas, rechazándolos los amenazados á fuerza de pellizcos.

¡Ah, qué hipócritas!

Lo que me causó mayor impresion fué distinguir en todos aquellos hombres, de todas edades y figuras, una elegancia y una gracia de movimientos, ademanes y actitudes, que darían envidia á muchos de nuestros bailarines *de salon*, y que consiste en la estructura especial del cuerpo en estas razas orientales y hasta acaso depende de esto solo.

Otro día lo noté más clara y evidentemente, en el cual tuve la dicha de escurrirme en una celda del tekke y asistir de cerca á la operacion de revestirse un dervis que se preparaba para la funcion. Era un jóven imberbe, alto y elegante, de fisonomía afeminada. Se ceñía el cinturon de la túnica con cierta coquetería mirándose á un espejo, se volvía hácia nosotros luego y sonreía; se abarcaba entre las manos la breve cintura, colocándose en jarras con garbo; se arreglaba todas las prendas de su vestuario con ligereza y gracia, lo mismo que una señora que dá los últimos toques á su prendido; y visto por detrás, con aquella cola, presentaba de perfil la figura de una hermosa muchacha esbelta, vestida de baile, que pedía al espejo su última opinion y su juicio último... ¡Y en vez de una chica, era un fraile!!! ¡Oh, extrañas cosas en verdad! como decía Desdémona á Otelo.

CIAMLIGIÁ.

Pero la más bella de mis últimas impresiones radica en la cima del monte *Ciamligiá*, que levanta enhiesta la cerviz á espaldas de Scutari.

Desde allí dí á la ciudad mi postrer saludo y fué la postrera y más espléndida al par, de mis poéticas visiones constantinopolitanas.

Fuimos á Scutari al despuntar del día con tiempo nebuloso. La neblina duraba todavía cuando arribamos á la cresta; pero el cielo prometía un día sereno. A nuestros piés todo se hallaba oculto. ¡Qué espectáculo! Inmensa cortina horizontal que dominábamos con la vista cubría Scutari, el Bósforo, el Cuerno de Oro, toda Constantinopla. La gran ciudad con sus afueras desapareció. Un mar de niebla inundaba todo excepto Ciamligiá, aislada como isla. Y á nosotros se nos figuraba que éramos dos pobres peregrinos venidos del Asia Menor, al contemplar la cenicienta mancha; y que ignorantes de que á nuestras plantas se escondía la gran metrópoli del Imperio otomano, íbamos á experimentar placer extraordinario siguiendo con la fantasía el sentimiento creciente de estupor y maravilla como tales pere-

grinos al ver surgir poco á poco, cuando el sol asomase por Levante, la poblacion inesperadamente.

Y con efecto, el velo espesísimo fuese rasgando, brotando aquí y allá y acullá sobre la vasta superficie gris, puntas de ciudad cual islotes: archipiélago de alquerías, nadando en cenicientas aguas y derramadas al acaso. Ahora nace Scutari, ahora las siete cumbres de Stambul, los barrios extramuros ahora; ora la cresta de Kassim-Bajá, ya algo confuso y lejano allá en el fondo de Eyub y Hass-Kioi; veinte pequeñas Constantinoplas rosadas y aéreas, erizadas de innumerables puntas blancas, verdes y plateadas. Despues empezaron á agrandarse y agrandarse, lo mismo que si surgieran de improviso, apareciendo techo tras techo, rotondas tras rotondas, torres tras torres, minaretas tras minaretas por todas partes, agrupándose en tropel, separándose y distinguiéndose, poniéndose en filas ordenadas, antes que el sol, avanzando en su carrera, sorprendiese á estos soldados sin formar y fuera de sus puestos respectivos en orden de batalla. Ya se divisaba, debajo Scutari entera; enfrente, toda Stambul; allí, los barrios altos que se extienden entre Galata y las Aguas Dulces; aquí, en la ribera europea del Bósforo, Top-hané, Funduclú, Dolma-bagé, Besci-tass, y en gradería indefinida, un anfiteatro completo de quintas y ciudades, de edificios aislados y edificios

compactos que muestran sus frentes teñidas de coral.

Pero el Cuerno de Oro, propiamente dicho, el Bósforo, el mar, continuaban ocultos.

¡Los peregrinos no habrían podido colegir nada de aquella perspectiva sin base!

Habrían creído que las dos, que la vasta poblacion se construyera en el fondo de dos valles, perpétuamente nebulosos, y compenetrándose el un valle en el otro, y se habrían preguntado qué era lo que podría esconderse en aquellas profundidades misteriosas.

Pero hé aquí que los últimos restos de la neblina se desvanecen, y el tono claro oscuro azulea—resplandece—cabrillea—brilla—¡es agua—es cristal—es un espejo—es una rada—es un estrecho—es un mar!—¡ya son dos mares! ¡¡CONSTANTINOPLA!! sumergida en un océano de luz azul y verde, creado en una hora por mágico poder. ¡Ah! En aquel instante, cuánto se goza al mirarla en conjunto, despues de haberla admirado en pormenor; cuánto al contemplarla en una unidad y de una sola vez por haberla analizado minuciosamente; cuánto de haber sondeado sus profundidades, para tenerla allí ante los ojos reconstruida y completa, íntegra en infinita síntesis! Mas es menester en aquel sublime momento estremecerse de nuevo porque se nos muestra enteramente otra, original; y además, viene al ánimo en aquellos

minutos con el entusiasmo y el placer, con el gusto y el delirio de la emoción estética, el dolor, dolor sin límites en que se anega el alma al pensar que en breve, dentro de pocos días, esta visión ideal vá á desaparecer probablemente para siempre jamás de nuestros sentidos, y aquella niebla fugaz y pasajera se trocará en otra espesa y sólida, perenne y eterna para los sentidos... Pensando en esto... se ve uno compelido á darle el postrimer adiós de perpétua despedida... y... no sé... ¡parece que vá uno á partir para el destierro y que se oscurece el horizonte á nuestra vista por toda una vida perdurable!!!

## LOS ÚLTIMOS DÍAS.

Y ¡quién lo creyera! hasta en Constantinopla se apoderó de mí el aburrimiento!

La mente fatigada rechazaba nuevas impresiones. Pasaba ya, lo mismo que mi amigo, por el puente sin alzar la vista, ni fijarla en nadie ni en nada. Todo nos parecía de un color. Trascurrían en ocasiones, horas y horas sentados á la puerta de un Café mirando las guijas del empedrado. Girábamos sin objeto á la ventura, con aire de vagabundos cansados, hartos, desilusionados. O nos asomábamos á la ventana del hotel recreándonos en... en los gatos que vagaban por los tejados de las casas de enfrente. Estábamos ya saciados de Oriente: empezábamos á sentir la imperiosa necesidad de recojernos á vivir de otro modo, trabajando y ocupados en tareas normales y continuas.

Llovió dos días consecutivos y la población se convirtió en vastísimo pantano, adoptando casas, suelo y cielo, un tono oscuro y súcio... ¡Y aquello fué el golpe de gracia! La melancolía propiamente dicha, es decir, el atrabiliarismo se apoderó de nuestro ánimo, y maldecíamos de la ciudad y sus habitantes, convirtiéndonos de amables en groseros, insolentes, provocativos, descarados y

vanidosos del orgullo pretencioso del europeo. ¡Quién lo hubiera dicho el día de la llegada! ¡Y hasta qué extremo llegamos!... ¡Llegamos hasta solemnizar como día de gran fiesta el en que tomamos los billetes en el despacho del Lloyd austriaco para Varna y el Danubio!

Mas en aquel día de alegría y broma sobresalía un punto negro para amargar el placer: nos separábamos de nuestros buenos amigos de Pera, en cuya agradable compañía pasamos las últimas noches de estancia en Constantinopla. ¡Cuán triste es verse obligado á decir siempre adios, desligar lazos, romper afectos, y dejar en tales disoluciones pedazos del corazón por todas partes!

¡No hay una vara mágica con la cual pueda yo en algun día á una hora determinada reunir á mi alrededor en una gran mesa invadida por mis amigos, todos los afectos que he derramado en mis viajes? Tú, Santoro, de Constantinopla; tú, Selam, de las orillas del África; tú, Ten Brink, de las dunas de Holanda; tú, Segovia, de las márgenes del Guadalquivir; tú, Saavedra, de las riberas del Tajo... puesto que no encuentro esta varita de virtudes, escuchad, escuchad mi voz, que os hablo con el corazón y os saludo con el alma... no hallo la varita y... ¡cómo pasa el tiempo y cómo vuelan las ilusiones y las esperanzas!!!

## LOS TURCOS.

Ahora bien, antes de embarcarnos en el bajel austriaco, humeante ya en el Cuerno de Oro, frente á Galata, dispuesto para partir con rumbo al mar Negro, me resta por exponer modestamente en estilo de viajero, algunas observaciones generales que respondan á las siguientes preguntas:

¡Qué te han parecido los turcos?

Pregunta en que se reclaman observaciones generales y enteramente libres, ajenas á toda especie de preocupacion, y sin tener para nada en cuenta acontecimientos presentes que influyan en el juicio individual y deducidas de mis propias impresiones consignadas en los apuntes y notas de mi diario.

Y á semejante pregunta, de «qué te parecen los turcos», resucita en mi ánimo en primer término la impresion constante é igual que me produjo el aspecto externo de la poblacion masculina de Stambul, desde el primero hasta el último día.

vanidosos del orgullo pretencioso del europeo. ¡Quién lo hubiera dicho el día de la llegada! ¡Y hasta qué extremo llegamos!... ¡Llegamos hasta solemnizar como día de gran fiesta el en que tomamos los billetes en el despacho del Lloyd austriaco para Varna y el Danubio!

Mas en aquel día de alegría y broma sobresalía un punto negro para amargar el placer: nos separábamos de nuestros buenos amigos de Pera, en cuya agradable compañía pasamos las últimas noches de estancia en Constantinopla. ¡Cuán triste es verse obligado á decir siempre adios, desligar lazos, romper afectos, y dejar en tales disoluciones pedazos del corazón por todas partes!

¿No hay una vara mágica con la cual pueda yo en algun día á una hora determinada reunir á mi alrededor en una gran mesa invadida por mis amigos, todos los afectos que he derramado en mis viajes? Tú, Santoro, de Constantinopla; tú, Selam, de las orillas del África; tú, Ten Brink, de las dunas de Holanda; tú, Segovia, de las márgenes del Guadalquivir; tú, Saavedra, de las riberas del Tajo... puesto que no encuentro esta varita de virtudes, escuchad, escuchad mi voz, que os hablo con el corazón y os saludo con el alma... no hallo la varita y... ¿cómo pasa el tiempo y cómo vuelan las ilusiones y las esperanzas!!!

## LOS TURCOS.

Ahora bien, antes de embarcarnos en el bajel austriaco, humeante ya en el Cuerno de Oro, frente á Galata, dispuesto para partir con rumbo al mar Negro, me resta por exponer modestamente en estilo de viajero, algunas observaciones generales que respondan á las siguientes preguntas: ¿Qué te han parecido los turcos?

Pregunta en que se reclaman observaciones generales y enteramente libres, ajenas á toda especie de preocupacion, y sin tener para nada en cuenta acontecimientos presentes que influyan en el juicio individual y deducidas de mis propias impresiones consignadas en los apuntes y notas de mi diario.

Y á semejante pregunta, de «qué te parecen los turcos», resucita en mi ánimo en primer término la impresion constante é igual que me produjo el aspecto externo de la poblacion masculina de Stambul, desde el primero hasta el último día.

Aun sin contar para nada la diferencia de las formas físicas, es una impresion enteramente distinta de la que causa la gente de cualquiera otra ciudad europea. Parece que se ve un pueblo—no sé cómo expresar mejor mi idea—en el cual todos sus individuos piensan en la misma cosa. Análoga impresion é igual efecto aparente podrá verificarse en el ánimo de cualquier viajero europeo al visitar ciudades del Norte: pero aquí el fenómeno es singularísimo.

Las gentes del Norte, manifiestan una seriedad y una reserva propias de personas atareadas y preocupadas con los respectivos quehaceres; los turcos, en cambio, presentan el aspecto de personas que se ocupan y reflexionan, ó mejor, se abisman, en algo remoto é indeterminado y vago. Parecen todos, filósofos absortos en una idea fija, ó sonámbulos que andan ignorando el suelo que pisan y las cosas que les rodean. Miran todos siempre al frente y lejos, como habituados á contemplar dilatados horizontes, y se adivina en sus ojos y en su boca cierta expresion de tristeza, adecuada al que vive solo encerrado en sí mismo. En todos se advierte igual gravedad, idéntica compostura de modales, la misma reserva en la conversacion, análoga mesura en el mirar, perfecto paralelismo en los gestos. Todos constituyen un estilo, una escuela: han recibido una única educacion; desde el bajá al comerciante, se ama-

mantaron con la misma dignidad aristocrática, bebieron en la misma fuente: nadie advertiría la existencia del pueblo bajo, la diversidad de clases, la distincion de la plebe, si no hubiera diferencias en el traje. Casi todas las fisonomías son frías, sin revelar ni el ánimo propio ni el pensamiento individual. No existe la personalidad.

Dar con una fisonomía de esas abiertas, francas, expresivas, que espontáneamente revelan un carácter determinado ó un temperamento acentuado ó un génio definido, cosa harto frecuente entre nosotros, es rarísimo. Conocer por tales rasgos exteriores como en claro espejo la índole dulce ó apasionada de un personaje observando el semblante é induciendo por su exámen el juicio racional y casi seguro para el que estudia atentamente, basado en el aspecto externo, es demasiado aventurado y expuesto á error. Cada cara encierra un enigma. La mirada de los turcos interroga, pero no contesta. La boca no traiciona al corazón.

Y no es posible apuntar cuánto pesa en el espíritu del extranjero semejante mutismo de las fisonomías, esta impassibilidad de los rostros y tal uniformidad de actitudes esculturales, de miradas fijas é impenetrables, que jamás explican nada.

Hay momentos en los cuales se nos antoja exclamar en el centro de las plazas:—¡Pero sacu-

díos y despertaos una vez siquiera; decidnos qué sois, quiénes sois, qué pensais, qué veis en el ambiente cuando perennemente mirais en el espacio con esos ojos de vidrio!"—Y resulta tan extraño el fenómeno, que no hay medio de convencerse de que sea natural; y se duda en ocasiones de que no sea una cosa convenida ó efecto pasajero de alguna enfermedad moral ó de accidente más ó menos comun y generalizado, pero anormal, al fin y al cabo.

Sin embargo, salta á la vista, aun dentro de la susodicha uniformidad de maneras y posturas, cierta diferencia entre una parte y otra de la poblacion musulmana.

Los rasgos más salientes de la raza turca, bella y robusta, no se han alterado en lo más mínimo en el pueblo bajo, el cual conserva por necesidad ó por espíritu religioso la sobriedad de sus antepasados. En los plebeyos aún se notan los cuerpos enjutos y vigorosos, las cabezas bien conformadas, los ojos vivos, la nariz aguilena, los maxilares prominentes y un no sé qué de fuerte y atrevido en todos los lineamentos principales de la figura.

Los turcos de las clases elevadas, por el contrario, en los cuales data de antiguo la corrupcion

y la mescolanza de la sangre extranjera, se les reconoce comunmente por la obesidad, por la cabeza diminuta, las frentes estrechas, los ojos sin brillo, los lábios caidos y por ende bocas sin contracciones habituales características y eminentemente expresivas y elocuentes aun sin pronunciar un solo sonido.

A las diferencias físicas corresponden otras no menores, y quizá mayores, morales, y consisten en lo que media entre el turco verdadero, antiguo, clásico, característico y claro, y este sér ambíguo, insípido é incoloro denominado el turco *de la reforma*. De lo cual dependen las grandes dificultades que se originan para estudiar lo que se llama el pueblo turco; porque con la parte que ha conservado fielmente sus tradiciones, ó no hay manera de entenderse, ó no hay modo de mezclarse entre ellos; y con la otra parte, con la que existe cierta facilidad para llegar hasta ella y relacionarse en el comercio y trato social, no retrata fielmente ni las ideas de la nacion, ni la índole de la misma.

Pero de todos modos, ni la corrupcion, ni el tinte de civilizacion europea, han borrado de las altas clases sociales ese algo de austeridad y de vaguedad triste, que se observa en el pueblo bajo y que no considerándolo en los individuos sino en la generalidad, produce una impresion innegablemente favorable. Con efecto, á juzgar por las apa-

riencias, la población turca de Constantinopla parecería la más civil y la más honesta de Europa. No se dá caso, ni aun por las calles más solitarias de Stambul, de que sea insultado un extranjero; se pueden visitar las mezquitas aun en los momentos de las oraciones, con mayor seguridad que la que podría tener un turco si penetrase en nuestras iglesias; entre la muchedumbre jamás tropieza uno con una mirada, no digo ya insolente, pero ni siquiera demasiado curiosa; son rarísimas las carcajadas, rarísimas las gentes del pueblo bajo que se insultan en la calle, rarísimo el vocerío de mujeres ó mujerzuelas en las puertas, las ventanas y las tiendas; no se advierte ningun acto público de prostitucion, ninguna accion pública indecente ni deshonesta; el mercado reviste casi tanta dignidad como la que encierra la mezquita; en todos lados salta á los ojos excesiva parsimonia en restos y palabras; ni se oyen cantos, ni ruidosas risotadas, ni exclamaciones ó interjecciones groseras de la plebe, ni grupos inoportunos en la vía pública interrumpen el paso; caras, manos y piés limpios; raros los harapos y más raros aún las personas súcias de ciertas clases; dicho se está que no hay casos de borrachos por las calles, y por último, es admirable, maravilloso, el respeto mútuo que se guardan todas las clases sociales entre sí.

Pero... esto, aunque notable, no es sino apariencia. La putrefaccion está oculta. La corrupcion se disimula mediante la separacion de los dos sexos, la tranquilidad sirve de máscara al ócio, la dignidad al orgullo, la compostura de los semblantes graves que sirve de indicio de profundos pensamientos, esconde la inercia mortal de la inteligencia; y aquello, en fin, que se toma por templanza nacida de la civilizacion y la cultura, no es sino falta de vida y actividad verdadera.

La naturaleza, la filosofía, la vida entera de este pueblo, se resume en un estado particular del espíritu y del cuerpo que se denomina *Kief*, y en el cual estríba el placer supremo.

Haber comido parcamente; haber bebido un vaso de agua corriente; haber dicho las oraciones de ritual; sentir la carne y la conciencia tranquila y sin deseos; hallarse sentado á la sombra de un árbol en un punto desde el cual se divise vastísimo horizonte, siguiendo con la vista las palomas del cementerio vecino, los bajeles lejanos, los insectos próximos, las nubes del cielo, el humo de la pipa, pensando vagamente en Dios, en la muer-

te, en la vanidad de los bienes terrenales, en la dulzura del reposo eterno, en otra vida... hé ahí el *Kief*.

Redúcese á ser espectador inactivo del gran teatro del mundo: hé aquí la suma aspiracion del turco.

Lo lleva á esto, su naturaleza de antiguo pastor contemplativo, lento y tardo; su religion que ata los brazos del hombre, dejando todo á la voluntad y obra de Dios; sus tradiciones de soldado del islamismo, para el cual no existe otra accion verdaderamente grande y necesaria que la de combatir y vencer por la propia fé, y acabada la batalla, ya se han cumplido todos los deberes.

Para el turco todo es fatal. El hombre no es sino instrumento en manos de la Providencia: es inútil que el individuo se esfuerce por dar á las cosas humanas otro rumbo que el prescrito en el cielo; la tierra se reduce á una caravana que cruza por este valle; Dios creó al hombre para que pase por él, rogando y admirando las obras del Hacedor; dejemos caer lo que se cae y dejemos pasar lo que pasa; dejemos hacer á Dios; no nos afanemos por renovar, no nos afanemos por conservar.

Así, pues, el primer deseo de los turcos es la quietud. Y se abstienen de cuanto pueden turbar este reposo, en que cifran la felicidad, huyendo de todo género de emociones. Por tanto, ni avidez de saber; ni fiebre de ganancias, ni furor por

los viajes, ni pasiones vagas, ó inagotable sed de amor ó ambicion, nada sacude la inactividad turca. La falta de múltiples necesidades intelectuales y físicas, para satisfacer las cuales luchamos nosotros continuamente, hace que ellos ni siquiera conciban la razon de nuestro incesante trabajo. El deseo de ocupacion y de actividad, lo consideran como indicio seguro de aberracion morbosa de nuestro espíritu. Siendo para el musulman la paz el último fin de la vida, cree que es mejor proponérsela por norma, que no como resultado del descanso despues del trabajo y la fatiga. Y la suma de esfuerzos intelectuales y físicos que abruma á los pueblos europeos, le parece al turco que son pueriles y vanos afanes, puesto que no ve que den por consecuencia lógica un resultado de mayor felicidad práctica, producto de un ideal teórico fingido y ambicionado de antemano por nosotros. No trabajando, carece del sentimiento de lo que el tiempo vale; y faltándole este sentimiento no puede ni desear ni apreciar las invenciones y descubrimientos del ingenio humano encaminados á acelerar la vida y mejorar la condicion de la humanidad.

Capaz es el turco de preguntar para qué sirve un ferro-carril, si no nos conduce á una ciudad donde trascorra la existencia con mayor felicidad. Su fé fatalista que le lleva á no preocuparse del porvenir, cáusale juntamente el desden por

todo lo que no origina nuevos placeres y nuevos goces. Por lo mismo, no comprende que los soñadores y utopistas europeos, se ocupen en echar los cimientos de un edificio cualquiera que no han de ver acabado en sus días, y consume sus fuerzas, compromete su paz presente por un fin dudoso y lejano.

Por lo mismo también juzga nuestra raza como raza frívola, mezquina, presuntuosa, bastardeada, cuyo solo valor consiste en estar orgullosa con una ciencia que entiende de cosas terrenas, y la desprecia hasta donde lo consiente la necesidad en que se ve de entender algo de estas ciencias con el solo objeto de colocarse á la altura de los europeos y no ser engañado por su ignorancia. Pero nos desdeña con el más soberano desden de todos modos.

Para mí ese es el verdadero sentimiento que inspiramos á los *verdaderos* turcos que constituyen todavía la inmensa mayoría de la nación. Y se podrá negar el hecho ó hacer como que no se cree; pero no es posible desconocerlo cuando se ha vivido algún tiempo entre ellos.

Y este sentimiento de desprecio se deriva de muchas causas. La primera, consiste en la consideración de un hecho significadísimo para ellos,

á saber: que hace más de cuatro siglos que se mantienen en Europa dominando sobre un gran territorio á pesar de ser el número de los turcos relativamente pequeño, y á pesar de todas las dificultades é inconvenientes que se les crea á su alrededor. La parte mínima de la nación interpreta este hecho, atribuyéndolo á las discordias que reinan y separan al propio tiempo, los distintos Estados de Europa; pero la parte mayor lo interpreta en cambio, atribuyéndolo á la superioridad de sus propias fuerzas y á nuestro evilecimiento. No le cabe, en efecto, en la cabeza á ningún turco del vulgo, que pueda ser suprimida la Europa islámica en un momento, poniéndose de acuerdo las potencias europeas; así como tampoco creen que sufrirían la afrenta de una conquista cristiana, desde los Dardanelos al Danubio. A las baladronadas de nuestra civilización oponen el hecho de su dominación constante. Orgullosos de su sangre, fortificados en este orgullo por la costumbre del Imperio, habituados á oírse llamar, en nombre de Dios, que pertenecen á una raza conquistadora nacida para la guerra y no para el trabajo, no comprenden cómo los pueblos sujetos á su poder pueden atreverse á mostrar ningún género de derechos á la igualdad civil. Para ellos, poseídos de una fé ciega en el reino sensible de la providencia, la conquista de Europa ha sido la realización de un decreto de Dios; y es Dios quien

los ha investido en prueba de predileccion, de esta soberanía terrenal; y el hecho de conservarla contra tantas fuerzas hostiles, constituye un argumento incontestable de su derecho divino, y al mismo tiempo una prueba luminosísima en favor de la verdad de su fé.

Contra este sentido y manera de pensar, se estrellan todos los razonamientos de la civilizacion, del derecho y de la igualdad. La civilizacion no es para ellos sino una fuerza hostil que quiere desarmarlos sin combatirlos, poco á poco, á traicion, para rebajarlos á la condicion en que actualmente se encuentran sus propios súbditos, despojándolos de la dominacion. De aquí que además del desprecio con que miran á la civilizacion como vana, la temen como enemiga; y ya que no pueden rechazarla con la fuerza, le oponen la invencible resistencia de su inercia constante.

Trasformarse, civilizarse, igualarse á sus súbditos, estiman que equivale á tener que rivalizar con el ingenio, con el estudio y con el trabajo; equivale á conquistar una nueva superioridad; equivale á rehacer con la fuerza del espíritu, la conquista ya conseguida por la espada. Y á esto se opone, aparte de sus intereses materiales de dominadores, su desprecio religioso hácia los infieles, su altanería militar, su indolencia natural, la índole de su ingenio que carece de toda facultad iniciadora; y vive entumecido con la inmo-

vilidad de aquellas cinco ideas tradicionales que forman todo el patrimonio intelectual de la nacion.

No ven, por otra parte, en aquella clase social que acepta segun ellos la civilizacion europea y que representa á sus ojos el estado al cual quería Europa reducir á todos los hijos de Osman; no ven, repito, en aquellos hermanos que usan levita y guantes, que balucean el francés y no asisten á la mezquita, un solo ejemplo que pueda convertirlos racionalmente.

¿Cómo representa la civilizacion aquella parte de la nacion otomana?

Sobre este punto están todos de acuerdo, con ligeras variantes. El nuevo turco no vale lo que el viejo. Ha adoptado nuestras telas, nuestras comodidades, nuestros vicios, nuestras vanidades; pero no ha acogido hasta ahora ni nuestros sentimientos ni nuestras ideas; y en esta trasformacion parcial, perdió todo lo bueno que radicaba en el fondo de su genuina naturaleza de Osman.

El viejo turco, no ve hasta el presente otros frutos de la civilizacion, que una más difusa *peste dicasterica* (1); una empleomanía espantosa, inepita, ociosa, aficionada á la rapiña, incrédula, enmascarada á lo franco, que desprecia todas las tradiciones nacionales; y una especie de *juventud*

(1) Dicasterias, tribunales de justicia que existieron en Atenas, y que llegaron á gran corrupcion.

*dorada*, desvergonzada y corrompida, que promete ser bastante peor que sus padres. En vestir así y en vivir así, estriba según el verdadero turco el ser civilizados; y con efecto, llama obrar, pensar, vivir á la franca, todo aquello que en usos, actos ó costumbres condena no solo la conciencia mahometana, sino toda conciencia de cualquier hombre honrado. De aquí que considere á los *civilizados* no como musulmanes adelantados en el camino de la reforma y el progreso, sino como gente perdida y extraviada, poco menos que apóstatas y casi traidores á la nación. Desconfía, por tanto, de las innovaciones, las rechaza, aunque no fuera por otra cosa, por el sitio de donde proceden, del cual no espera sino funestísimos efectos. Cada novedad europea, vale tanto como atentar contra su carácter y sus intereses.

El gobierno es revolucionario; el pueblo conservador; las semillas de las nuevas ideas caen en un terreno compacto y rígido que le niega el jugo indispensable para que fecunde; la mano que rige los destinos, oprime y agita la empuñadura, pero la hoja de la espada gira inútilmente en el montante.

Hé aquí la razón de que toda la obra reformadora que se viene intentando hace cincuenta años no se haya introducido todavía en la epidermis de la nación. Se han mudado los nombres, pero han quedado las cosas. Lo poco hecho fué hijo de

la violencia, y á esto atribuye precisamente el pueblo la audacia creciente de los infieles, la corrupción que se apoderó del corazón del Imperio, y todas las desventuras nacionales.

¿Por qué mudar nuestras instituciones, si son aquellas con las cuales hemos vencido y dominado por espacio de tantos siglos?

¿Por qué adoptar aquellas que carecieron de fuerza suficiente para resistir los mandobles de nuestras espadas?

La organización, la vida, las tradiciones del pueblo turco, son las de un ejército vencedor acampado en Europa; ejerce su mando, goza los privilegios y los ócios, siente el orgullo de su dominación; y como todos los ejércitos, prefiere la disciplina de hierro que le otorga la prepotencia sobre los vencidos, á una disciplina más suave, que encadena su albedrío de vencedor.

Ahora bien, esperar que este orden de cosas, inmóvil por espacio de tantos siglos, cambie en el trascurso de pocos años, es un sueño. Las ligeras vanguardias de la civilización, podrán proceder todo lo rápidamente que quieran, pero el grueso del ejército, cargado todavía con las pesadas armaduras de la Edad Media, ó no se mueve, ó las sigue de lejos con paso lento. No son cosas

de ayer, conviene recordarlas; el despotismo ciego, los genizaros, el Serrallo coronado de cabezas cortadas, el sentimiento de la invencibilidad de los osmanes, el *raia*, considerado y tratado como sér inmundo, los embajadores de Francia vestidos y alimentados en la antecámara del trono para simbolizar la vil pobreza de los infieles ante el Gran Señor...

Pero sobre este argumento no creo que haya gran disparidad de pareceres, ni aun entre los europeos ni los mismos turcos. La disparidad de los juicios, y por consiguiente la dificultad para un extranjero en emitir juicio propio, estriba en la estimacion de las cualidades íntimas individuales del turco; puesto que si se interroga sobre el particular á los *raia*, no se escuchan sino los vilipendios del oprimido contra el opresor; á preguntar á los europeos libres de las colonias, los cuales no tienen motivo ni para temer ni para odiar á los Osmanes, sino que antes bien, tienen mil razones para alabar el estado actual de cosas y alegrarse del mismo, á escuchar á estos, repito, no se obtienen en general sino juicios favorables, acaso concienzudos, pero ciertamente excesivos.

La mayoría de éstos convienen en reconocer que el turco es probo, leal, sincero y creyente religioso. Pero con respecto al sentimiento religioso, cuya observancia se les podría tomar en cuenta como gran mérito, hay que notar que esa reli-

gion no se opone á ninguna de sus tendencias, ni á ninguno de sus intereses; antes por el contrario, acaricia su naturaleza sensual, justifica su inercia, sanciona su dominacion, y él se atiene tenazmente á ella, puesto que comprende que su nacionalidad se basa en su dogma, y su destino en su fé. Tocante á la probidad, cítanse muchos ejemplos de hechos individuales, de los que pueden hallarse retratos aun en el más corrompido pueblo europeo. Pero hay que considerar, aun bajo este punto de vista, que no deja de entrar por gran parte la ostentacion, en la probidad que muestra el turco en sus asuntos comerciales con los cristianos, porque con frecuencia verifica por orgullo, lo que no ejecutaría por los meros impulsos de su conciencia. Entra por mucho, repito, en su moralidad bajo este respecto, la repugnancia que experimenta á aparecer inferior ante una raza, á la cual se cree él mismo superior, en valor moral.

Así nacen tambien de su misma condicion de dominador, ciertas cualidades estimables en extracto, tales como la franqueza, la fiereza, la dignidad, las cuales no se puede asegurar hubiesen conservado colocados en la situacion en que se hallan sus súbditos.

No se les puede negar, sin embargo, ni el sentimiento de la caridad, único bálsamo á los infinitos males de aquella sociedad mal ordenada, aunque promueva la indolencia y multiplique la miseria; ni otros sentimientos que indican gentileza y bondad de ánimo, como la gratitud que guardan eternamente por los más pequeños beneficios, el culto de los muertos, la cortesía hospitalaria, el respeto y miramientos para con los animales.

Es hermoso su sentido acerca de la igualdad de todas las clases sociales.

Es innegable la moderación severa de su índole, que se trasluce y desprende de sus innumerables proverbios que rebosan sabiduría y prudencia.

Es notoria la sencillez de su vida patriarcal y una cierta tendencia vaga á la soledad y á la melancolía, que excluye toda vulgaridad en la tristeza de ánimo.

Todas estas cualidades sobresalen en su alma en el más alto grado, cuando no se perturba la quietud de la vida ordinaria, hallándose en el fondo de su conciencia como aletargada su natural violencia asiática, su fanatismo, su furor militar, su ferocidad de bárbaros... cuyas condiciones saltan inmediatamente que se las estimula, y aparece otro hombre enteramente distinto.

¡Cuán exacta es la frase de que el turco es de

índole dulce y tranquila cuando... cuando no corta cabezas!

El tártaro está oculto en el fondo del turco y como adormecido. Su vigor nativo natural ha permanecido íntegro en él, custodiado por la indolencia y la molicie de su vida; y no se sirve de aquel vigor sino en las ocasiones supremas. Así ha conservado entero el valor, del cual la cultura de la inteligencia aviva la fibra, y refinando el sentimiento de la vida hace más querido el goce de los placeres, pensando en la esperanza de futuro bienestar.

La pasión religiosa y guerrera encuentra en su ánimo ancho campo, sin que las dudas empañen el horizonte, ni se rebele el espíritu contra aquellos sentimientos, ni las nuevas ideas sacudan la tranquilidad de su conciencia. Es un hombre de una pieza que surge y se despierta de una vez en un momento determinado; es una espada afilada siempre, en cuya hoja está escrito el nombre de Dios y de su Soberano. La vida social apenas ha desbastado en él al hombre antiguo de las estepas y de las tiendas de campaña.

Espiritualmente vive todavía en la ciudad como viviera en la tribu, en medio de las gentes, pero solitario, encerrado en sus pensamientos. Realmente, entre ellos no existe verdadera vida social. La vida de los dos sexos dá la idea de dos ríos que corren paralelos y cuyas aguas no se en-

encuentran sino acá ó allá por comunicaciones subterráneas. Los hombres se reúnen entre sí, pero no viven en intimidad de pensamiento los unos con los otros; se aproximan, pero no se enlazan; cada uno prefiere á la expansión de sí mismo «la sorda vejetación de las ideas» según definió estas expansiones admirablemente un gran poeta.

Nuestra conversacion ágil, variada, bromista, alegre, que enseña, recrea y discute; nuestra necesidad de dar y recibir sentimientos, pensamientos y deseos; este cruzamiento recíproco de nuestro sér, en el cual la inteligencia se ejercita y el corazón se temple, la desconocen los turcos. Únicamente alguno que otro sirve de excepcion á la regla general. La conversacion de ellos, por lo comun, se arrastra prosáica por el suelo de lo vulgar, tratando asuntos y cosas materiales.

El amor se excluye de estos discursos; la literatura es privilegio de pocos; la ciencia es un mito; la política se reduce á cuestion de nombres; los negocios no ocupan sino una parte insignificante de la vida en los más. A las discusiones abstractas no se adapta su inteligencia con facilidad. No comprenden bien sino lo que ven ó lo que tocan, como lo prueba hasta su misma lengua, en la que á cada paso faltan palabras para expresar abstracciones; de donde nace que los turcos instruidos, para hablar de sus concepciones más ó ménos

elevadas, se vean obligados á recurrir al árabe ó al persa ó á una lengua europea.

Por otra parte, no sienten la necesidad de poner en apuro la mente para comprender cosas que se hallan fuera de sus deseos y hasta de su vida misma. El persa es más investigador, el árabe más curioso; el turco no tiene sino suprema indiferencia hácia todo lo que desconoce. Y no poseyendo ideas que cambiar, no busca la compañía de los europeos; y ni los ama, ni se interesa por sus interminables y sutiles discusiones. No es posible, por tanto, que llegue á establecerse completa confianza entre unos y otros, ya que uno de los dos esconde perpétuamente una parte de su espíritu, aspiraciones y naturaleza; sus afectos más íntimos, su casa, sus placeres, y lo que es más importante aún, el verdadero sentimiento que le inspira el europeo; sentimiento invencible de desconfianza sin límites.

El turco tolera al armenio, desprecia al judío, ódia al griego, desconfía del franco. Los soporta á todos como el animal que se deja pasear por el lomo miles de moscas, á reserva de sacudírselas cuando siente que le llegan á lo vivo. Deja que todos hagan, armen, reformen todo cuanto hay á su alrededor; se vale de los europeos que puede utilizar; acepta las innovaciones materiales cuyas ventajas inmediatas reconoce; escucha sin pestañear las lecciones de civilizacion que se le sumi-

nistran; muda leyes y ceremonias; aprende á repetir correctamente nuestras máximas filosóficas; se deja vestir, embellecer y enmascarar... pero siempre dentro de él, inmutable é instintivamente, es el mismo.

Y sin embargo, repugna á la razon resignarse á creer que la accion lenta y continúa de la civilizacion europea, no consiga en un período de tiempo indeterminado infundir la chispa de una vida nueva en este jigantesco soldado asiático que duerme al través de los dos continentes, y que no se despierta jamás sino para blandir su espada.

Pero considerados los esfuerzos verificados y los frutos obtenidos hasta el presente, aparece tan largo este período de tiempo, en comparacion con las necesidades y las impacencias de los pueblos cristianos orientales, que casi desvanece las esperanzas relativas á que la cuestion de Oriente que en la actualidad preocupa á Europa, pueda resolverse por medio de la civilizacion progresiva del pueblo turco.

Esta, al ménos, es la opinion que me he formado durante mi breve estancia en Constantinopla.

¿Y de qué otra manera se lograría resolver la cuestion?

¡Ah, lector! No me creo obligado á responder ahora y en este sitio, puesto que no podría contestar, sin que mis palabras revistiesen, hasta cierto punto, el carácter de consejo á Europa... y á esto se opone inexorablemente mi modestia.

Y además... ¡ya lo dije! hay un barco austriaco que humea ya, anclado en el Cuerno de Oro, enfrente á Galata, y dispuesto para partir al mar Negro... y el lector sabe hácia donde se dirige este barco; luego... ¡He dicho!



---

## EL BÓSFORO.

---

Apenas estuvimos á bordo, vimos esparcirse sobre Constantinopla un velo gris, diseñándose sobre este velo las montañas de la Moravia, Hungría y los Alpes del Austria meridional.

Cuantas veces sube uno sobre la cubierta de un buque, se observa la mutacion de escena, donde se echa uno á la cara rostros nuevos y se escuchan acentos del país adonde uno se dirige.

Estamos aprisionados en estrecho círculo de semblantes alemanes que nos hacen sentir antes de tiempo la tristeza y el frío del Setentrion.

Nuestros amigos nos abandonaron ya: no divisamos sino tres pañuelos blancos que se agitan y ondean sobre ligero esquife que vuelve al puerto entre el desórden de cien barcas de toda especie enfrente de la Aduana. ®

Nos hallamos precisamente en el mismísimo puerto en el que se detuvo nuestra embarcacion siciliana al traernos á Constantinopla. Hace una

hermosa tarde de otoño, espléndida y templada. Jamás creo que nos ha parecido la ciudad de Constantino tan risueña y tan grande. Por última vez procuramos recoger la impresión de sus contornos y buscamos el modo de fijar en la memoria el conjunto de sus perfiles inmensos y sus ricos colores de ciudad de hadas. Derramemos la vista por la postrera vez sobre el maravilloso fondo del Cuerno de Oro, que pronto desaparecerá para siempre.

Ya se perdieron los blancos pañuelos... el buque se mueve... todo vá marchando... Scutari adelanta, Stambul se queda atrás, Galata gira sobre ella misma, como si se preparase para vernos partir y despedirnos... ¡Adios, Cuerno de Oro!... Un rápido avance del bareo nos acaba de robar el barrio de Kassim-Bajá; otro nos arrebató á Eyub; otro la sexta colina de Stambul; ya desaparece la quinta; eseóndese la cuarta; desvanécese la tercera; piérdese como el humo la segunda; no queda sino la del Serrallo, que gracias al cielo no nos abandonará por algun tiempo.

Navegamos ya rápidamente en pleno Bósforo. Pasa el cuartel de Top-Hané; pasa el de Fundulú; huyen las fachadas blancas y cinceladas de Dolma-Bageé; Scutari se divide defumada por úl-

tima vez, juntamente con sus anfiteatros de jardines cubiertos de verdor y salpicados de casitas de campo...

¡Adios, Constantinopla, cara é inmensa ciudad, sueño de mi infancia, suspiro de mi juventud, imborrable recuerdo de mi existencia! ¡Adios bella é inmortal reina del Oriente! ¡Adios, y que el tiempo mude tu suerte, sin ofender tu belleza, y que mis hijos puedan verte un dia con la misma embriaguez del entusiasmo juvenil con la cual te he visto y ahora te abandono!

La tristeza del adios no duró, sin embargo, sino pocos instantes, porque otra Constantinopla más vasta, más alegre, más hermosa, se extendía ante mis ojos á lo largo de veintisiete mil metros sobre las dos más lindas orillas de la tierra.

El primer pueblo que se presenta á la izquierda, colocado en la playa europea del Bósforo, es Bescik-Tass; destartalado poblachon turco, casi barrio de Constantinopla, que se asienta á la falda de suave ladera cerca de reducido puerto.

A su espalda, se abre un bello vallecito; el antiguo valle de los laureles de Esteban, de Bizancio, que se remonta hácia Pera. Entre las casas levantan su corona apretado grupo de plátanos, prestando sombra á la tumba del famoso corsario Barbaroja. Gran café atestado de gente avanza hasta sobre el agua, sostenido por verdadera selva de espesa empalizada. El puerto hállase rebosando barquillas; la playa rebosando personas; la colina cubierta de verdor; el valle lleno de alquerías y huertas.

Pero ya no reviste el mismo carácter constantinopolitano: ostenta la gracia y la alegría propia é inolvidable de las aldeas y caseríos del Bósforo. Las formas son más diminutas, el verde de la vejetacion más brillante, los colores, en general, más chillones. Constituye un puñado de casitas risueñas, suspendida entre cielo y agua; una aldehuela para enamorados y poetas, destinada á durar lo que una pasion ó un poema, plantada allí por capricho, en hermosa noche estival.

Todavía no se ha acabado de mirarla, cuando ya se aleja, y la sustituye el palacio de Ceragan, ó mejor dicho, una série de palacios de mármol

blanco, sencillos y magníficos, decorados por largas filas de intercolumnios, coronados por azoteas con barandillas caladas, sobre las que se alza un movible almenado vivo de blancas aves del Bósforo, y puesto de relieve todo ello por los verdes tonos de las lomas y cerros de entrambas orillas.

Pero hé aquí que sigue el caro tormento de ver huir belleza tras belleza en el tiempo en que se contempla una sola.

Mientras admiraba Bescik-Tass y Ceragan, vá fugitiva por la ribera opuesta asiática largo séquito de pueblecillos que quisiera uno comprarlos y llevárselos consigo para regalar á los chiquillos de las familias conocidas, pues son juguetes monísimos. Allá vá Kuzgunchiuk, pintado de todos los colores del arco iris, con su puertecito, donde cuenta la tradicion que abordara la juvenca Io (1), despues de haber atravesado el Bósforo para salvarse de los tábanos que Juno le enviara. Allí corre Istauros con su linda mezquita de doble alminar; ya desaparece la residencia imperial de Beylerbey con sus techos cónicos y piramidales, sus tapias grises y sus paredes amarillas, que parece misterioso recinto de convento de princesas; ya se refleja en las aguas; ya se ve el monte de Bulgurlú... y todas estas aldeas, reunidas ó espar-

(1) Io, hija de Inaco, rey de Argos, y sacerdotisa de Juno, á la cual convirtió en novilla Júpiter.

cidas á la falda de verdísimas laderas, ahogadas casi en medio de exuberante vejetacion que parece tiende á cubrirlas por completo, están unidas entre sí á manera de eslabones que se encadenan por guirnaldas de casas de campo, lindos caseríos, quintas deliciosas é interminables alamedas colocadas en zig-zags caprichosos, desde las cumbres de las lomas hasta el mar, cercadas de prados, circundadas de riachuelos canoros, de huertos en eterna primavera, y ora en pendientes abruptas ó suavísimas, ora en empinadas alturas ó en senos y hondonadas, y siempre matizadas de mil tintas de esplendorosa luz.

\*\*\*

Preciso es resignarse á ver todo al vuelo, girando continuamente la cabeza á derecha é izquierda con regularidad de autómeta.

Salvado Ceragan, y á mano izquierda en la ribera europea, hállase la grande aldea de Orta-Kioi, por cima de la cual muestra su brillante cúpula la mezquita de la Sultana Validé, madre de Abdul-Azís, y presenta sus graciosos techos el palacio de Riza-Bajá á las plantas de un cerro,

coronado á su vez por las blancas y ligeras tapias del kiosco imperial de la Estrella.

Habitan Orta-Kioi muchos banqueros armenios, griegos y francos. En aquel momento arribaba el piróscafo de Constantinopla. Un tropel de gente desembarcaba, y otro esperaba el desembarque para ocupar los puestos vacantes y regresar á la capital. Véanse señoras turcas, europeas, empleados, frailes, eunucos, elegantes y sietemesinos, fez, turbantes, chisteras, hongos... una confusion carnavalesca que se nota á cada paso en las veinte estaciones del Bósforo durante la tarde principalmente.

Frete á Orta-Kioi, sobre la ribera asiática, brilla otro pueblecito: Cengel, «del áncora», llamado así por un áncora vieja que encontró en sus playas Mahomet II; y á su espalda se levanta el blanco kiosco de triste recordacion, desde el cual Murad IV, roído de feroz envidia, ordenara la muerte de cuantos pasaban cantando *alegres* por aquellos campos.

El coqueton pueblecillo de Kuru-Cesmé, situado en el lado europeo, queda ahora atrás: la antigua Anaplos, donde Medea, al desembarcar con Jason, plantara el célebre laurel; y volviendonos otra vez al Asia, véanse las risueñas casas de Kulleli y de Vani-Kioi, próximos á un grandísimo cuartel que se mira en el borde de las aguas.

Detrás de los dos caseríos, eleva su frente has-

ta las nubes una masa enorme de verde, en cuya cúspide blanquea casi oculto por corpulentos árboles, el kiosco donde Soliman el Grande vivió tres años escondido en reducido torreón con objeto de sustraerse á las pesquisas de los espías y verdugos de su padre Selim.

Mientras buscamos los girones de la torre entre las copas de los árboles, pasa el buque por delante de Arnot-Kioi, pueblo de los albaneses, actualmente habitado por griegos, extendido en forma de media luna sobre la orilla europea, y en el centro de pequeña concha cuajada de velas latinas.

¿Pero cómo es posible verlo todo?

Un pueblo nos roba la vista de otro, una mezcquita nos distrae de un hechicero paisaje, y mientras se miran pueblos y puertos, pasan en rápido torbellino palacios de Visires, de Bajás, de grandes señores, de grandes eunucos y de grandes señoronas; casas amarillas, azules y encarnadas, que nadan sobre el agua, revestidas de yedra, y otras trepadoras, cubiertas de aéreas galerías, rebosando flores, y entre bosquecillos poéticos de cipreses, álamos y naranjos; edificios cerrados en la parte superior de sus fachadas por frontispicios corintios y decorados por columnas de mármol

blanco; quintas suizas, casinos japoneses, palacios moriscos, kioscos turcos de tres pisos, sobresaliendo los unos de los otros, que suspenden sobre el azul del Bósforo sus enrejados balcones recubiertos de cristal en forma de cierres y pertenecientes á ricos harenas, y extienden sus escalinatas delante y sus jardincillos acariciados por la corriente; edificios que revelan por tales detalles la fortuna de sus propietarios, ó bien el triunfo de una mora jovencilla favorita, el éxito de una intriga, el alto cargo que mañana se perderá, una gloria que concluirá en el destierro y una riqueza que se evapora ó una grandeza que se derrumba: ¡todo eso puede leerse en cada una de aquellas mansiones del placer y de los amores, de la alegría y el poderío!

Casi no se señala un solo sitio en aquellos parajes donde no asiente sus reales una casa de campo.

Envuelve muchos puntos de analogía con el gran canal de una inmensa Venecia campestre.

Los pabellones, los kioscos, los cenadores, las alquerías, los palacios, se encuentran escalonados de tal modo, que aparecen los unos detrás de los otros como si estuvieran pegados á manera de bambalinas y bastidores de teatro, y adelantan ó se quedan atrás, mostrando en los intersticios todas las entonaciones posibles del verde, y dejando ver las líneas arquitectónicas interrumpidas

por copas de encinas, de plátanos, de pinos, de variadas especies de frutales, entre los cuales saltan los surtidores de las fuentes ó suben al cielo las agujas de los minaretes, ó resplandecen las cúpulas de las mezquitas, ó brillan los techos de los turbé y panteones...

Al volvernos hácia Constantinopla, todavía se distingue confusamente la colina del Serrallo y la cúpula de Santa Sofía, que renegrea sobre el límpido y dorado firmamento.

Entretanto se desvanece Arnot-Kioi, Vani, Kulleli, Cengel, Orta, cambiando el panorama incessantemente. Ahora parece que se está en un vasto lago.

Pequeña bahía se abre á la izquierda sobre la orilla europea; otra pequeña bahía á derecha sobre la orilla asiática; en direccion de la primera reclínase en semicírculo la bella villa griega de Bebek, á la sombra de corpulentos árboles, por entre los cuales sobresale la bella mezquita antigua y el kiosco imperial de Humaiun-Habad, donde en épocas pasadas recibían los Sultanes á

los embajadores extranjeros para secretas alianzas. Una parte de la ciudad se oculta en la espesura del bosque; otra se desparrama por las laderas de la montaña, cubiertas de encinas, y cerca de la famosa selva donde se encuentra un eco famosísimo que á las pisadas de un caballo responde con el estrepitoso ruido de un escuadron.

Es un paisaje delicioso capaz de encaprichar al más insensible; pero se olvida tan pronto como se vuelve la cara al lado opuesto.

La orilla asiática ofrece una perspectiva de paraíso terrenal.

Sobre ancho promontorio elévase en saliente arco el pueblecito de Kandilli, pintarrachado como los caseríos de Holanda, con su mezquita y su numeroso séquito de quintas. A su espalda luce orgullosa la frente coronada de flores, la colina de Iyadié con su torre almenada, espiondo los incendios de entrambas riberas. A la derecha de Kandilli desembocan en la bahía y á corta distancia uno de otro, dos vallecitos: el del grande y el del pequeño *arroyo celeste*, entre los cuales brilla la encantadora pradera de las Aguas Dulces de Asia, cubierta de sicomoros, robles y plátanos, dominada por el riquísimo kiosco de la madre de Abdul-Megid, dibujado y esculpido al estilo del gran palacio de Dolma-Bagcé que circundan á su vez altos jardines alfombrados de rosas. *El grande celeste arroyo* serpea entre Anaduli-Hissar, á la fal-

da de una altura que domina este último pueblecito, cuyas esbeltas torres del castillo de Bayaceto-Ilderim, desafía á otro castillo de Mahomet II, colocado enfrente en la orilla europea.

Todo este hermosísimo pedazo del Bósforo rebosaba alegre vida en el momento en que por él atravesé.

En la bahía de Europa se deslizaban centenares de barquichuelos, faluchos de vela, bergantines y barcos de vapor en direccion al puerto de Bebek; los pescadores turcos echaban las redes desde lo alto de castilletes formados por vigas cruzadas en medio de las aguas; un monitor de Constantinopla dejaba en tierra en la orilla europea multitud de señoras griegas, de lazzaristas, de alumnos de la escuela protestante americana y de familias, en fin, de todas clases, cargadas de envoltorios y bultos de toda especie. Al lado opuesto se distinguían con el anteojo grupos de señoras musulmanas que paseaban á la sombra de la alameda de Aguas Dulces, ó que sentadas en círculo en el borde del *celestial arroyo*, charlaban y reían, mientras gran número de esquifes y fustas morunas, llenos de turcas y turcos, iban y venían en rápido vuelo de un punto á otro de las playas.

¡Parecía una fiesta!

Había en todo aquello un algo pastoril y amoroso, gentilico y de idilio clásico, que daba ganas

de tirarse del barco y llegar á nado á una de aquellas playas, y plantarse allí en medio exclamando:—¡«Sucedá lo que quiera, no me dá la gana de marcharme de aquí, y aquí moriré en medio de esta sublime felicidad musulmana!»

\*  
\*  
\*

De repente, el espectáculo cambia y la fantasía emprende diverso vuelo.

El Bósforo se extiende recto delante de nosotros, presentando la vaga imágen del Rhin, pero de un Rhin hecho gentil y clásico, teñido con los colores calientes y pomposos de los paisajes orientales.

A la izquierda, un cementerio cubierto por cipreses y pinos, rompe las líneas de las casas, hasta entonces no interrumpida; y de pronto, cerca de las faldas del montecillo peñascoso de Hermaion, se levantan las tres grandes torres de Rumili-Hissar, el castillo de Europa, circundado por avanzadas de fortificacion y torreones que bajan en severa y al par pintoresca escalinata de ruinas, hasta ribetear con sillares el borde de las aguas. Es el famoso castillo que erigió Mahomet II en

año antes de la toma de Constantinopla, á pesar de las calurosas manifestaciones de Constantino, cuyos embajadores, segun todos saben, fueron rechazados con amenaza de muerte.

Aquel es el punto en el cual la corriente es más impetuosa (por lo que los griegos la llamaron *gran corriente*, y los turcos la corriente de Satanás), y es al propio tiempo el sitio más estrecho del Bósforo, no distando una de otra orilla sino poco más de quinientos metros. Allí fué arrojado por Mandocles de Samos el puente de barcas, sobre el cual pasaron los setecientos mil soldados de Darío, y por allí tambien se cree que pasaron *los diez mil* de vuelta para el Asia. Pero no se conserva ni rastro de las dos columnas de Mandocles, ni del trono socavado en la roca del monte Hermaion, desde el cual el Rey persa asistió al paso de su ejército. Un pequeño pueblo turco sonríe secretamente acurrucado á los piés del castillo, y la orilla asiática bulle siempre ante la vista, verde y alegre. Es una procesion continua de casitas, barcos, huertecillos, valles, pequeños senos solitarios casi cubiertos por gigantescas ramas, bajo las cuales pasan lentamente velas latinas de barcas de pescadores; sucedense las praderas en suave declive, y pequeñas rocas y diminutos riscos bordan los jardines revestidos de hiedra...

De repente, salta fuera en el lado asiático *Banliché*, pueblo enteramente rojo, situado entre

dos promontorios de piedra viva, contra los cuales se estrella la onda amarga con estrépito continuo. Aquí vuelven á aparecer los jardines en anfiteatro, y las casas de campo, entre las que descuella aquel palacio encantado del célebre Fuad-Bajá, diplomático y poeta, vanidoso, voluptuoso y elegante, llamado «el Lamartine otomano.» A corta distancia luce sus hechizos Balta-Liman en la embocadura de amenísima cuenca, por donde baja hasta el puerto un riachuelo, y cuyos edificios preside el clásico palacio de Rescid-Bajá. Sigue la pequeña bahía de Emir-Guian-Ogli-Bageé, verde esmeralda, donde lamen las aguas los cimientos de la nítida mezquita, á quien sirve de corona enorme globo dorado erizado de puntas como rayos de sol.

Interin el barco corta las aguas aproximándose ora á una, ora á otra ribera, veo infinitos particulares del soberbio paisaje; aquí, el vestibulo del *selambik* de una rica casa turca, abierto en la playa, y en el fondo, distingo á un obeso mayordomo que fuma recostado en un divan; allí, un eunuco de pié en el último escalon de la gradería exterior de una quinta, ayuda á dos turcas veladas á bajar á un cáique; en estotro lado, un jardincillo rodeado de seto vivo, y casi enteramente cubierto por gran plátano á manera de sombrilla, y á su pié reposa con las piernas cruzadas un viejo turco de barba blanca, meditando sobre el Coran; por aque-

lla parte, familias agrupadas en azoteas, rebaños de cabras y ovejas que pacen en los altos prados, caballeros que galopan á lo largo de la playa, caravana de camellos que desfila por las cumbres de las colinas, destacando con claridad sorprendente sus raros contornos en el azul purísimo del cielo...

Quando ménos se piensa, hé aquí que el Bósforo se ensancha, y al cambiar la escena, nos hallamos de nuevo entre dos bahías, en el centro de vasto lago.

A la izquierda, la bahía es estrecha y profunda, girando en ella la poblacion griega Istenia; Sosthenios, por el templo y la estatua alada que allí erigieron los Argonautas, en honor del Génio tutelar que les concedió la victoria en la lucha contra Amico, rey de Bebrice. Gracias á una ligera curva que describe el barco en direccion de Europa, divisamos perfectamente los cafés y las casitas enfiladas á lo largo de la ribera, las diminutas alquerías diseminadas entre olivares y viñedos, el valle que se adelanta hasta el puerto, el pequeño torrente que se precipita desde la altura y

la famosa fuente moruna de mármol blanco á la sombra de robustos y añosos árboles, viéndose por todas partes pescadores cargados con sus redes y mujercitas griegas con el cántaro en la cabeza.

Frente á Istenia, sobre la bahía asiática descuellla el villorrio turco de Cibulkú, donde tenía su asiento el renombrado convento de los Vigilantes que cantaban y rezaban sin interrupcion dia y noche.

De uno á otro bando, está lleno el Bósforo de memorias de cenobitas y anacoretas fanáticos del siglo V, que errantes por las colinas iban cargados de cruces y de cadenas, atormentándose con cilicios y collares de hierro, ó que permanecían semanas y meses inmóviles en lo alto del capitel de una columna, ó en la copa de un árbol, y á cuyos piés iban á postrarse, á ayunar, á orar, á golpearse el pecho, príncipes, soldados, magistrados y pastores, invocando una bendicion ó un consejo, como una gracia del mismo Dios.

Pero es irresistible el poder singular que posee el Bósforo de desviar la atencion del viajero, de los tiempos pasados, al recorrer las aguas. Todos los recuerdos, todas las imágenes, las más sublimes, las más tristes, que pueda suministrar la leyenda, la historia de aquellos parajes, quedan ofuscadas, estoy por añadir sepultadas por la prepotente y prodigiosa vejetacion; aquel despilfarro de festivos colores, aquella exuberancia de

vida, aquella juventud poderosa y soberbia de la sublime y risueña Naturaleza.

Se requiere esforzarse para convencerse de que en aquellas aguas, en medio de tanta belleza hechicera, hayan podido combatir furiosamente, enardecerse y ensangrentarse las flotas de los búlgaros, de los godos, de los hérulos, de los bizantinos, de los rusos y de los turcos. Los castillos mismos que coronan las colinas, no expresan ni aun remotamente la idea ni el sentimiento del terror poético que inspiran en otros sitios las ruinas de aquella Naturaleza; y mejor parecen decoración artificial del paisaje, que monumentos de construcción militar, que un día vomitaran muerte y exterminio.

Todo se halla como envuelto en un tinte de dulzura y languidez, que no despierta sino pensamientos serenos y la aspiración tranquila del goce de la paz.

Más allá de Istenia, se alarga todavía el Bósforo, y el buque arriba en pocos minutos á un

punto donde se disfruta del más estupendo panorama que percibieron los sentidos.

Mirando á Europa, tenemos delante la pequeña ciudad griega y armenia de Jeni-Kioi, reclinada á la falda de empinado cerrillo cubierto de viñedos y de pinos, y á lo largo de saliente arco, sobre ribera ríscosa contra la cual rompen las olas con horrísono bramar; y algo más allá la bellísima bahía de Kalender, cuajada de barquillas, circundada de casetas con jardincillos y enguinaldada por una eterna primavera, presidida por elegante terrado de un kiosco imperial.

Al volvernos, se nos presenta la otra orilla, donde se encorva en grande arco, que constituye un maravilloso anfiteatro de colinas, aldeas y puertos. Es Inchir-Kioi, el pueblo de las higueras, y á su lado Sultanié, oculto en el fondo de la selva; luego el poblachon de Beikos, rodeado de huertas, viñas y nogales, reflejándose en el más bello golfo del Bósforo, que es donde el rey de Bebrice fué vencido por Polluce y donde se hallaba situado el laurel prodigioso que enloquecía á cuantos tocaban sus hojas. Y más allá de Beikos, Iali, la antigua Amea, reducida hoy á monton de flores amarillas y encarnadas sobre verde tapiz.

Pero todo esto es únicamente el boceto del gran cuadro.

Es menester imaginar las formas indescripti-

blemente gallardas de tales lomas, que dan ganas de acariciar con las manos; de aquellos innumerables pueblecitos anónimos colocados allí por la mano de notable pintor; aquella vejetacion de todos los climas, aquella arquitectura de todos los países, aquellas escalinatas de cascadas, aquellos anfiteatros de huertos, aquella sombra oscura, aquellas mezquitas brillantes, aquel azul salpicado de blancas velas ó blancas nubes, y aquel cielo iluminado con los calientes tonos de la puesta del sol!!...

• Pero llegado á aquel punto, experimenté el mismo fenómeno que todos los viajeros: ¡estaba saciado ya!

Cansa la interminable sucesion de líneas blancas, de colores placenteros. ¡Tanta alegría monótona adormece!

Se quisiera ver surgir de pronto de aquellas suaves colinas una montaña escabrosa, deforme, inmensa, ó que empezaran las playas á ser áridas y largas, y solitarias, y tristes, y sin límites, y

desiertas, y hasta agradaría ver á todos lados restos de furibundos naufragios...

Y para variar, no se nos brinda ahora sino con las aguas.

El Bósforo parece continuado puerto, por donde cruzan constantemente buques acorazados de la armada otomana, entre bosques de mástiles de flotas de todos los países, y barcos mercantes de todas las naciones. Ahora pasan pintadas velas, ahora popas historiadas, ahora bordas extrañas, donde se notan arandelas caprichosas correspondientes á camarotes, ahora embarcaciones extravagantes del gusto antiquísimo y originarias de los puertos asiáticos del mar Negro, ahora ligeras corbetas elegantes de las embajadas... Aquí hien-den las aguas navegando veloz como saeta, bar-quillas de vela de los señores que corren en competencia á la vista de multitud de espectadores que observan desde la playa. Allí se deslizan fa-lúas de diversa índole literalmente ocupadas por toda especie de gente, atracando en las infinitas radas; los cáiques dorados de los bajás, se entre-cruzan por lanchones desmesurados que cargan y descargan mercancías; las lanchas y bergantines empavesados pasan al borde de los míseros bar-quichuelos de pescadores; los monitores, pirósca-fos, correos mensajeros de Constantinopla embar-can y desembarcan pasajeros á cada instante, na-vegando por el anchuroso canal en continuo zig-

zag, á fin de tocar sucesivamente de estacion en estacion. Y como nuestro buque camina serpeando por las aguas, el que vá sobre cubierta se hace la ilusion de que aquella confusion gira á su alrededor... y los promontorios aparecen y se sepultan eual si vara mágica los conjurase, y las montañas cambian de forma inesperadamente, los pueblos se presentan y se esconden, saludan y se surgen: y ante nosotros, y á nuestra espalda, el Bósforo se abre y se cierra como lago en torbellino, y deja contemplar panoramas y los arrebatá á nuestra vista con igual precipitacion; y ora nos hallamos reclusos en una cuenca, que parece se cerró á nuestro paso; ora se opera por encanto una abertura, convirtiéndola en concha; ora nos ofrece el estrecho ó una barra, y luego, á las diez palabras que se cambiaron con el vecino, salvamos la angostura, y hénos de nuevo entre anchísimo cinturón de verdes colinas, sin saber cómo ni cuándo se podrá salir... Pero se sale, y nuevos puertos, nuevos lagos, nuevas luces, nuevos colores se suceden en vertiginosa fuga, ofreciéndonos el eterno paraíso de las dos soberbias orillas.

\*\*\*

Estamos entre la bahía de Terapia—Farmacia, por los venenos de Medea —y la bahía de Hundicar-Iskelessi, *la cala de los Sultanes*, ó sea la pequeña ensenada donde se firmó el año de 1833 el célebre tratado que cerró el paso de los Dardanelos á las flotas extranjeras.

En este punto, el espectáculo del Bósforo alcanza su penúltimo grado de belleza.

Terapia es la más espléndida villa que adorna las márgenes del Bósforo despues de Buyukderé y en el valle que abre sus brazos tras la bahía de Hundicar-Iskelessi es el más verde, más lindo y más poético que se admira entre el Mármara y el Negro. Terapia yace á los piés de una empinada cordillera, y en el fondo de la profunda ensenada que le sirve de puerto, llena siempre de embarcaciones, y en donde desemboca la pequeña cuenca de Krio-negro, donde otros barrios de la villa se recuestan en el verde musgo. Las márgenes del agua se hallan sembradas de pintorescos Cafés que avanzan sobre las ondas, gracias á la construccion de los mismos, de albergues elegantes, de casitas deliciosas y de alamedas altísimas que dan sombra á plazoletas y fuentes. En estas planicies levantan su ornamental frente los monumentos más ó menos lujosos de las embajadas de Francia, Italia é Inglaterra, y preside á todas estas construcciones, lujoso kiosco imperial. Y por todas las colinas dibujan sus aéreos contornos, azoteas,

jardines, quintas y bosques: gente ataviada con vivos colores hormiguea entrando y saliendo en los cafés, en el puerto, en la playa, por los altos senderos como pequeña población de pequeña metrópoli en día de fiesta.

En el lado asiático, por el contrario, todo es paz, quietud y reposo. Hunchiar-Iskelessi, residencia predilecta de los armenios ricos de Constantinopla, duerme entre los plátanos y los cipreses, al borde de las aguas su diminuta ensenada apenas cortada por la quilla de contadísimos barquichuelos furtivos. Más allá de la aldea ostenta su cabeza solitaria el soberbio kiosco de Abdul-Azís, y á la espalda del mismo, entre una inextricable selva de verdadera vegetación tropical, aparece el desfiladero favorito del Gran Bajá, que consiste en un valle misterioso que encierra antiguos arcanos y profundos misterios.

\*\*\*  
 Pero toda esta belleza queda reducida á la nada una milla más allá, cuando el barco enfile el golfo de Buyuk-deré.

Aquí se muestra en todo su incontrastable po-

derío la suprema majestad y la gracia suprema del Bósforo.

En este paraje, el que ya se había cansado de contemplar tanta maravilla y había pronunciado irreverentemente palabras de desden hacia tan extraordinario panorama, se destoca y pide humilde el perdón de su error. Se halla uno en el centro de vastísimo lago coronado de magníficas perspectivas que inspira el deseo de recorrerlo paso á paso bailando como los dervises para admirar pormenor por pormenor.

Sobre la orilla europea, alrededor de profundo golfo donde vá á morir la corriente en blandas ondulaciones hasta la orla de las montañas, alárgase la ciudad de Buyuk-deré, distribuida en innumerables edificios aislados, coloreada por extraordinaria aureola de flores, como si el cuerno de la abundancia hubiese derramado frutas y plantas con pródiga mano sobre las pendientes. La ciudad se extiende en dirección de la derecha hasta microscópico seno, que viene á ser como un golfo en el golfo, y en él se asienta la aldea de Kefele-Kioi, amparada en el verde manto de anchuroso valle, cuyo tono oscuro rompe de trecho en trecho, casitas blancas. Por allí se sigue al gran acueducto de Mahmud hasta la floresta de Belgrado.

Segun la tradición, allí acampó el año de 1096 el ejército de la primera cruzada, y á uno de los

siete gigantescos plátanos, á los cuales debe su fama este paraje, se le puso el nombre de plátano de Godofredo de Bullon.

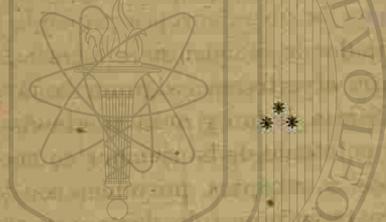
Pasado Kefele-Kioi, comienza otra bahía verde de cipreses y blanca de casas, desde donde todavía se divisa Terapia. Siguiendo con la vista hácia atrás, se distingue todo el lado asiático, produciendo un sentimiento agudísimo de sorpresa y estupor. Tenemos delante el monte más alto del Bósforo: la montaña del gigante, de forma piramidal, ve de tambien, donde yace el sepulcro famoso llamado por las tres leyendas *el lecho de Hércules, la fosa de Amicó y la tumba de Josué, juez de los hebreos*. Hoy lo custodian perennemente dos dervises, y lo visitan los musulmanes enfermos que van á depositar girones de sus vestidos.

El monte levanta sus faldas cubiertas de árboles y arbustos, á partir desde las ondas, en el sitio en que arranca la linda bahía de Umuryerí, entre dos promontorios verdosos manchados por los cien colores de casas que constituyen un pueblo musulman, disperso caprichosamente en toda la extension de las ondas, y al cual sirven de alas otros grupos de pequenísimas construcciones, diseminadas como mariposas que revolotean por las praderas, ó corolas arrojadas al viento desde la cumbre del Gigante.

Pero el sublime panorama no se limita á tan reducido círculo.

Recto ante nosotros brilla el mar Negro; y volviéndonos hácia Constantinopla, todavía se distingue Terapia, allá en lontananza, violácea y confusa, y en un pálido carmin envuelta, la ensenada de Kalender, y en un tono morado Kieni-Kioi, Inchir-Kioi, Sultanié, que más bien semejan trozos de un mundo remoto é imaginario, que no pedazos de verdaderas perspectivas. El sol comienza á trasponer; la ribera europea principia á velarse entre azuladas y cenicientas sombras; la orilla del Asia conserva todavía algunos instantes sus tintas calientes de oro y bronce; relampaguean las aguas; pelotones de barquichuelos cargados de maridos y amantes provenientes de Constantinopla, parecen ramos de flores que arrojan las aguas hácia las orillas; de los cafés de Buyuk-Déré llegan á nuestros oídos sonos interrumpidos de música y canto, que las interferencias del aire traen á nuestros sentidos en caprichosas frases; las águilas voltean sobre las cimas de la Gigante montaña; las blancas aves marinas revolotean á lo largo de las playas, desflorando con las puntas de sus alas la tersa superficie del cristal de las aguas; los alciones rozan la blanca orla de las pequeñas ondas; los delfines siguen como cortejo á nuestro barco formando doble estela... el aire fresco del mar Negro acaricia nuestro rostro... ¿En dónde estamos?... ¿A dónde vamos?... ¿Es un momento de ilusion y de embria-

guez, en el cual los recuerdos de cuanto vimos por espacio de dos horas sobre entrambas orillas del Bósforo, se confunde en la mente como imágenes de una única ciudad prodigiosa, diez veces más grande que Constantinopla, habitada por pueblos de toda la tierra, privilegiada con todos los favores de Dios, y abandonada á perpétua fiesta, que llena nuestra alma de tristeza y de envidia!!



Hé ahí la última vision.

El buque sale rápidamente fuera del golfo de Buyuk-deré.

Vemos á la izquierda el villorrio de Sariyer, circundado de cementerios, cuya ensenada la forma el entrante del antiguo promontorio Simas, donde en otro tiempo se levantara el templo á *Vénus Meretriz*, objeto de particular culto de los navegantes griegos. Sigue la aldea de Jeni-Makallé. Luego el fuerte de Teli-Tabia, que sirve de vis á vis á otra pequeña fortaleza colocada sobre la orilla asiática á los piés del Gigante. Viene á seguida el castillo de Rumili-Cavak, que señala su severa silueta en el cielo, sonrosada por los úl-

timos resplandores del crepúsculo. Frente á Rumili-Cavak alza su corona otro fortin en la opuesta orilla, que hace terminar en punta el pico donde surgiera el templo de los doce dioses, construido por el arjivo Frigos próximo al de Júpiter, «distributor de los vientos propicios», fundado por los Calcedonios y convertido más tarde por Justiniano en una iglesia consagrada al arcángel San Miguel.

Aquel es el sitio donde el Bósforo se estrecha por última vez, entre el extremo contrafuerte de las montañas de Bitinia, y la extrema punta de la cadena del Hemus, considerado siempre como la primera puerta del canal, para defenderse contra las invasiones del Setentrion, y teatro por esto de obstinadas luchas entre bizantinos y bárbaros, entre venecianos y genoveses. Dos castillos genoveses situados uno enfrente del otro, y entre los cuales se extendía fuerte cadena de hierro que cerraba el canal, muestra todavía confusamente sus torres y sus fortificaciones en ruinas. Desde aquel punto, el Bósforo se encamina recto al mar, ensanchándose gradualmente; las dos márgenes son altas y escarpadas como enormes bastiones de fortaleza, no viéndose sino de cuando en cuando algun que otro grupo de mezquinas casas, alguno que otro torreón solitario, tal cual ruina de monasterio.

Despues de largo trayecto, vemos aún cente-

llear en la orilla europea las vagas luces de Bu-yuk-Liman, insignificante pueblo, y en el opuesto lado el faro de una fortaleza que domina el promontorio del Elefante; luego la gran mole de rocas de la antigua Gipopoli, donde existiera el palacio de Fineo, infestado por las Arpías; y á derecha, enfrente, otra fortaleza, la del cabo Poiráz que se nos muestra como recortada mancha oscura en el ceniciento cielo.

Aquí ya las orillas están muy alejadas entre sí; el canal adquiere aspecto de gran golfo, la noche descendiendo, el áura marina gime entre el cordamen del buque y el triste *mare cimmerium* extiende á nuestros ojos su infinito y lívido horizonte inquieto.

Pero el pensamiento no se puede todavía desprender de aquellas riberas llenas de poesía y de recuerdos, no contradichos por la sublimidad de la Naturaleza, y vuela á izquierda á los piés de los pequeños Balkanes, en busca de la torre de Ovidio desterrado, y la maravillosa muralla de Anastasio; vaga á derecha por vastos terrenos volcánicos á través de selvas infestadas de jabalíes y chacales, que corren en medio de las tiendas de campaña de un pueblo salvaje y cuasi ignoto, cuyas extrañas sombras se nos figura que vienen á proyectarse hasta la alta ribera, dirigiéndonos imprecaciones y deseándonos un desgraciado viaje sobre la *fera litora Ponti*.

Dos puntos luminosos rompen por última vez la oscuridad como ojos ardientes de dos cíclopes colocados de centinela en el hechizado estrecho: el Anaduli-Fanar, el fanal de Asia, á la derecha, y el Rumili-Fanar á la izquierda, á los piés del cual nos muestran todavía vagamente las Simplegades fabulosas, en las sombras de la orilla, los perfiles retorcidos y atormentados de sus extrañas rocas.

A poco, las dos márgenes de Asia y Europa, se reducen á dos tiras negras, y despues *quocumque adspicias nihil est nisi pontus et aer*, como cantaba el pobre Ovidio. . . . .

Pero la veo todavía á mi querida Constantinopla tras de aquellas dos separadas líneas negras; la veo más grande y más luminosa que nunca la ví desde el puente de la Sultana Validé, ó desde las alturas de Scutari, y le hablo, y la saludo, y la adoro como á la última y más querida vision poética de mi juventud, que empieza á trasponer su ocaso...

Pero un golpe de mar me salta á la cara de improviso y me echa por tierra el sombrero.—Me despierto—miro alrededor—la proa está desierta, el cielo nubloso; el viento rígido de otoño hiela mis huesos; mi buen amigo Yunk me ha abandonado enfermo del mal de mar; ya no siento sino

el retintín de la cristalería del buque, y los golpes de mar en las bordas, y los golpes de piston de los émbolos en la máquina. El buque vuela dejando tras sí hirviente estela en el luchar á brazo partido con las ondas. La noche ha cerrado por completo. La oscuridad es profunda. . . . .

¡Mi bello sueño oriental ha concluido!

FIN DEL TOMO II Y DE LA OBRA.

## ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

	PÁGINAS.
Las Turcas.....	5
Ianguen var.....	83
Las murallas.....	119
El antiguo Serrallo.....	165
Los últimos días.....	237
Las mezquitas.....	238
Las cisternas.....	243
Scutari.....	245
Palacio de Ceragan.....	249
Eyub.....	254
Museo de los genizaros.....	258
Los turbé.....	262
Los dervises.....	266
Ciamligiá.....	269
Últimos días.....	273
Los turcos.....	275
El Bósforo.....	299

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el retintín de la cristalería del buque, y los golpes de mar en las bordas, y los golpes de piston de los émbolos en la máquina. El buque vuela dejando tras sí hirviente estela en el luchar á brazo partido con las ondas. La noche ha cerrado por completo. La oscuridad es profunda. . . . .

¡Mi bello sueño oriental ha concluido!

FIN DEL TOMO II Y DE LA OBRA.

## ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

	PÁGINAS.
Las Turcas.....	5
Ianguen var.....	83
Las murallas.....	119
El antiguo Serrallo.....	165
Los últimos días.....	237
Las mezquitas.....	238
Las cisternas.....	243
Scutari.....	245
Palacio de Ceragan.....	249
Eyub.....	254
Museo de los genizaros.....	258
Los turbé.....	262
Los dervises.....	266
Ciamligiá.....	269
Últimos días.....	273
Los turcos.....	275
El Bósforo.....	299

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DE VENTA EN LA LIBRERÍA DE V. SUAREZ  
Jacometrezo, 72, Madrid.

**Atlas geográfico-descriptivo de la Península Ibérica, Islas Baleares, Canarias y posesiones españolas de Ultramar, por el comandante capitán de infantería don Emilio Valverde y Alvarez: Madrid, 1880-81; un tomo, marquilla, con 60 mapas, tela, 30 y 32 pesetas.**  
**Atlas histórico, genealógico, cronológico, geográfico y estadístico universal, de Lessage, escrito por el conde de las Casas, traducido, corregido y aumentado por un español americano. París, 1826; un tomo, marquilla, con 35 mapas, 50 pesetas.**

Este Atlas es una historia universal que abraza la serie de los siglos y clasifica todos los hechos importantes, ofrece por un mecanismo ingenioso, en un corto número de cuadros, el conjunto y las relaciones de la historia, de la geografía y de la cronología, etc., etc.: es el libro del laberinto que hace accesibles todas las sinuosidades, etc., del universo.

BIBLIOTECA HISTÓRICA-ASTURIANA.

- Antigüedades y cosas memorables del Principado de Asturias, por el P. Luis Alfonso de Carballo; 2 tomos, 4.º mayor, con 5 láminas litográficas, 12 pesetas.
- Historia de la administración de justicia y del antiguo gobierno del Principado de Asturias y colección de sus Fueros, Cartas-pueblas y antiguas Ordenanzas, por el Dr. D. Matías Sangrador y Vitores; un tomo, 4.º mayor, 7 pesetas.
- Viaje santo de Ambrosio de Morales, por orden del Rey D. Felipe II, á los reinos de Leon y Galicia, y Principado de Asturias, para reconocer las reliquias de santos, sepulcros reales, y libros manuscritos de las catedrales y monasterios, con notas por Fr. Enrique Flores; 2 pesetas.
- Cambios (Manual de). Imposiciones, intereses, annali-

dades y descuentos. Guía del comercio y de los imponentes en las Cajas de Ahorros y sociedades de seguros; un tomo, 4.º, 5 pesetas.

**Compañeros del espadon (Los)**, por Adriano Robert; un tomo, 8.º, una peseta.

**Cuentos y leyendas**, por D. Pedro Graizar: 1881; un tomo, 8.º mayor, 1,50 y 2 pesetas.

**Derecho penal (Elementos de)**, escritos para el uso de los alumnos de esta asignatura, con el programa correspondiente para facilitar su estudio, por D. Manuel Carril y Campero, abogado del ilustre colegio de la Coruña. Coruña, 1882; 2 y 2,50 pesetas.

**Digesto (El) del Emperador Justiniano**, traducido y publicado en el siglo anterior, por el licenciado D. Bartolomé Agustín Rodríguez de Fonseca, del colegio de abogados de Madrid. Nueva edición aumentada con la traducción de los Proemios, completada y revisada con arreglo á los textos más autorizados de las ediciones modernas, por D. Manuel Gómez Marín y don Pascual Gil Gómez, licenciados en Derecho civil y canónico y abogados del ilustre colegio de Madrid: 1873-1875; 3 tomos, folio, de 715 á 864 páginas cada uno, 75 y 80 pesetas.

**Economía política (Ensayos sobre)**, por D. Bernardo Esquero, con un prólogo de D. Gumersindo de Azcárate.

Contiene este libro un estudio crítico de las opiniones de los principales economistas sobre las teorías del valor, y diversos tratados que comprenden el Concepto verdadero del valor; el Valor y la Riqueza; la Distribución de la riqueza; la Protección y el Libre cambio y el Crédito, todo conforme con las teorías más acreditadas en la actualidad. Madrid, 1879; 2 tomos, 8.º, rúst., 9 pesetas.

**Estudio de los objetos que en la Exposición de Londres del año 1862 tenían relación con la aplicación de las ciencias físicas**, por D. Eduardo Rodríguez; 2 pesetas.

**Física general y aplicada (Manual de)**. Obra premiada en concurso público á propuesta de la Academia de Ciencias, por D. Eduardo Rodríguez: segunda edición. Madrid, 1873; un tomo, 4.º mayor, de VIII-650 páginas y 661 magníficos grabados y una lámina cromolitografiada, 11 pesetas.

**Francomasonería**. Cartilla litúrgica para el *primero*, se-

*gundo y tercer grado*, según el rito escocés antiguo aceptado por el Gr. Or. de España. Madrid, 1877; 3 tomos, 8.º, 3 y 3,50 pesetas.

**Instituciones del Emperador Justiniano (Explicación histórica de las)**, con el texto latino, la traducción al lado, y las explicaciones á continuación de cada párrafo, por M. Ortolan; novísima edición, traducida, revisada y considerablemente aumentada, por don Francisco Pérez Anaya; 2 volúmenes, 4.º, 15 y 17,50 pesetas.

**Jardinero Valenciano (El)**. Manual práctico del cultivo de las flores que sirven para adorno de los jardines, galerías, salones, escaleras, patios y balcones, y de los árboles que dan sombra y hermosura á las alamedas, por D. Pascual Peris y Pérez: edición ilustrada con 24 cromos. Valencia, 1883; un tomo, 8.º, 2 y 2,50 pesetas.

**Lecciones sumarias de Psicología**, por Francisco Giner (en colaboración con E. Soler y A. Calderón): segunda edición, enteramente refundida. Madrid, 1877; un tomo, 8.º, 4 y 4,50 pesetas.

**Libertad de pensar (La) y el catolicismo**, por D. José Lorenzo Figueroa: obra recomendada por la Real Academia de Ciencias morales y políticas. Madrid, 1868; un tomo, 4.º, 5 y 6 pesetas.

**Libertinos y conspiradores**. Novela inglesa, traducida por Javier Galvete; 2 tomos, 8.º, de 486 y 438 páginas, 2 pesetas.

**Matrimonio, adulterio, divorcio**. Contiene: El hombre-mujer, por A. Dumas (hijo).—La mujer-hombre, por escritora anónima.—El hombre y la mujer, por Emilio Girardin.—La igual de su hijo, por autor anónimo, con dos cartas de Mr. E. de Girardin.—Hombres y mujeres, por D. Vicente Guimerá; 2 tomos, 8.º mayor, 5 pesetas.

**Misterios (Los) de la estatua de bronce**. Novela alemana, traducida por Javier Galvete; un tomo, 8.º, de 544 páginas, 1,50 pesetas.

**Obras de Fray Luis de Granada**, precedidas de su vida, escrita por el licenciado Luis Mañez. Madrid, 1880; 6 tomos, folio, 25 y 30 pesetas.

En pasta, 18 pesetas más.

OBRAS DE POUSSON DU TERRAIL.

- El herrero del convento; 2 tomos, 8.<sup>o</sup>, de 336 y 434 páginas, 3 pesetas.
- Los amores de Aurora: segunda parte del herrero del convento; un tomo, 8.<sup>o</sup>, de 668 páginas, 2 pesetas.
- La justicia de los bohemios: tercera parte y última del herrero del convento; un tomo, 8.<sup>o</sup>, de 567 páginas, 2 pesetas.
- El capitán de los penitentes negros; 2 tomos, 2 y 2,50 pesetas.

**Pararrayos** (Instrucción sobre). Está dividida en tres partes, y lleva figuras intercaladas en el texto. En la primera parte se dan ideas sobre electricidad, en la segunda se explica detalladamente la construcción de los pararrayos, y en la tercera se presentan ejemplos que sirven de prueba á todo lo expuesto en las otras dos, por D. Eduardo Rodríguez; 2 pesetas.

**Partidas del Sábio Rey D. Alfonso**, con los comentarios de Gregorio Lopez: edición añadida con un diccionario de sus voces y frases anticuadas, el índice del texto de las leyes, el de las materias de sus glosas y una concordancia de las rúbricas del Derecho civil y decretales con las mismas leyes. Madrid, Compañía de impresores y libreros, 1844; 4 tomos, folio, 25 y 29 pesetas.

En pasta española, 12 pesetas más.

**Pasado de una mujer** (El), por Enrique Legay.—Un casamiento por una biografía, por Carlos Narrie; las dos novelas en un tomo, una peseta.

**Poética** por D. Ramon de Campoamor; 1,50 pesetas.

Los pedidos, acompañados de su importe, se dirigrán á VICTORIANO SUAREZ, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

